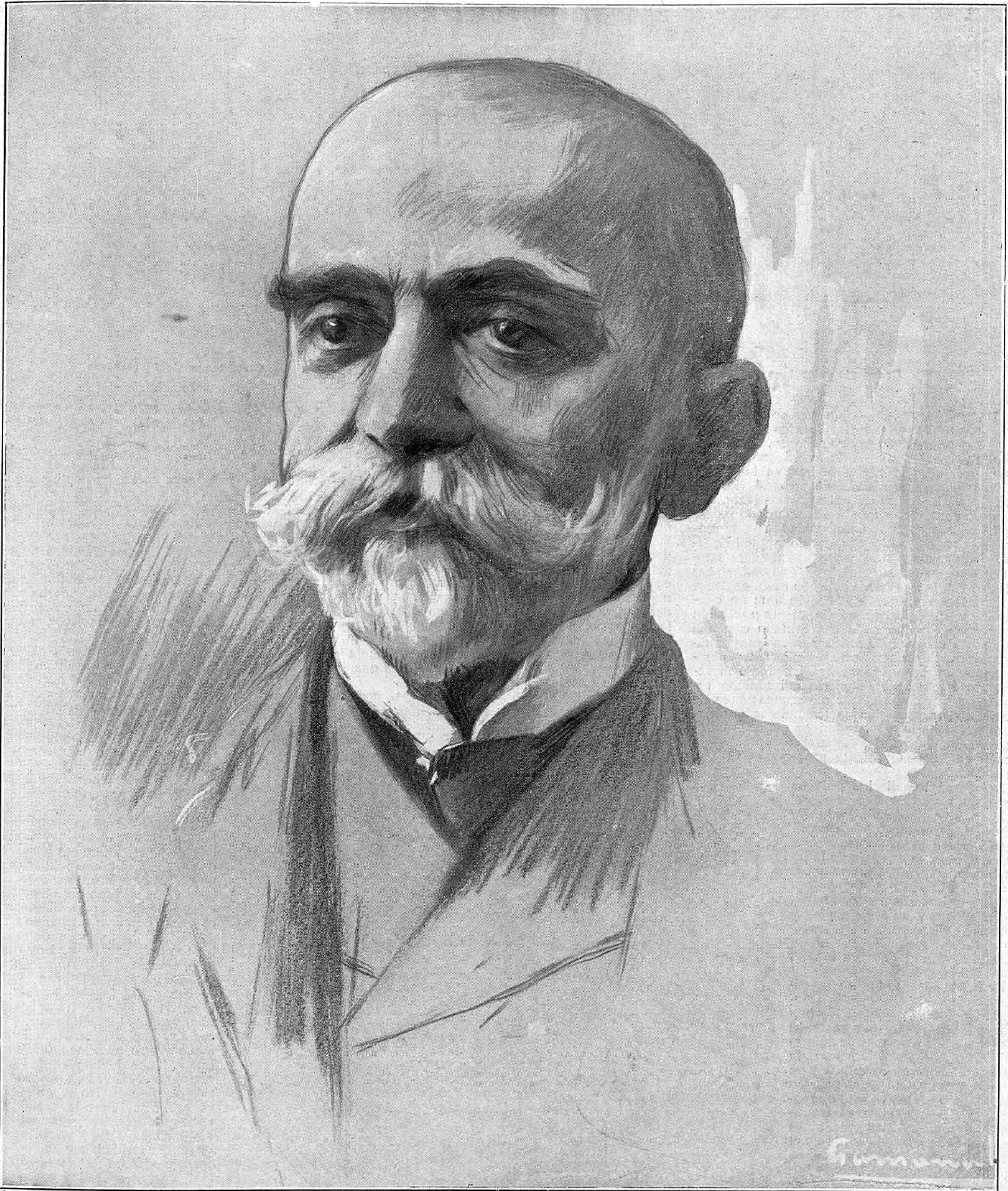


La Esfera

Año II.—Núm. 85

14 de Agosto de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

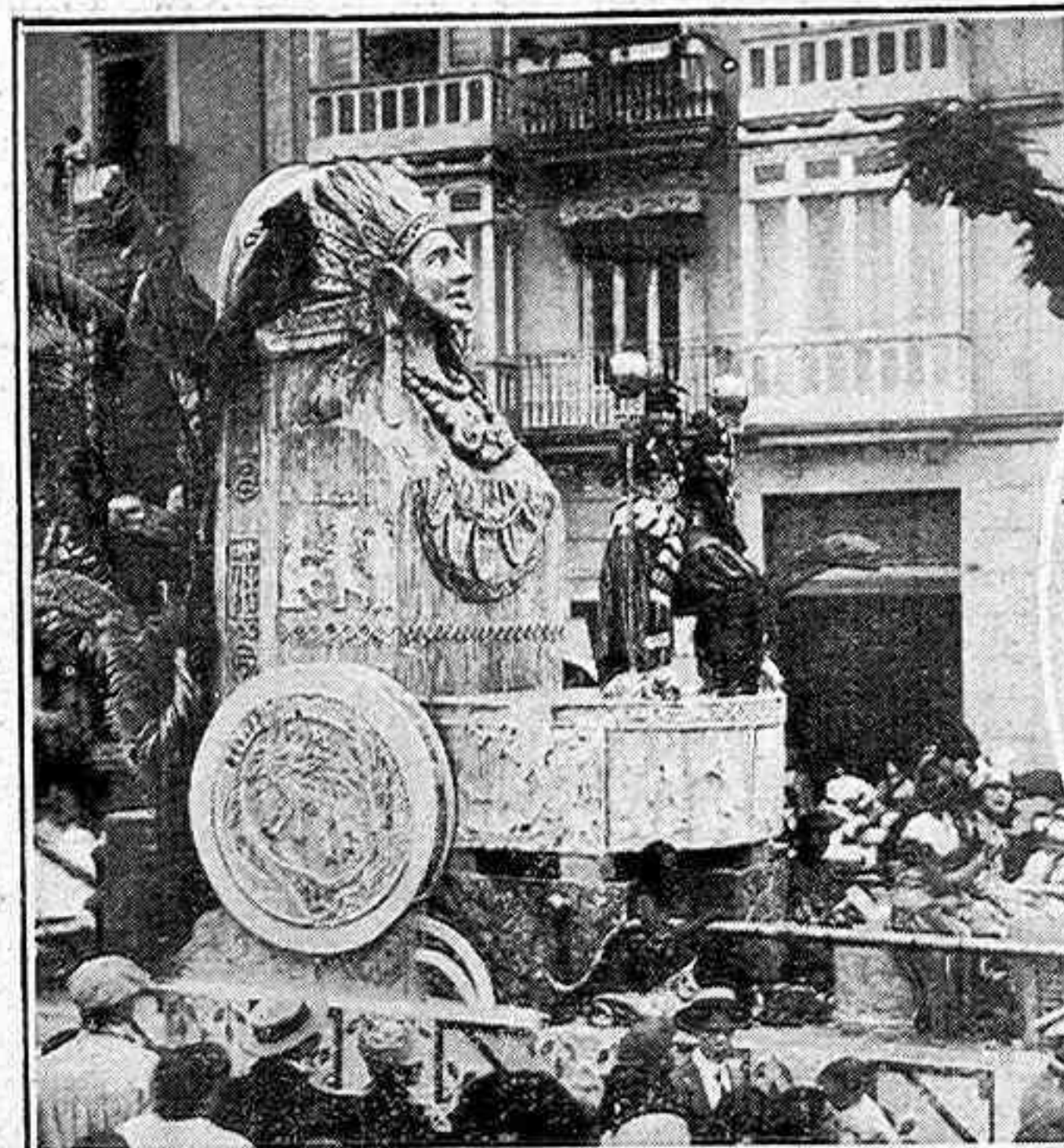


D. BERNARDINO MACHADO

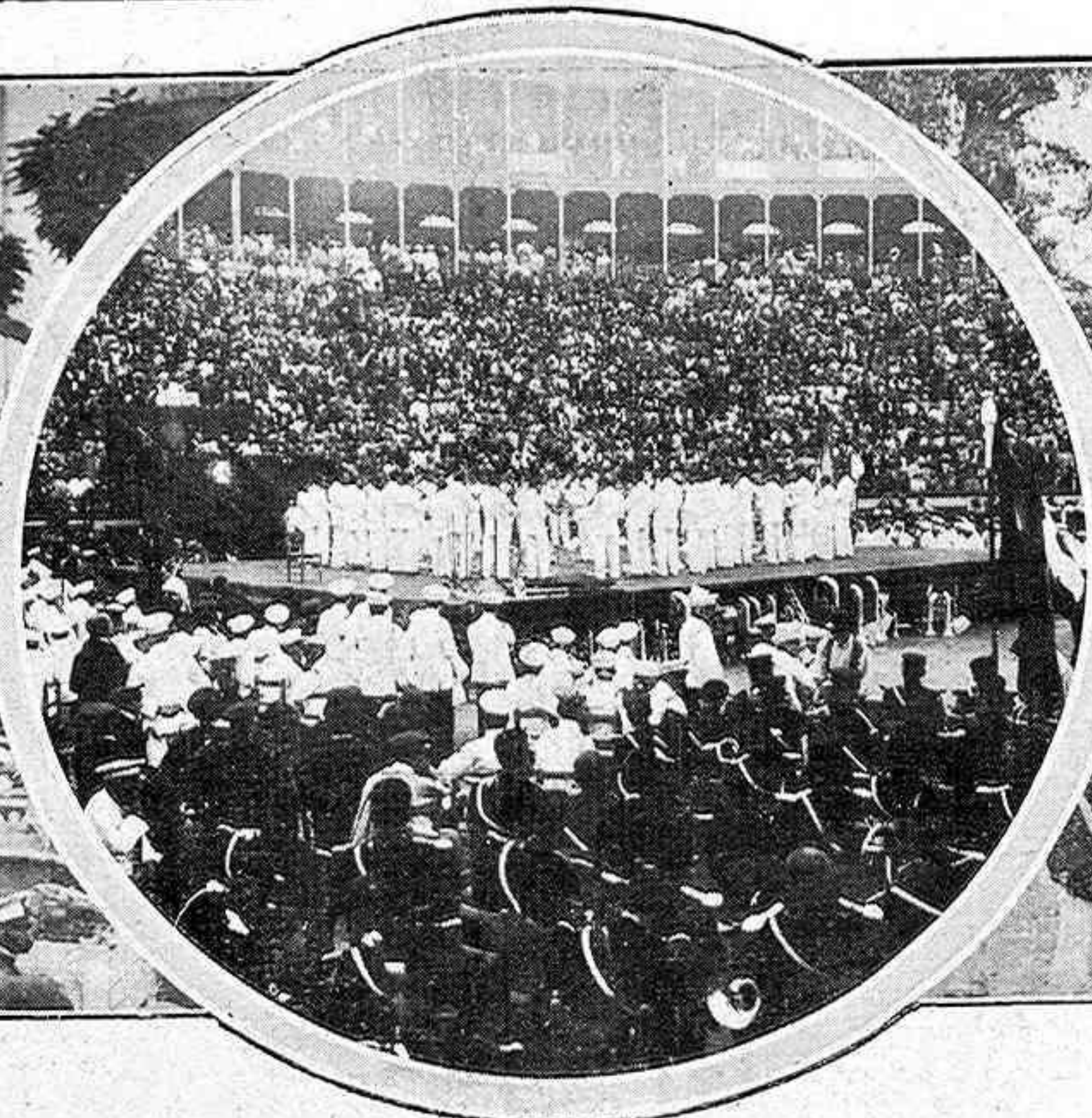
DIBUJO DE GAMONAL

Ilustre estadista portugués, que ha sido elegido Presidente de la República lusitana

DE LA VIDA QUE PASA
FIESTAS EN TODAS PARTES



De la feria valenciana



Certamen musical y carrozas

No tendría sentido común que se suspendieran las ferias y fiestas locales en España, por causa de la guerra europea. Hace ocho días, antes de la entrada de los alemanes, Varsovia, un París en pequeño, llevaba la misma vida que siempre; quizás más alegre todavía. Sus periódicos la describen animada, brillante. Por la noche resplandecía de luz, desafiando la amenaza de los aeroplanos. Los cafés llenos de gente; músicas, bailes... Todos hablaban de la guerra, «pero también de otros temas, siempre amados por la gran ciudad polaca». Y es curioso saber que en vísperas de la retirada rusa, es decir, del abandono y de la indefensión ante un ejército invasor, Varsovia, con la misma población aproximadamente que Madrid, contaba con una vida social mucho más activa y mucho mayor número de espectáculos. Ocho grandes teatros funcionaban en pleno Agosto—casi todos con repertorio francés—, conciertos sinfónicos todos los días en sus célebres parques; más de treinta conferencias diarias tratando temas históricos, sociales y económicos, cuarenta cines de todas dimensiones y en la más brillante prosperidad...

Así dicen los diarios polacos que daba idea de su fuerza moral la hermosa capital de Polonia. No quería interrumpir su vida cotidiana. Quizá no la interrumpa mucho tiempo, aun después de la invasión, puesto que la servidumbre no está reñida con el placer. Y si eso hacen los polacos ¿qué harán en las aldeas y en las grandes y pequeñas villas y ciudades, estos compatriotas nuestros que no se sienten atados por ningún lazo al resto del planeta?

De Norte a Sur toda España celebra en estos meses de Julio á Octubre sus ferias y fiestas. No hay dinero y sin embargo se gasta. El comercio quiere un poco de animación, aunque sea ficticia. Luego, la juventud tiene que divertirse y en la vida provinciana estos festejos contribuyen al intercambio de productos del suelo, géneros manufacturados y pasiones volcánicas que han de influir más tarde en el censo de población. Durante unos cuantos días del año la más humilde villa hace un esfuerzo heroico por parecer mucho más de lo que es. Ese mismo esfuerzo aplicado permanentemente no á parecer, sino á ser de veras algo más, tendría desde luego más utilidad. Pero no habría placer; no habría deslumbramiento; las mujeres no

lucirían vestidos de corte, los poetas locales se morirían sin una hora de triunfo y los organizadores sin conocer la embriaguez de mandar, por lo menos en una procesión.

Por modesto que sea, cada programa de festejos ofrece á los pueblos un pequeño paraíso artificial. Cambia por completo el espíritu de los vecinos, que es todo el año de nasiado seco, demasiado exclusivo y que de pronto, gracias á las fiestas, se siente solidario de la alegría de los demás. Muchos proyectos provincianos sólo pueden tratarse en periodo de fiestas, porque los capitales sin salir de su concha han entreabierto un poco las defensas y por esa rendija caben dos dedos de luz. Luego viene la incomunicación de las almas, la abrumadora, la envolvente y lúgubre soledad de los pueblos. Pero mientras duran, todas las regiones tratan de dar con sus fiestas una impresión de vida moral y material que á ellas mismas las deje atónitas.

El que no las conozca sino entonces, queda engañado, ó por lo menos desorientado. Alguna

vez—casi siempre—las provincias no engañan á nadie ni logran engañarse; pero siempre revuelven el claro espejo de su lago interior, de manera que es más difícil ver el fondo. Eso explica por qué razón estando Madrid fuera de Madrid cuatro meses del año, vuelve en Septiembre sin enterarse de lo que es España. En más de una ocasión me ha preocupado cómo puede persistir años y años el aislamiento de Madrid, á pesar de la corriente que el veraneo establece entre la corte y las provincias. Ningún ministro deja de recorrer todas las líneas españolas; ningún diputado—ó casi ninguno—deja de visitar su distrito; funcionarios altos y bajos, tiranos de la administración, modestos empleados, descansan unos días y veranean por turno. No van ellos solos; llevan también á sus familias. ¿Ven? ¿Saben ver la provincia? ¿Llegan más allá de lo pintoresco y de lo económico, es decir: la playa, la fonda, el paisaje y la cuenta? Los hechos demuestran que no se enteran de nada. Y quizá sea una de las explicaciones más razonables este

empeño que muestran las provincias en presentarse como no son, como campesinos ó marineros de chaquet, empavesadas, endomingadas, resplandecientes y ruidosas. Repito que sería absurdo pedir á las provincias, en nombre de unas catástrofes lejanas—los cañonazos no se oyen—que economizen por un año su presupuesto de festejos. Todos consideran remuneratorios esos gastos. Habría además falta de sinceridad en esa medida. Aunque llegue mucho más cerca el estruendo de la guerra, lo humano es divertirse hasta ver lo que pasa. Hay otros temas, «siempre amados», en los pueblos, como en la gran ciudad polaca. ¿Qué importa la ruina y la muerte? Polonia tiene 800.000 hombres en el ejército ruso, y como hay también una Polonia alemana y otra austriaca, otros tantos polacos luchan en las filas enemigas. Millares de pueblos están destruidos. No se sabe si el vencedor impondrá leyes más duras que las que hoy sufre ese pueblo mártir. Sin embargo, se divierte. Ha vivido hasta última hora entre músicas, fiestas y espectáculos. Varsovia escéptica, abatida y cansada hubiera querido tener un alma de vals; como muchos pueblos pobres é incapaces de grandes esperanzas se reducen á tener por ideario un programa de festejos.

Luis BELLO



Una carroza de la batalla de flores valenciana
FOTS. DESPILIS Y CABEDO

¿RESUCITA POLONIA?

La resurrección de Polonia, autónoma, libre, recobrando su personalidad de patria y de raza, con fronteras propias, con intervención diplomática en el concierto del mundo, sería, si no la justificación, la disculpa de esta guerra que destroza a Europa. En la Historia humana no hay nada más cruel, más bárbaro, más ciega y locamente criminal que la persecución que a través de los siglos padece esa pobre nacionalidad, de cuantos pueblos la rodean.

No hay ni un vecino de ese territorio, consagrado por la sangre de tantos héroes y mártires, que no haya puesto en él las manos. Hasta Turquía y Suecia llegaron allí en sus invasiones. Las alianzas más monstruosas se pactaron para destrozar a Polonia, para repartirse sus territorios, para exterminar su idioma, para que no quedase huella de tal nación en el mapa de Europa. Por las calles de Varsovia han cruzado ejércitos invasores de todas procedencias: rusos, prusianos, húngaros, suecos, turcos, franceses. Los más poderosos Monarcas pusieron todo su amor propio y toda su soberbia, no ya en destruir a Polonia, en derribar sus ciudades, en inundar sus minas, en arrasar sus campos, en empobrecer a sus habitantes y envilecerlos en esclavitud, sino en descartarles las almas, en que olvidasen la sangre que llevaban en las venas, el idioma que hablaban, el recuerdo de su pasada historia independiente.

No ha habido nacionalidad perseguida con mayor encono, ni cuando vencida en sus hermosas sublevaciones se ha entregado sumisa y obediente a sus tiranos. No se concibe esa persistencia de iras desatadas contra una raza, sino creyendo en una fatalidad providencial que castiga a un pueblo de sabe Dios qué seculares pecados. La misma persecución de la raza hebrea, nacida en tantos fanatismos, es menos triste, menos cruel, más explicable que ese tremendo dolor de la raza polaca.

Y si la persecución espanta, la resistencia asombra. Porque no hay otro pueblo en el que se conserve tan vivo el espíritu de la nacionalidad, como en las gentes de Polonia. Las invasiones que se suceden, las emigraciones y las deportaciones, la fiscalización de los déspotas hasta en las intimidades del hogar, las prisiones y los tormentos pasan sobre el alma polaca, como los más fieros vendavales sobre las aguas del mar, encrespándolas ó abatiéndolas, haciéndolas rugir de dolor ó de ira, pero sin mermarlas ni cambiarlas. Después de Kosciusko, después de aquella página de espantable heroísmo, no superada ni igualada en la grandeza helénica y romana, el amor a la patria queda en el alma de los polacos, como una luz, como el amor a la madre que ha muerto ó a los hijos que se nos fueron de los brazos y en sus horas de agonía nos desgarraron el corazón.

Así Polonia, repartida, exterminada, perseguida a fines del siglo XVIII, sigue viviendo en el pensamiento de Europa y sigue siendo un peligro para la paz y sigue clamando su injusticia contra la bestialidad de una civilización que no se espanta de estos crímenes.

A fines del siglo XVIII, cuando en 1795, Prusia, Rusia y Hungría realizan el tercer reparto de Polonia y no dejan ya una pulgada de terreno independiente y encarcelan a su pobre monarca, se publica en Londres un grabado que se hizo popular en toda Europa. Era el *gateau des rois*, la torta de Nochebuena, el roscón de reyes. El modismo francés *partager le gateau*: en castellano, «distribuirse las ganancias», se representa bien en el admirable dibujo. Los monarcas de la Europa oriental van a desgarrar el mapa de Polonia; lo que queda de ese mapa, después del reparto de 1772 en que Rusia, Prusia y Hungría se distribuyeron más de 200.000 kilómetros cuadrados. El dolor del monarca polaco no conturba a sus colegas. Alguien parodió la frase del filósofo: «el hombre es un lobo para el hombre», diciendo: «cada



«El príncipe polaco», cuadro de Rembrandt, existente en el Museo de San Petersburgo

rey es un lobo para los demás reyes». Y ese crimen, que tan ardientemente exaltara los lirismos de nuestro Castelar, puede ser remediado ahora. Es la misma razón política que impulsó un día al monarca sueco, y otro al ruso, y otro al prusiano, y otro al propio Bonaparte a encender en esperanzas el corazón de los polacos. Alguien pro-



«El reparto de Polonia», dibujo de Erimelu, que adquirió gran popularidad a principios del siglo XIX

fetizó que este día reparador habría de llegar, no porque los reyes dejaran de ser lobos, sino porque la existencia de Polonia era de tal necesidad en el mapa de Europa, que si no hubiese existido nunca, llegaría a ser inventada, como una barrera entre las razas eslava y teutona, que se aborrecen, como un principio de disminución de ese enorme territorio ruso que no puede subsistir unido bajo la mano de un monarca absoluto.

Estamos en el comienzo de los tiempos heroicos. Los pusilánimes esperan que un suceso milagrero ponga término a la guerra que nos espanta. Y la guerra no debe acabar sin que todos los males que Europa padece sean curados por este tremendo cauterio. El daño ya hecho, dejad que la muerte busque a la justicia y la encuentre y la imponga.

Si ahora Alemania constituyera el nuevo reino de Polonia, como era en 1795, ya que no lo fuera como en 1772, cuando Europa le da la primer dentellada, ¿quién podría oponerse a la liberación de esa raza, aunque se la colocara bajo la sombra de poder de un rey germano? Porque en las enloquecidas justificaciones de esta guerra se ha dicho que es preciso que se rehagan las nacionalidades que fueron antaño destruidas, las regiones que fueron desmembradas de sus naciones originarias. Claro es que la causa de la guerra no ha sido esa. Aparte el ensueño de la revancha francesa, que venía siendo un arbitrio literario y una maniobra política, las demás naciones estaban y están con las fauces abiertas para absorber cuantos territorios se pusieran al alcance de sus mandíbulas de Gargantuas sin conciencia. ¿En nombre de qué derecho, de qué principio de justicia, de qué indemnización de gastos, de qué avances de progreso, le arrebataron a España los Estados Unidos la isla de Puerto Rico donde no había habido sublevación antes de paño, donde España gobernaba con un presupuesto con superavit? ¿Y quién protestó de esa tremenda iniquidad, como fué iniquidad que se nos arrebataran Mi danao y Joló, donde nuestros súbditos salvajes vivían tan apaciblemente como los salvajes que sustentan en muchas de sus colonias Inglaterra y Francia?

Así, ahora, en esta tremenda ficción de la guerra, Rusia que mantiene aherrojada a Finlandia, que ha hecho padecer a los polacos las más tremendas crueldades, prometía a Polonia una autonomía que no acababa de llegar.

¿Lo será ahora una vez más? ¿Alemania, en esta hora trágica, no querra buscar la redención de muchas de sus culpas, resucitando una nacionalidad que era fecunda en las artes liberales y en la industria, que sabía guerrear por su independencia, que sabía morir como en aquella postrimera hora del *finis Poloniae*?

Sería así esta guerra una rectificación de la Historia; no un retroceso, porque la fatalidad, que va encadenando los sucesos humanos, más los traba con errores que con aciertos. Cuando sobre toda Europa se desatan el genio de Napoleón y el desbordamiento de la Revolución francesa, van surgiendo reinos que bien pronto se deshacen, van naciendo dinastías que bien pronto pierden la realeza. Y sobre todo eso, la vida va desgarrando inexorablemente sus días. ¿Qué pasaría con que cualquiera de estas potencias que hoy luchan se deshiciera? ¿Qué con que Rusia, liberadas Polonia y Finlandia, se viera empujada hacia los Urales bárbaros? No ocurriría nada. ¿Qué página gloriosa perdería con ello la civilización? Es posible que los Romanoff se quedaran sin unos buenos viñedos, sin unos fecundos trigales, pero todo ello podría darse por bien empleado en cambio del grito de alegría que repercutiría en la vieja Polonia, que es una cosa viva, con un alma histórica, con una fe encendida perennemente y alimentada con la sangre de tantos héroes, de tantos mártires de una brutal tiranía...

DIONISIO PÉREZ



EL IMPERIO DE LA ESTRATEGIA EL ÉXODO DE POLONIA

El viejo reino de los Estanislao viene sufriendo, tras su pérdida independencia, ora la tiranía que esclaviza, ya la lucha de que es teatro su suelo, lucha que aniquila y destruye.

Ni el curso caudaloso de sus ríos es valladar del ímpetu con que los austro-germanos prosiguen la persecución del ejército moscovita, que un día avanzó victorioso hasta la vertiente húngara de los elevados Cárpatos.

Ejército modelo de abnegación y de bravura, que responde á maravilla á las orientaciones sabias del alto mando, se retira combatiendo, y cuando se le estima maltrecho y quebrantado arremete con brío en enérgicas reacciones ofensivas, que muestran su disciplina y su tesón.

Cuando asomaron á Hungría, por los nevados desfiladeros de los Cárpatos Occidentales, hubo un momento de serio peligro para Austria, que se conjuró con el avance estratégico de las huestes austro-alemanas, que recuperaron la Galitzia é invadieron Polonia, cerrando la tenaza que ha de aprisionar el vasto reino.

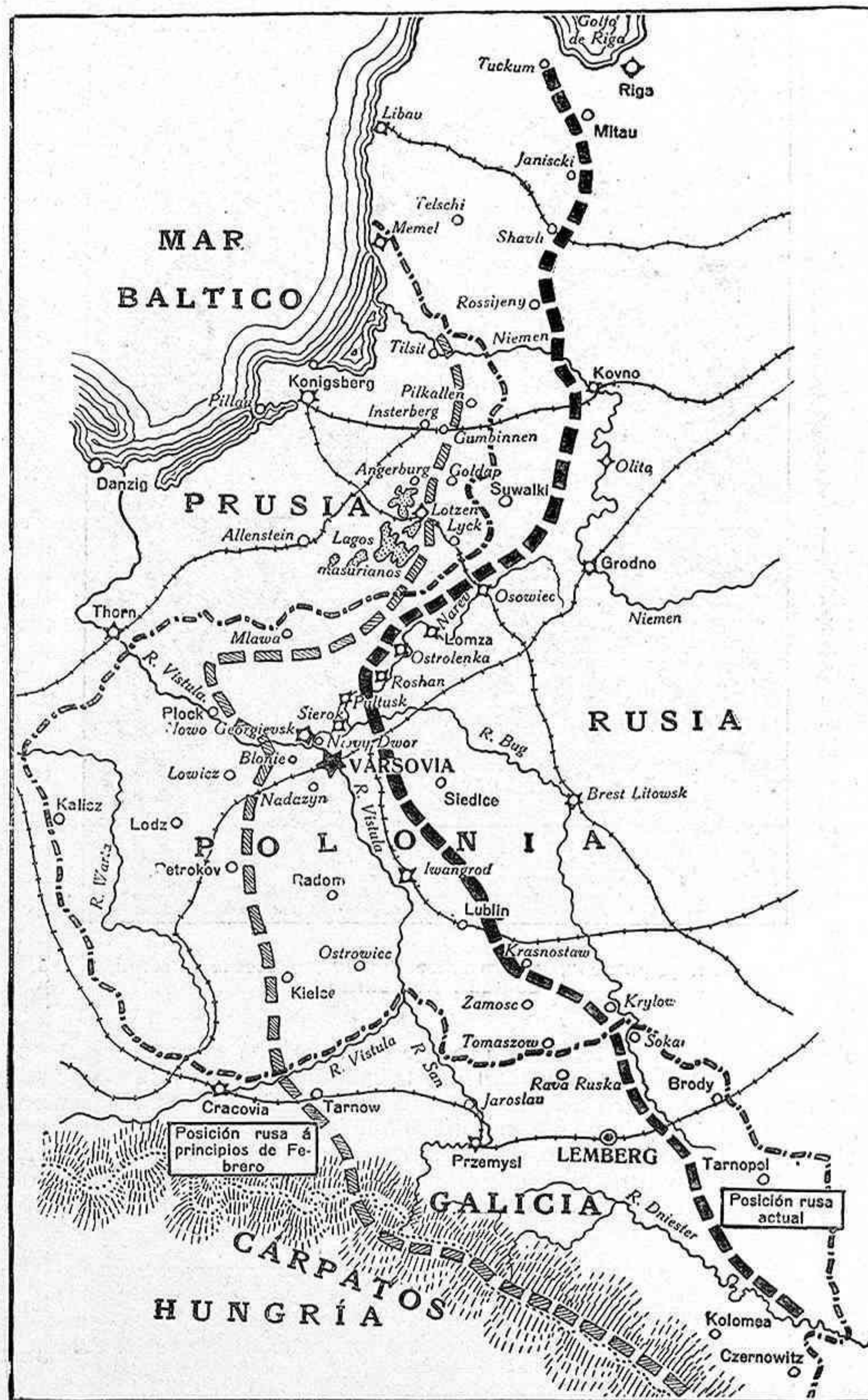
Al mismo tiempo, consolidan los germanos su dominación en Curlandia, tratando de ganar Riga, para sí, como es de suponer, se adueñan de la sección del Niemen, comprendida entre Kowno y Grodno, estableciéndose en el frente Riga-Kowno-Grodno-Narew-Varsovia-Ivangorod y el Vístula hasta la Galitzia.

Mas, á pesar de su triunfo, no pueden descuidarse un momento los ejércitos austro-alemanes, porque los moscovitas se reharán y en vigoroso empuje pondrán en práctica alguna concepción estratégica del Gran Duque Nicolás, digno rival de los Hindenburg y de los Mackensen.

Varsovia sufre, como tantas otras ciudades, el amargo dolor de la guerra.

El Vístula divide en dos á la capital del viejo reino de Polonia: de un lado, la ciudad nueva y la antigua, sólidamente enlazadas, y de otro, el novísimo arrabal de Praga.

Tres puentes enlazan ambas orillas: el puente nuevo del camino de Sochaczew, Lowicz y Lodz; el puente entre la antigua Varsovia y el



Situación de los Ejércitos rusos en Polonia en el mes de Febrero y en la actualidad

fronteras si ulteriormente preparase el Gran Duque Nicolás una reacción ofensiva. En efecto, desde Varsovia podían los rusos invadir Alemania, por las líneas siguientes:

Primero. Varsovia-Thorn por ambas orillas del Vístula, sirviendo de línea de aprovisionamiento el Vístula y el ferrocarril de la orilla derecha de este río.

Segundo. Varsovia-Posen-Kustrin, la más directa sobre Berlín, pero la más difícil, pues no hay ferrocarril directo.

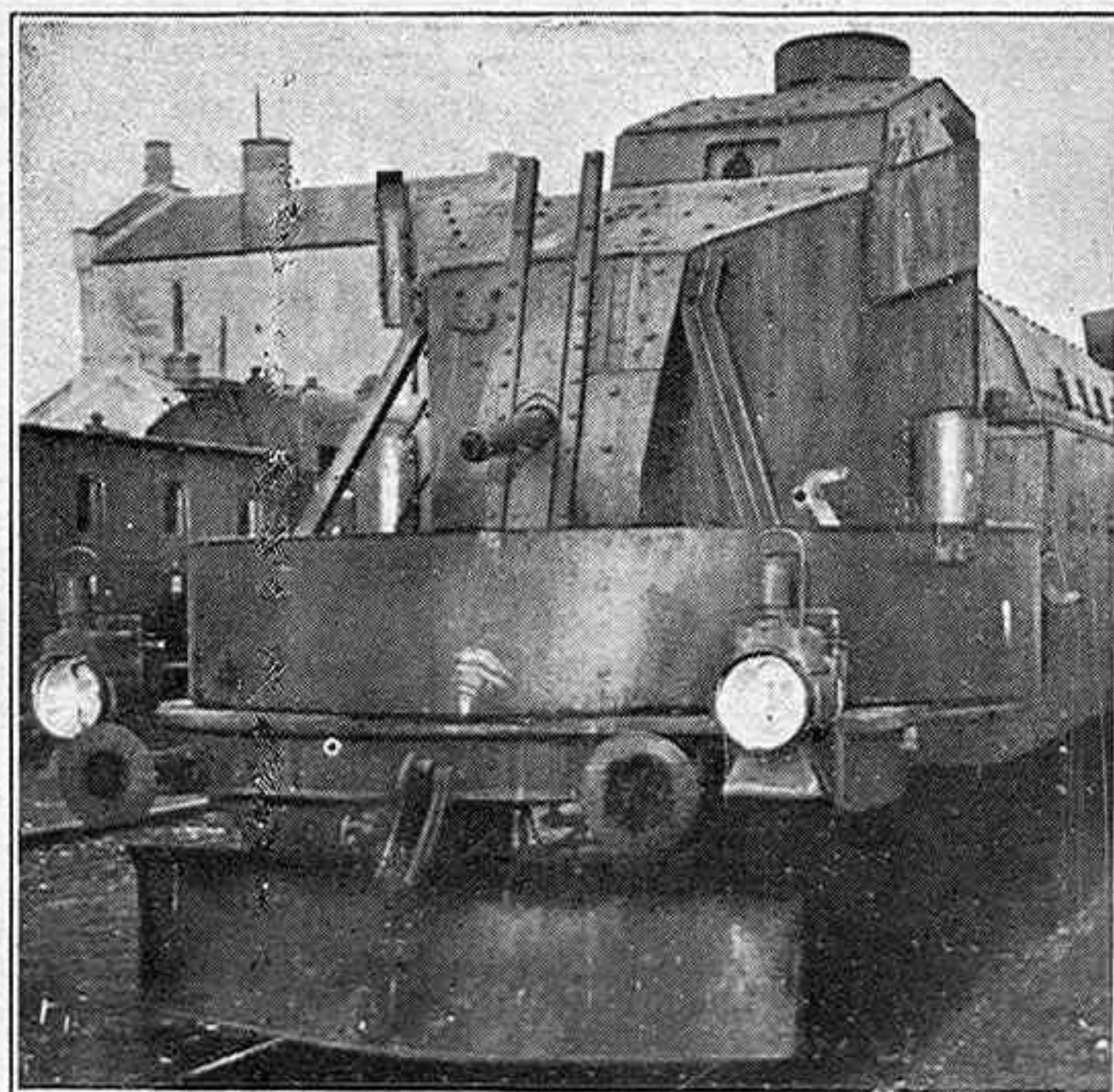
Tercero. Varsovia-Baja Silesia, ó sea hacia Glogau y Breslau, apoyando su avance en el flanco derecho en los pantanos de Olza, abordando el Oder en su alto curso, donde es fácilmente pasable, y apoyando su izquierda en el territorio más poblado y de mayores recursos de la Europa central. La vía férrea Varsovia-Kalisch serviría de línea de aprovisionamiento, debidamente aumentando su rendimiento.

Dedúcese de estas consideraciones, que la toma de Varsovia tiene doble importancia. Si quieren los alemanes proseguir la ofensiva, pueden hacerlo sobre Brest-Litowski, y cuentan con una base de operaciones más; y si quieren trasladar fuerzas al teatro Occidental, la ocupación de Varsovia constituye un seguro contra una reacción ofensiva rusa, y la línea del Vístula una línea de defensa casi infranqueable. Por esto, la toma de Varsovia es el hecho más interesante de la campaña actual.

Polonia liga su suerte futura á la de las armas de los imperios centrales y tirios y troyanos la brindan una autonomía próspera, que la libre de las férreas cadenas del cautiverio, y para ofrecerle esta reivindicación histórica, de nuevo ensangrientan su suelo fecundo con los horrores trágicos de la pelea. Los ejércitos del Zar evacuaron Varsovia, en la retirada tenaz de su extensa línea, y, en su despedida, solo destruyeron los aprovisionamientos marciales, lo que pudiera ser importante para la acción de las armas germanas.

¡Triste suerte la de Polonia, que solo hallará similar en la de Bélgica, en las efemérides de esta epopeya!

CAPITÁN FONTIBRE



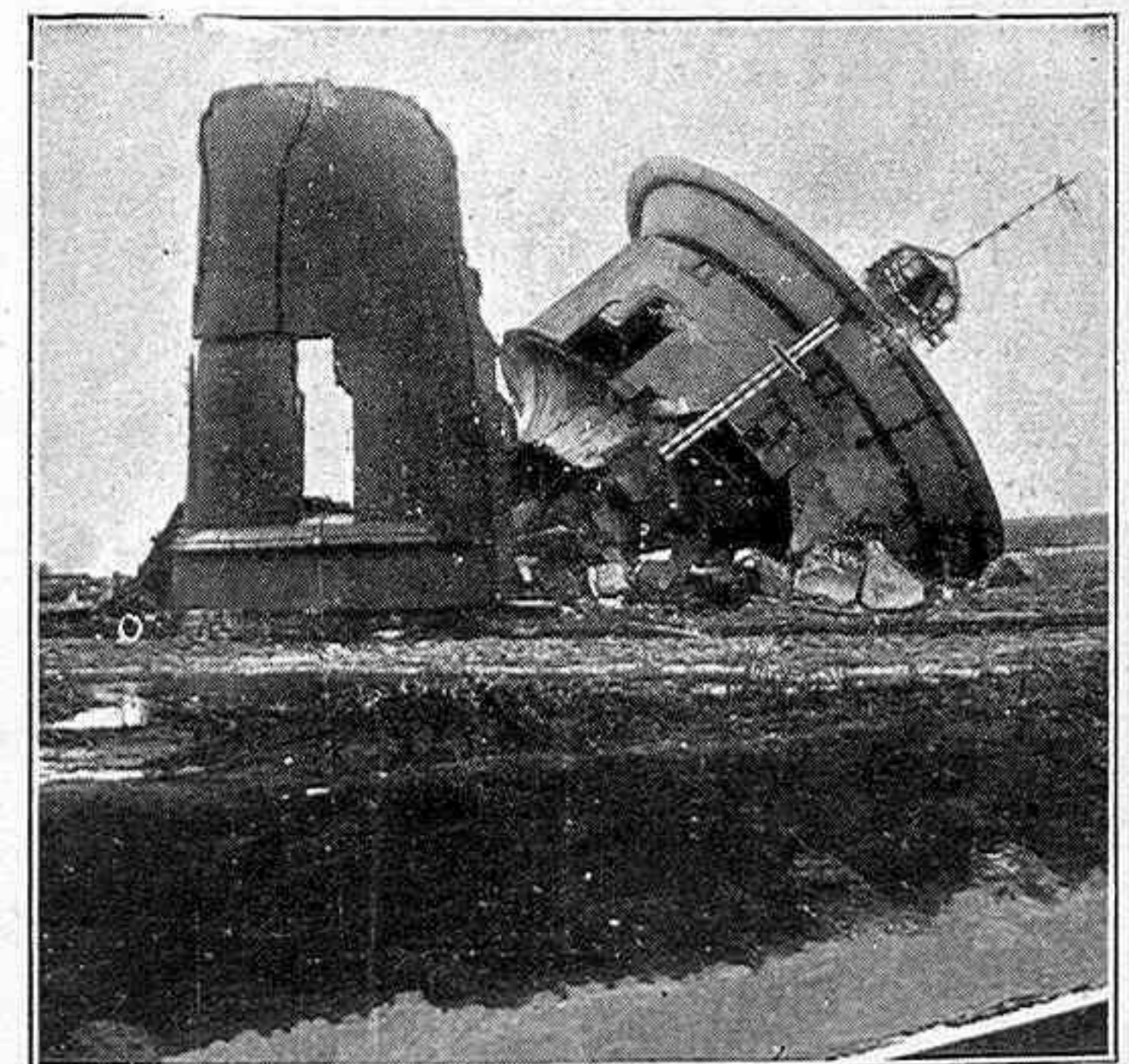
Tren acorazado del Ejército austro-alemán, que ha prestado excelentes servicios en los últimos combates sostenidos en la Polonia rusa

arrabal de Praga, y el puente del ferrocarril de Grodno.

El campo atrincherado de Varsovia se compone de quince fuertes: el número uno, á orillas del Vístula, entre los caminos de Ivangorod y á Brest-Litowski; el número dos, entre este camino y el de Petrogrado; los fuertes números tres y cuatro, frente á los pantanos, entre las vías á Petrogrado y Novo-Georgiesk; los números cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez, entre el Vístula y el camino á Skiernevice, teniendo sólo terreno despejado al frente los tres últimos, y los restantes circundando el recinto amurallado de la plaza desde el referido camino al Vístula.

Por todos los medios trató el Gran Duque Nicolás de sostener el cuadrilátero Varsovia, Ivangorod, Bialystk y Brest-Litowski; pero tras la evacuación de Varsovia, tal vez se vea precisado á abandonar el fortísimo campo atrincherado de Novo-Georgiesk, que en la confluencia del Narew y el Vístula tenía por principal misión cubrir á Varsovia de toda tentativa procedente del Noroeste. Es, además, este campo atrincherado, un excelente pivote de maniobras que puede servir de eje de retirada á los grandes ejércitos moscovitas.

La posesión de Varsovia por los austro-alemanes será, pues, una gran garantía para sus



Un depósito de agua de una estación ferroviaria de la Polonia rusa, destruido por el Ejército moscovita en su retirada

LO QUE FUÉ
RAMOS CARRIÓN

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

HALLÁBASE en todo su apogeo la fama de Ramos Carrión, al ofrecer, en Marzo de 1882, su obra celebrísima *La tempestad*. Después del triunfo de *La Marsellesa*, de *Los sobrinos del Capitán Grant*, quizá éste el más feliz y ruidoso de cuantos registra la historia de nuestras producciones líricas, llegó el estreno de la zarzuela, en que aparecía pujante el talento de un compositor joven, Ruperto Chapí, quien, después del alarde extraordinario de *Roger de Flor* y del acierto aplaudidísimo de *Música clásica*, mostraba, en *La tempestad*, las grandezas de la música española.

No ha habido nunca libretista comparable con Ramos Carrión, salvo Vital Aza, cuando colaboraba con él. El Teatro de Ramos, representa la suma discreción, el acierto sumo; en él están preparados los efectos con una oportunidad extraordinaria. Sus comedias son modelo de ecuanimidad, de perfección en el desarrollo, de pulcritud, bien alabada, dicho sea entre paréntesis, por el gran crítico *Clarín*. Fluye en ellas la gracia amable, exquisita, capaz de resistir á la acción del tiempo. Algunas obras de Ramos se oyen con gusto á los treinta años de estrenadas. ¡De qué pocos literatos puede asegurarse otro tanto! En la hora de ahora, algunos se creen eternos y dentro de seis lustros no habrá ni restos de su nombre...

Pues bien, el estreno de *La tempestad*, hizo época, como suele decirse, sobre todo cuando se dice mal lo que se piensa. Andaba el teatro de la Zarzuela, dando tumbos, al borde de la catástrofe, y surgió el melodrama de Ramos Carrión y Chapí y fué un río de oro. Dolores Franco de Salas, hizo el Roberto. ¡Qué guapísima estaba, vestida de marinero! Dolores Cortés, cantó la parte de Angela, ¡y cómo la cantó! Tan bien como Eduardo Berges, que anda por esos mundos sufriendo los rigores de la desgracia, atenido á modestísima soldada del Ayuntamiento, después de haber gozado de las delicias del aplauso, en muchas noches como la de la primera representación de *La tempestad*. ¡Acaso envidie Berges á sus compañeros de glorias, ausentes ya del mundo, lejos de sus vanidades y pompas! Ramos Carrión, no contento con el éxito venturosísimo de *La tempestad*, tuvo al mes otro, no menos envidiable, en Lara, con la comedia, en dos actos, *Robo en despoblado*, escrita en colaboración con Vital Aza. Ramos y Vital, fueron amigos durante muchos años, desde el principio

de sus respectivas notoriedades. Antes llegó Ramos que Vital al paraje de las satisfacciones, pero cuando en él estuvieron juntos, fundieron sus cualidades, sus anhelos, su noble ambición, en una misma fortuna, y eran sus ingenios la esperanza de las empresas teatrales, siempre gananciosas con obras como *El Rey que rabió*,

frío un violento ataque de nervios y entonces Mesejo y Ruiz, que eran los primeros actores, dispusieron que el telón cayese, dándose fin al sainete, sin que le fueran perdonadas sus faltas. De modo que la obra no se estrenó, y sin estrenarse fué rechazada.

¡Qué días aquellos, recordados hoy melancólicamente! Murió Selgas, un poeta muy celebrado, de quien ya nadie dice nada. Murió Moreno Nieto, el gran orador, el presidente perpétuo del Ateneo, filósofo, literato, político de elevadas ideas, pródigo siempre de su hermosa palabra.

Cuantas veces, al subir la escalera del Ateneo actual, me preguntó, ¿por qué no habrá aquí una efigie, en mármol, de Moreno Nieto, que sea testimonio de lo que representó aquel otro Ateneo, el viejo, el de la calle de la Montera, donde estuve hasta pocas horas antes de morir el insigne D. José?

Por cierto, que en el Ateneo apareció, al desaparecer Moreno Nieto, un muchacho, casi un niño, que componía versos primorosos. Era Carlos Fernández Shaw, que sintió muy pronto los halagos de la suerte, acaso para después hacerle más duros los golpes con que le anonadó la desventura. ¡Parece que estoy viendo al simpático adolescente, rodeado por la multitud que aplaudió con frenesí, leer unas poesías, más bien cantadas que dichas por el poeta, muerto en la madurez, para duelo de las letras nacionales!

¡Qué lejano todo aquello! Era cuando los gremios de Madrid estaban revueltos por la tributación que imponía Camacho y los síndicos daban con sus huesos en el Saladero, la cárcel de la época.

Cuánta popularidad para los síndicos, presididos por Maltrana, que ya no existe, y teniendo como Secretario al procurador D. Cristóbal Martín Rey, vivo todavía, á Dios gracias.

Entonces se trató de que se arreglaran los terrenos de la basta zona extendida entre el Prado y el Retiro, la misma que hoy ocupa una de las más espléndidas barriadas de Madrid.

Entonces eran vida y esplendor muchas cosas que hoy se lleva entre llanto el implacable andar de los años y surgen llenas de luz y de alegría las nuevas ilusiones, que allá en lo futuro también serán desengaños.

Por la transcripción,

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



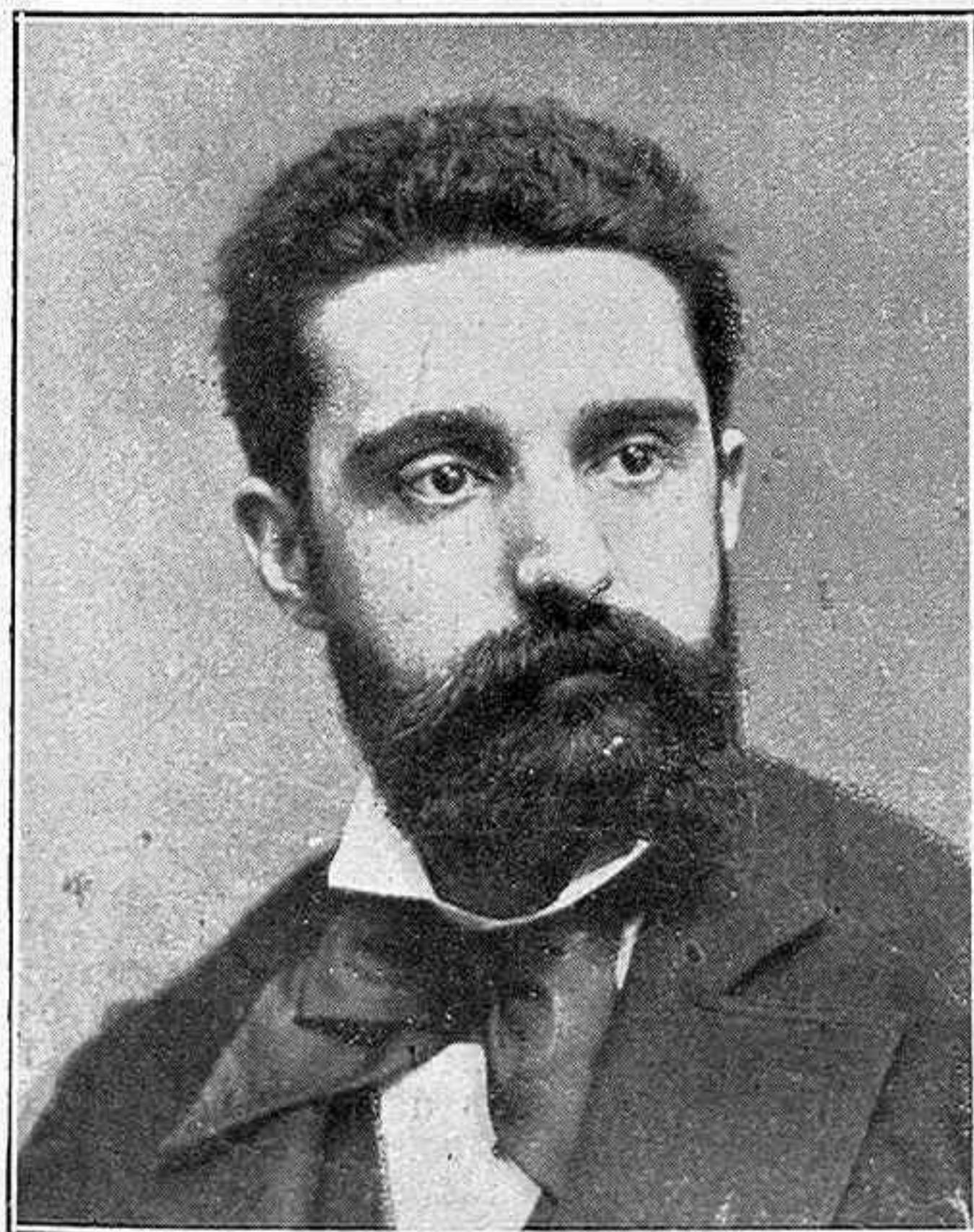
DOLORES FRANCO DE SALAS
 Felicísima creadora del papel de Roberto, en "*La tempestad*"

Los lobos marinos, *El padrón municipal*, *El oso muerto*, *Zaragüeta*, *La calandria*, y tantas otras que aún se representan.

Robo en despoblado, se estrenó en 9 de Abril del 82, por Balbina Valverde, Matilde Rodríguez, la Alverá, Zamacois, Antonio Riquelme y Ruiz de Arana. De todos no queda con vida más que la Alverá, pero de todos queda un recuerdo grato en cuantos les vimos y en cuantas veces les echamos ahora de menos, que son muchas veces, aun cuando crea lo contrario la vanidad de algunos cómicos actuales.

Y conste que cuando Ramos lograba que los teatros de la Zarzuela y de Lara se llenasen para aplaudir sus obras, había en Madrid plétora de novedades escénicas.

En el Real, hacía una temporada lucida Sarah Bernhardt, representando *La Dama de las Camelias*, *Frou Frou* y otras obras semejantes. En la Comedia, Virginia Marini y Ceresa eran también admirables intérpretes de Sardou, Augier y Dumas, hijo. En el Español, estrenaba D. José Echegaray *Los dos curiosos impertinentes*, drama que fué como un relámpago, deslumbrador, pero fugaz. En Variedades, se puso en moda una revista, con música de Chueca, titulada *Luces y sombras*, de la que aún se recuerda un vals lánguido, cantado por una tiple muy mona, Mercedes Vivero. Aquel vals, delicioso, valía tanto, por lo menos, como los de extrangis, que ahora nos importan las Compañías de opereta. Por aquellos días, ocurrió en el Teatro de Esclava cierto incidente, en verdad curiosísimo. Se estrenaba un juguete lírico, en un acto, titulado *El señor de carambola* y desde las primeras escenas dió el público señales de que aquello iba á acabar trágicamente, aunque la pieza se anunciaba como graciosa. Y así acabó, sin acabar. La tiple, que creo se llamaba Carmen Latorre, y era una real moza, al vislumbrar la tormenta, su-



D. MIGUEL RAMOS CARRIÓN
 Cuando estrenó "*La tempestad*"



D. RUPERTO CHAPÍ
 En el año 1874





El lago Léman.—La isla de Clarens

DESDE SUIZA

EL LAGO LÉMAN

Día de Junio, caliente y soleado. Son las nueve y minutos de la mañana cuando el vaporcito suelta las amarras, que lo sujetan al muelle de Ginebra; los cisnes, que rodean al barco, se separan un poco.

A babor, á lo largo del muelle, surge entre árboles el mausoleo gótico donde el duque de Brunswick, duerme con los cansados pies vueltos hacia el lado del sol; aparecen después el Kur-saal y seguidamente una hilera de inmuebles magníficos, casas particulares y hospederías de primer orden, cuyos títulos, compuestos con letras de bronce, refulgen llamativos: *Hotel inglés*, *Hotel nacional*, *Hotel de Rusia*...; otros recibieron nombres inspirados por la poesía del maravilloso panorama que tienen delante: *Hotel de Bellavista*, *Hotel de la hermosa playa*... y todos se hallan precedidos de floridas *terrasses*. A estribor guarnecen el horizonte el grande y el pequeño Salève, La Môle, los Voirons; montañas cerúleas, á retales violáceas, rojizas, verdosas, amarillentas; cadena de corcovas arlequinescas, tras la cual el Mont-Blanc, «el abuelo», asoma su cabeza de lino. Delante de nosotros, el añil del lago palidece, según se aleja hasta desvanecer su cristal en la ingravidad de la neblina.

El Léman, con sus setenta kilómetros de longitud, por doce de anchura donde más, y su lecho que en ciertos parajes obtiene una profundidad de trescientos metros, es un mar riente y sin tempestades, un mar de agua dulce; mar simbólico, puesto en la neutralidad del territorio suizo, como para calmar la sed de rencores de Europa.

Los deshielos de la sierra lo formaron, y su caudal, alimentado con el llanto de las montañas, ofrece una melancolía mansa. En sus orillas arboladas las ondas cuchichean y desfallecen sin majestad; las gaviotas que rayan su espejo son pequeñas, y sus barcas, que no conocen el huracán ni pueden perderse en el horizonte, no tienen riesgos que contarnos. Hay en todo él, reducido á eterna esclavitud, una ansia de océano. Es un mar fracasado, terso, límpido; de día, á la luz, refulge como una coraza; de no-

che su cristal dormido, más inmóvil que nunca, es como un cielo estrellado.

La brisa tamborilea sobre la lona que defiende la cubierta del sol, y es grato contemplar desde aquella penumbra la reverberación en que se abrasan el lago y la costa. Componen el pasaje un centenar de personas: turistas francesas, con zapatos y vestidos blancos y cuellos azules á la marinera; vecinos de los pueblecitos ribereños, que vuelven á sus casas, terminados los asuntos que les retuvieron unas horas en la capital; parejas de enamorados; un colegio; pastores evangélicos, que leen periódicos y comen *sandwiches*.

Fuimos dejando atrás Coppet, famoso desde que Mme. de Staël escribió allí sus páginas mejores; Céligny, en cuyos muros se leen aún inscripciones paganas; Nyán, edificada sobre una colina, deliciosa atalaya donde Voltaire hubiese querido dejar apagarse la gloria de sus últimos años; Thonon-les-Bains, refugio favorito de los enfermos de gota; Quchy, puerto de Lausanne; los caseríos de Cully y de Rivaz; Vévey, donde duermen los regicidas Ludlow y Broughton, amigos de Cromwell; y un poco más allá, ante un remanso virgiliano, cuyos árboles, reflejados en el agua, dan una sensación de profundidad y frescura, el islote de Clarens, verdadero museo de recuerdos literarios, en que Juan Jacobo Rousseau puso la acción de su novela *Julia ó la nueva Eloísa*, y adonde lord Byron fué á esconder uno de sus más tempestuosos amores.

El barco, pasando indistintamente de la costa suiza á la francesa, renueva dulcemente la magistral película que compusieron el lago y las montañas.

La Naturaleza, más imaginativa en Suiza que en ningún otro punto del globo, multiplica sin fatigarse sus mudanzas y sus colores. El Léman, cual todos los grandes paisajes, tiene un alma complicadísima; pretender estudiarlo «al pasar» es tan imposible como conocer á la persona á quien no hicimos más que darle la mano. Para comprenderlo necesitamos vivir á su lado mucho tiempo, único modo de que su edénica magnificencia cese de ofuscarnos. El Léman, seme-

jante á un libro de varios capítulos y todos magistrales, merece ser leído despacio. Hemos de verle cuando corre sobre su cristal el rosicler primero de la aurora; á medio día, reberverando como una brasa bajo el sol; por la tarde, en la melancolía infinita de los ocres y de las violetas; de noche, frío, negro y lleno, sin embargo, de la cabalística claridad astral. Y precisamos conocerle también á lo largo de las distintas estaciones: en la blancura de los meses de invierno, que cubren la tierra de magnolias mortales y cuajando la nieve seca el llanto de los montes; en el derramamiento pagano de los días estivales, y en el dolor del otoño, que amarillea las hojas y enseña á las fuentes á suspirar, y procrea las arañas misteriosas que tejen la niebla, y arranca de manos del dios Pan la flauta de la Vida. Porque á orillas del Léman, según la época y la hora, cada trozo de paisaje vestirá un color distinto, y cada remanso tendrá una música, un aroma y un enigma, de belleza diferentes.

Hay álamos orilleros cuyas hojas, rutilando al sol, brillan bajo el agua, como armaduras de guerreros ahogados allí; hay centenares de viejas torres, de *chalets* y de puentes, cubiertos de hiedra. Casi hundidas en la frondosidad exuberante de los bosques y sin guardar entre sí alineación ninguna, surgen numerosas casitas, de puro estilo suizo. Es una arquitectura inconfundible: el alero, dispuesto invariablemente en forma de acento circunflejo y muy saledizo, imita la expresión de las tocas mongiles; las techumbres, puntiagudas, accidentadas y pintadas de ocre, se subdividen y complican prolijamente; unos planos descienden, otros suben; diríase que el hombre quiso llevar al tejado de sus hogares el carácter montañoso del suelo de Helvecia. Todas las buardillas tienen su frontiz, y hasta las chimeneas, semejantes á campanarios ó á viviendas minúsculas, ostentan asimismo una personalidad, una independencia: un *chalet* suizo, visto á distancia, parece una reunión de casitas.

Cada vez que el vaporcito acosta uno de estos embarcaderos, rodeados de árboles y de umbría,

y que cesa el fragor de sus ruedas, en el grave silencio campestre, se oyen los pájaros cantar. Inmediatamente, el barco reanuda su viaje y el maravilloso *film* continúa: pasa un tren tan cerca de la ribera que finge mojarse las ruedas en el lago; asustadas del estrépito varias gaviotas huyen de la costa y son como un puñado de papeles tirados al aire. Monte arriba, por un camino color naranja, corre un automóvil; ya se esconde, ya reaparece, ya se oculta otra vez para surgir de nuevo, y siempre más pequeño y más alto. Ante el macizo obscuro de un castañar que avanzó hasta la orilla, resbala fantasmal la vela blanca de un bote. Entre la verdura, de refilón, vimos platear un arroyo... El paisaje, en suma, movido por un aparato de relojería, como el que regula la dinámica de «los nacimientos», no estaría mejor.

Desembarcamos en Montreux, y a pie nos dirigimos hacia el histórico castillo de Chillon. Esta ruta de ensueño bordea el lago a la sombra de montes elevadísimos, y señala la hermosura mayor de Léman: es alegre y lo impregna, no obstante, una vagarosa melancolía; es un camino de ideal, esperanzado y triste; de hermoso que es, inspira deseos de llorar y de morir; es Beethoven; son unos labios de mujer besados en un jardín ó delante del mar, una noche lunada...

Bajando un camino, pendiente como una escalera, se llega al borde del agua, y ante los pilares, recios aún, que sirvieron de apoyo al antiguo puente levadizo.

El castillo de Chillon fué construído sobre un bloque de granito que un capricho geológico puso á cuatro ó cinco metros de la costa; hállase, de consiguiente, rodeado de agua, circunstancia peregrina que así le embellecía como aumentaba su fortaleza. Los bastiones espesísimos, acribillados de saeteras, se mantienen íntegros y su erección se pierde en las nebulosidades del siglo ix; pero la historia de tan temible fábrica no comienza hasta la treceava centuria, en que sirvió de residencia á los poderosos condes de Saboya, y á partir de ese momento, una serie ininterrumpida de combates y de martirios, parece tender sobre sus torres un dosel de púrpura.

¿De cuántas injusticias, de cuántos crímenes, de cuántas torturas fueron testigos aquellas paredes? La leyenda no lo dice. Sólo conocemos

los últimos momentos del Canciller Guillermo Bolomier, acusado falsamente de concusión y ahogado en el lago por el verdugo; el cautiverio de Mariley, obispo de Lausanne; la larga reclusión de Francisco Bonivard, encerrado allí por defender las libertades ginebrinas; el suplicio de Miguel Cotié...

Penetramos en el recinto donde el alma de hierro de la Edad Media parece haber dejado para siempre un frío y una sombra. Y por una puerta estrecha llegamos á la cripta, abierta en la roca, y dividida en cuatro partes. La primera, era el «cuarto de guardias»; poniendo en los ojos la imaginación fácilmente se reconstruye su aspecto de entonces: los soldados, en coselete, jugando á los naipes, alrededor de alguna ancha mesa de roble; el barullo tempestuoso de las conversaciones, el acero de las alabardas y de los mandobles, brillando torvos sobre el fondo obscuro de la muralla.

El segundo subterráneo sirvió de calabozo: hay en el suelo una gran piedra, ligeramente inclinada, que servía de lecho al prisionero y en la pared subsisten un Cristo casi borrado, una santa con una leyenda alrededor de la cabeza, escrita en caracteres góticos, y otros dibujos dictados á Cotié más por su fastidio que por su inspiración.

La muerte de este hombre abnegado y heroico merece conocerse. Miguel Cotié había concebido el propósito de libertar á Bonivard, y para realizarlo procuró y consiguió entrar de criado en el castillo. Descubiertos sus planes, el señor de Chillon, Carlos III de Saboya, mandó le torturasen para obligarle á decir si Bonivard estaba de acuerdo con él. A Cotié le desconcertaron los brazos, y no habló; á los pocos días le ataron á una columna y con hierros candentes le abrasaron las plantas de los pies y tampoco habló; la crueldad del verdugo se estrellaba ante la voluntad del prisionero. Entonces fué encerrado en un calabozo, de donde no debía salir. Apenas curado de sus heridas, Miguel Cotié pensó en su libertad: limó su cadena, hizo un agujero en la pared, y una noche sin luna dejó su cárcel, trepó á una saetera, arrancó el barro que la defendía y se lanzó al espacio; pero no midió bien el salto y en vez de caer en el Léman, cayó sobre unos peñascos, donde halló la muerte.

El lugar contiguo al ergástulo de Cotié, estaba destinado á las ejecuciones capitales. Todavía aparece empotrado en el muro el madero de encina de donde se ahorcaba al reo, cuyo cuerpo, caliente aún, era arrojado al lago, hondo en aquella parte de cien metros.

El techo, en fin, de la última mazmorra, hállase sostenido por seis columnas, á la penúltima de las cuales vivió encadenado, durante cuatro años, el insigne patriota Francisco Bonivard, prior de San Victor. La argolla que sujetaba la cadena está allí, y la base de la columna se halla desgastada por el preso, cuyos pies dejaron su huella en la piedra, como su pensamiento la dejó en la desacetada libertad del espíritu.

En el tercer pilar llaman la atención del visitante estas cinco letras gloriosas, evocadoras de una vida de fuego: Byron. «Este nombre Byron —dice Víctor Hugo— grabado sobre la columna de granito en grandes caracteres un poco inclinados, arroja un extraño resplandor en el calabozo».

Asimismo dejó su nombre en la piedra el autor de *Los Miserables*; también, como recuerdo de su visita, esculpieron los suyos Jorge Sand y Ruskin... En verdad que en edificios de tal solidez no pueden dejarse tarjetas de menos duración.

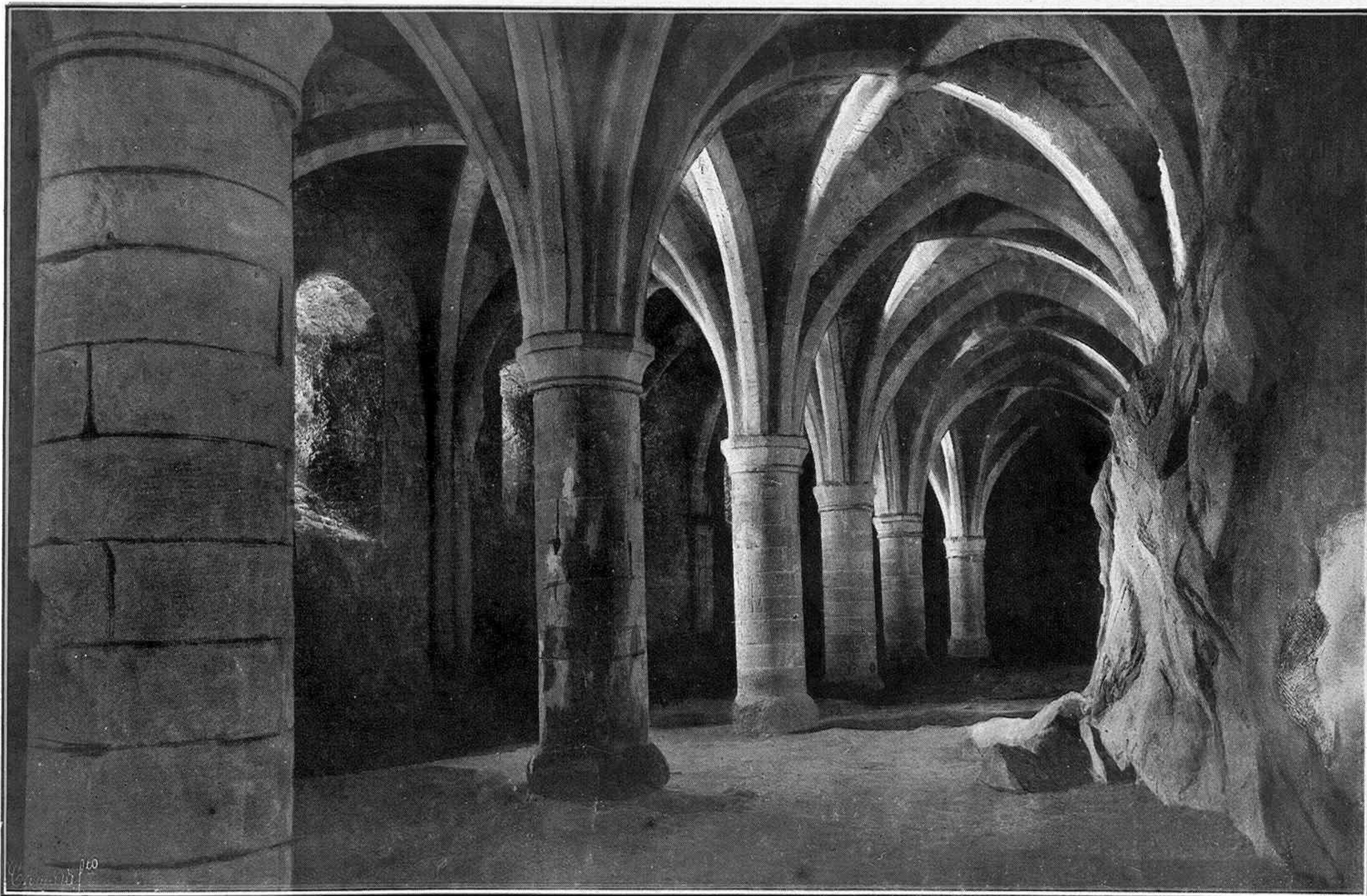
Por fortuna, el trágico castillo de los Saboya sólo es en el Léman un episodio. Conforme el vaporcito que nos vuelve á Ginebra se distancia de la costa, el baluarte siniestro, el baluarte de historial maldito, donde no habrá una piedra que no se haya mojado de sangre ó de lágrimas, va hundiéndose en el agua; es como un dolor que fuera extinguiéndose poco á poco. Ya no se ven sus muros almenados; su torre también se distingue menos, cada vez menos; su negra vestidura desapareció al fin; se lo ha tragado el lago azul.

Un hechizo inefable vuelve á poseernos; un bienestar que es para los ojos alegría verde de campo, caricia de brisa para la piel, olor á tierra húmeda para el olfato, frescura en la boca y en los oídos dulcísimo platicar de aguas corrientes.

La Naturaleza, en fin, que se nos mete en el corazón por las cinco ventanas del alma.

Berna, Julio

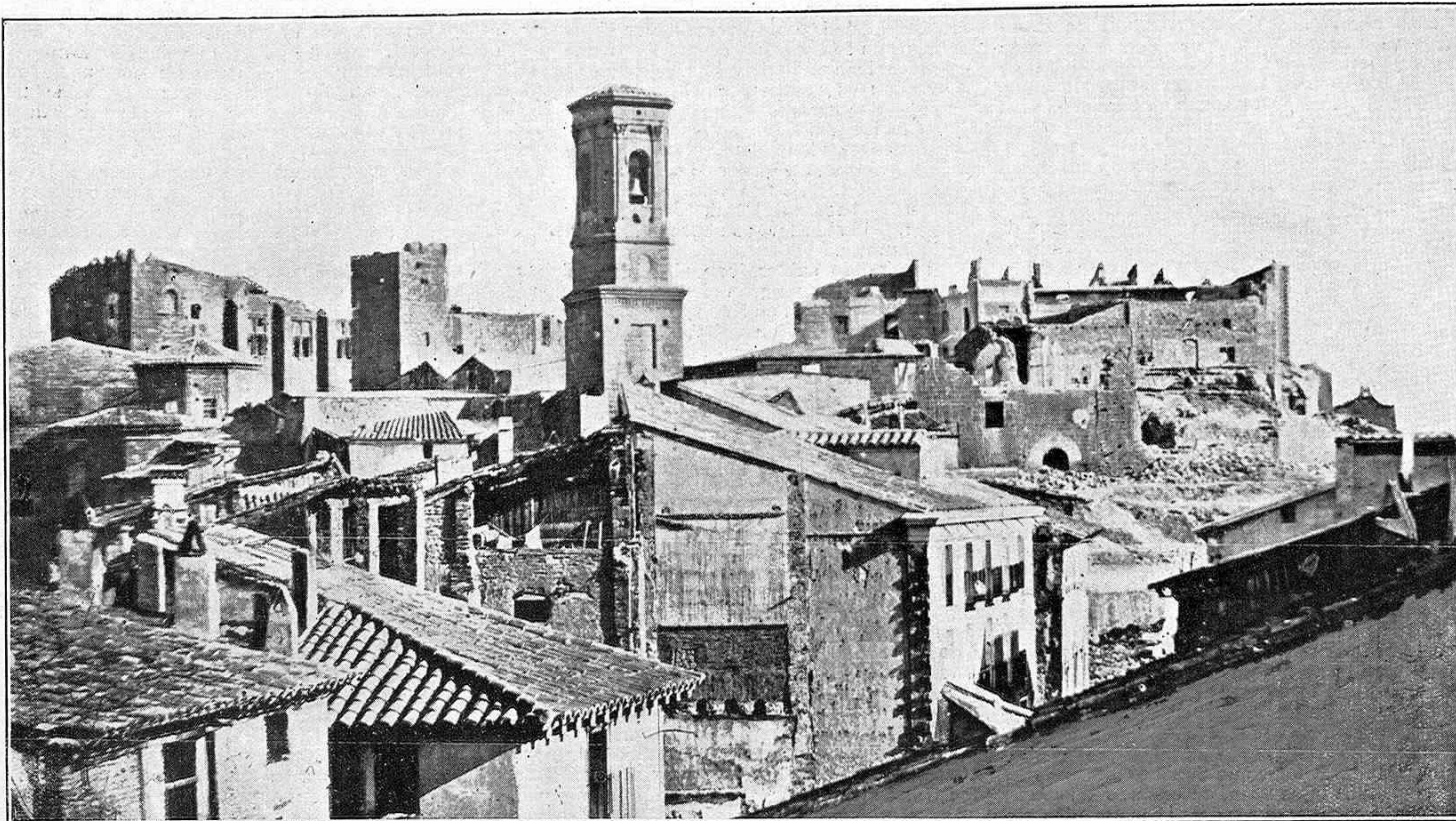
EDUARDO ZAMACOIS



La prisión de Bonivard, en Chillon, en el lago Léman



POR LA ESPAÑA HISTÓRICA
LA CIUDAD DE CASPE



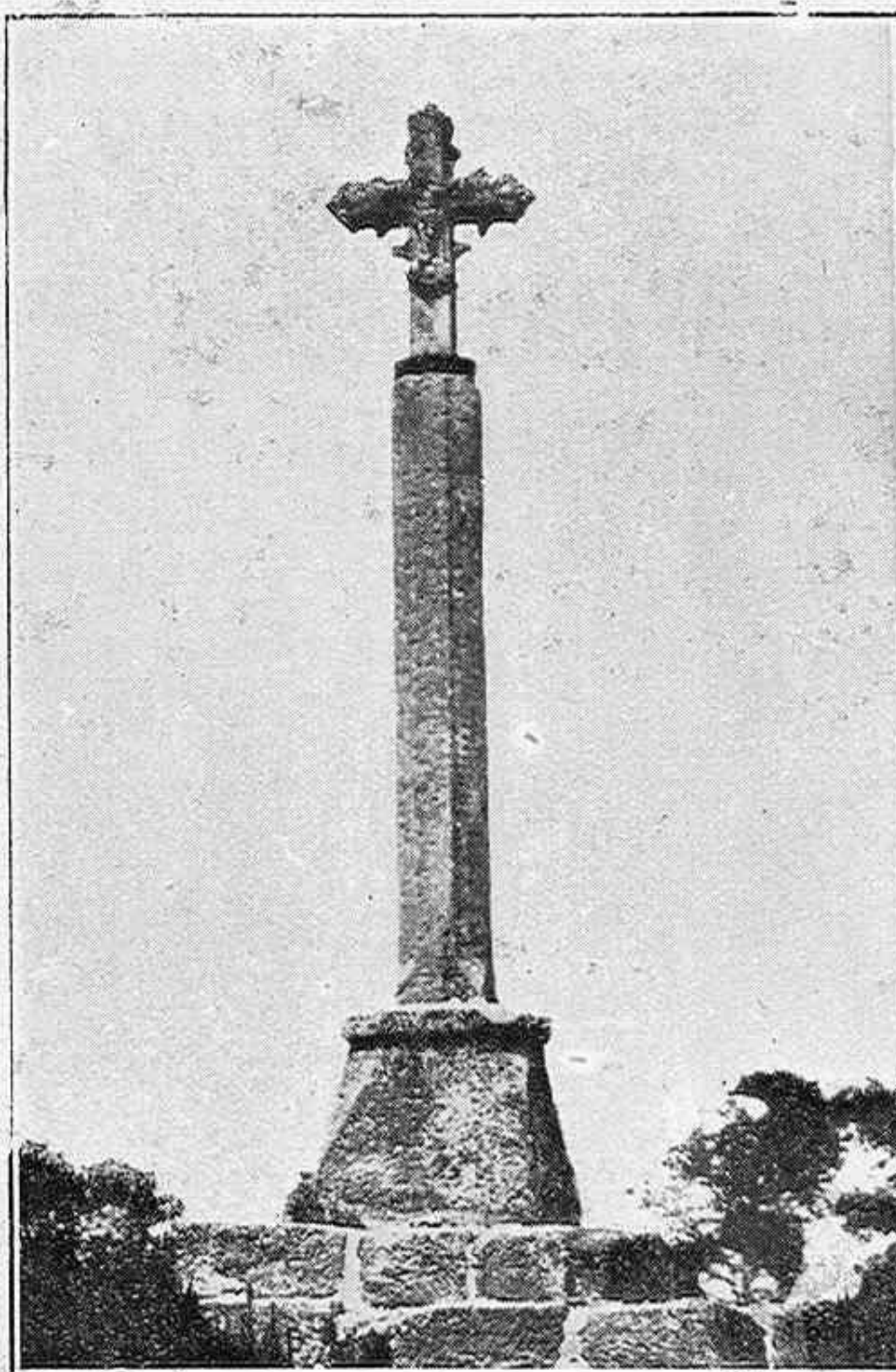
Vista general de Caspe

Fundación.—Don Martín Carrillo y otros dicen que la gente de Tubal, subiendo por el Ebro, fundó a Caspe. En este caso data su origen de 2.000 años antes de Jesucristo.

Domínación Romana.—Quedan vestigios de ella en los muros más antiguos del castillo, en las tumbas ó sepulcros de Miralpeix y Santa María de Horta ó San Bartolomé, situadas en ambos lados del Ebro, donde estuvieron emplazados varios poblados y por donde cruzó la



Cáliz y patena, del siglo XIV, con que se celebró la misa en la proclamación del rey Fernando I



Cruz de San Vicente Ferrer

vía romana que seguía desde Tarragona, capital de la metrópoli, por el Ebro á Zaragoza y Norte de la Península.

Árabes.—Sucumbió en la invasión sarracena y la libró del poder mahometano, D. Alfonso II el Casto, año 1169.

Los moros dejaron monumentos de su dominación en el azud ó presa que lleva su nombre y en los riegos que de ella se derivan.

Caballeros de San Juan de Jerusalén.—Las órdenes de San Juan y del Temple ayudaron á reconquistar la ciudad, y en premio concedió el Rey el dominio temporal de ella á los Sanjuanistas, año 1193. En nombre de la Orden recibió la donación Armengol de Aps, gran castellan de Amposta.

Los caballeros permanecieron en Caspe hasta la desamortización. Tanto las viviendas de éstos como el castillo contiguo, que databa de la



"Lignum Crucis", reliquia del siglo XIV, que perteneció al Papa Clemente VII

dominación Romana y ampliado sirvió de palacio al Baillo ó prior; fueron destruídos durante las guerras civiles del siglo XIX, quedando sólo alguna parte ruinososa del último.

Cristiandad.—Se tiene como fundador de ella á San Indalecio, uno de los siete convertidos por Santiago é hijo de Caspe, según atestigua la tradición local, confirmada por algunos monumentos.

Iglesia.—La actual Iglesia parroquial se levantó después de la Reconquista.

La primera parte de la construcción actual es gótico-bizantina, y se puede fijar su edificación en los comienzos del siglo XIII.

La segunda, caracterizada por la mayor elevación de la techumbre y que se extiende hasta el altar mayor, comenzó el año 1518 y es, también, gótica, con elementos platerescos, como terminada en el siglo XVII.

Toda la obra es de sillería, lo mismo que la cubierta, formada por losas, y de tal solidez que, durante las dos guerras civiles del siglo XIX, sirvió de fortaleza, y sobre ella se emplazaron piezas de artillería.

Fachada principal.—En el siglo XIV se labró la portada sobrepuesta, ejemplar semejante á la que adorna la catedral de Tarragona, en las cuales aparece puro el arte ojival, tal como lo concebían los artistas de la Corona de Aragón.

Se desarrolla en seis arcos, tres compuestos de molduras y tres de figuras. De éstas, las del primer arco representan ángeles y evangelistas; las del segundo, mártires; las del tercero, doctores y obispos.

En el frente aparecen los doce apóstoles, de gran tamaño, colocados en sus nichos y coronados de doseles; y residiendo al colegio apostólico, en el centro, la estatua de Santa María la mayor.

Con fecha 7 de Agosto de 1908 fué declarado Monumento nacional.

En el presente, de 1915, se ha librado cantidad para restaurar la primera sección de las obras, conforme al proyecto del arquitecto D. Ramón Salas.

Actualmente está comenzada la restauración.

Sepulcro de D. Martín García.—Nació don Martín en Caspe, año 1441.

Fuó elegido canónigo de Zaragoza el 1481; designado para corregir el misal cesaraugustano, juntamente con San Pedro Arbués, el 1485; nombrado Inquisidor general de Aragón, confesor de la reina doña Isabel, embajador de los Reyes Católicos en Roma, obispo de Barcelona, donde hizo su entrada el año 1515.

Murió el año 1521, en Caspe. El sepulcro de alabastro se construyó inmediatamente después de su muerte. Está coronado por el escudo de



Iglesia parroquial de Caspe

García. Encerró las cenizas del santo obispo hasta la guerra civil de los siete años, en que fueron profanadas.

Sepulcro de Heredia.—Guardó hasta la guerra civil de los siete años, los restos mortales de D. Frey Juan Fernández de Heredia. Nacido en Munebrega (Zaragoza); fué Baillo del convento de Caspe; comendador de Alfambra; gran castellán de Amposta; gran maestre general de la Orden; embajador de Clemente VI ante Eduardo III, de Inglaterra; gobernador general de Ariñón; grande amigo del cardenal Gil de Albornoz y del anti-papa Pedro de Luna, su paisano; concertó la liga entre el rey de Aragón y el de Castilla; dirigió la resistencia de los caballeros de Rodas contra los turcos; trabajó él mismo y favoreció empresas literarias.

Su rico archivo pasó, con el tiempo, al marqués de Santillana y á la casa de Osuna. Hoy se halla repartido entre las bibliotecas Nacional y de El Escorial.

Su sepulcro es ejemplar primoroso del arte ojival en el siglo XV. Lo cubre una estatua yacente y está rodeado de un friso, que representa una procesión de plañideras y escenas del sepelio.

La santísima Vera Cruz.—Es un Lignum Crucis, de brazos iguales en forma de cruz y de 0,15 m. de largo cada travesaño.

Está engarzado en oro y encerrado entre cristales de roca; todo sostenido por un hermoso pie gótico de plata sobredorada, que tiene la misma marca de orfebrería y el mismo estilo que el caliz.

Don Juan Fernández de Heredia obtuvo esta reliquia de Gregorio XI, con ocasión de mandar la armada que llevó al Papa desde Francia á Roma, año 1377. Era de uso y veneración particular del Pontífice.

Ante este Lignum Crucis, que lleva grabado en el pie el escudo de Heredia, como donado por él mismo á Caspe, juraron fallar en justicia y conciencia los Compromisarios.

Caliz del Compromiso.—Así llamado, porque, según cuenta la tradición, fué usado por Domingo Ram, obispo de Huesca y uno de los Compromisarios, en la misa pontifical que precedió á la publicación del fallo y en la que predicó San Vicente Ferrer.

Es gótico del siglo XIV, la copa de transición del estilo románico, la patena lleva un magnífico esmalte del Salvador, en actitud de bendecir, sobrepuesto y anterior al caliz; son también de esmalte los blasones de la casa de Heredia, tres torres de oro en campo de gules y el escudo ó cruz llana de la Orden de San Juan. En otros chatones van el busto de Jesús y el de la Virgen. Es labor hecha en Aviñón del Papa, según lo demuestra su punzón Avin, con las llaves de la Iglesia.

Compromiso de Caspe.—El rey de Aragón D. Martín I, el Humano, murió el día 31 de Marzo de 1410, sin sucesión legítima. Habiéndose negado D. Martín á designar sucesor, según era

costumbre en la Monarquía Aragonesa, se presentaron siete pretendientes al trono, alegando diversos títulos hereditarios y sosteniéndolos pacíficamente unos y levantando mesnadas y gente de armas otros.

Eran los principales candidatos el infante de Castilla D. Fernando de Antequera y D. Jaime de Aragón, conde de Urgel.

Ante el inminente peligro de una guerra civil, se celebraron Paramentos, resolviendo el de Alcañiz, someter el litigio al fallo inapelable de nueve compromisarios, que habían de reunirse en el castillo de Caspe.

La iniciativa de esta resolución corresponde al anti-papa Pedro de Luna y á Berenguer de Bardaxi.

Reunidos los compromisarios en la Iglesia parroquial oyeron la misa, que celebró el arzobispo de Tarragona D. Pedro Zagarriga, comulgaron todos, y arrodillados ante la Santísima Vera-Cruz juraron por Dios y la Virgen María fallar en justicia y conciencia.

Terminada la misa, desde las gradas de la puerta principal, San Vicente Ferrer pronunció un sermón, enalteciendo las excelencias de la paz y de la unión.

Después de deliberar durante tres semanas en la sala de armas del castillo, donde se alojaban, el día 25 de Junio de 1412 fallaron: Que los reinos de la Corona estaban obligados á tener y reconocer por su legítimo Rey y Señor á D. Fernando, infante de Castilla.

La promulgación del fallo se dilató hasta el 28. Reunido el cortejo, ante la puerta de la Iglesia, celebró solemne misa pontifical el obispo de Huesca D. Domingo Ram; predicó San Vicente Ferrer (compromisario, como el obispo y el arzobispo), sobre los motivos de alegría que el reino tenía y las gracias que debían dar á Dios. Terminado el sermón, San Vicente leyó la sentencia arbitral, y el pueblo, puesto de rodillas, con diversos himnos y cánticos, dió gracias á Dios.

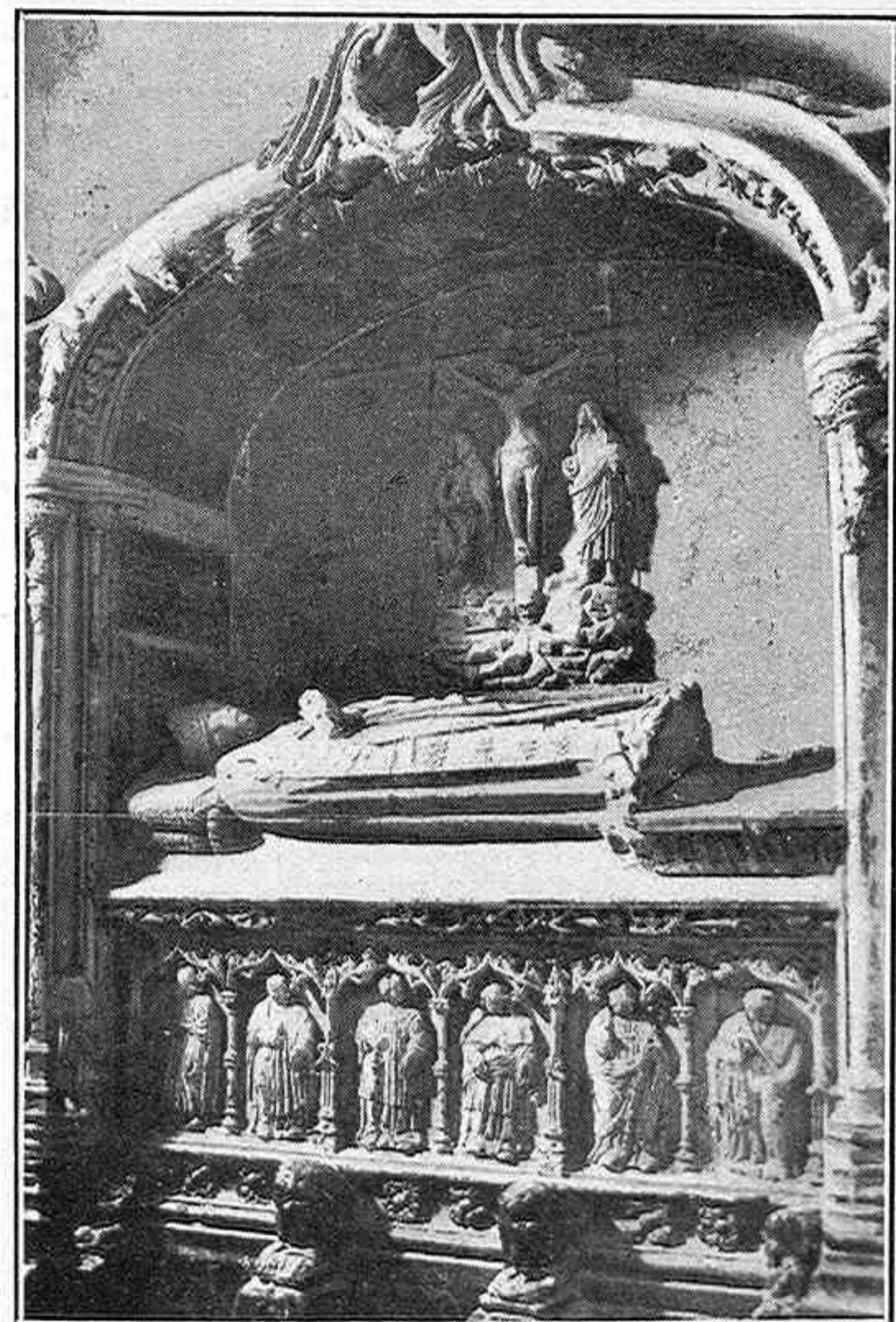
Por iniciativa del diputado D. Angel Ossorio y Gallardo ha sido declarado Monumento nacional el atrio de la Iglesia.

El año 1912 se celebraron solemnes fiestas centenarias, proyectándose construir un Museo del Compromiso, donde se guarden reunidos los recuerdos de aquel hecho glorioso, que tanto pregona y realza el espíritu reflexivo y el amor á la justicia y al fuero en el pueblo aragonés.

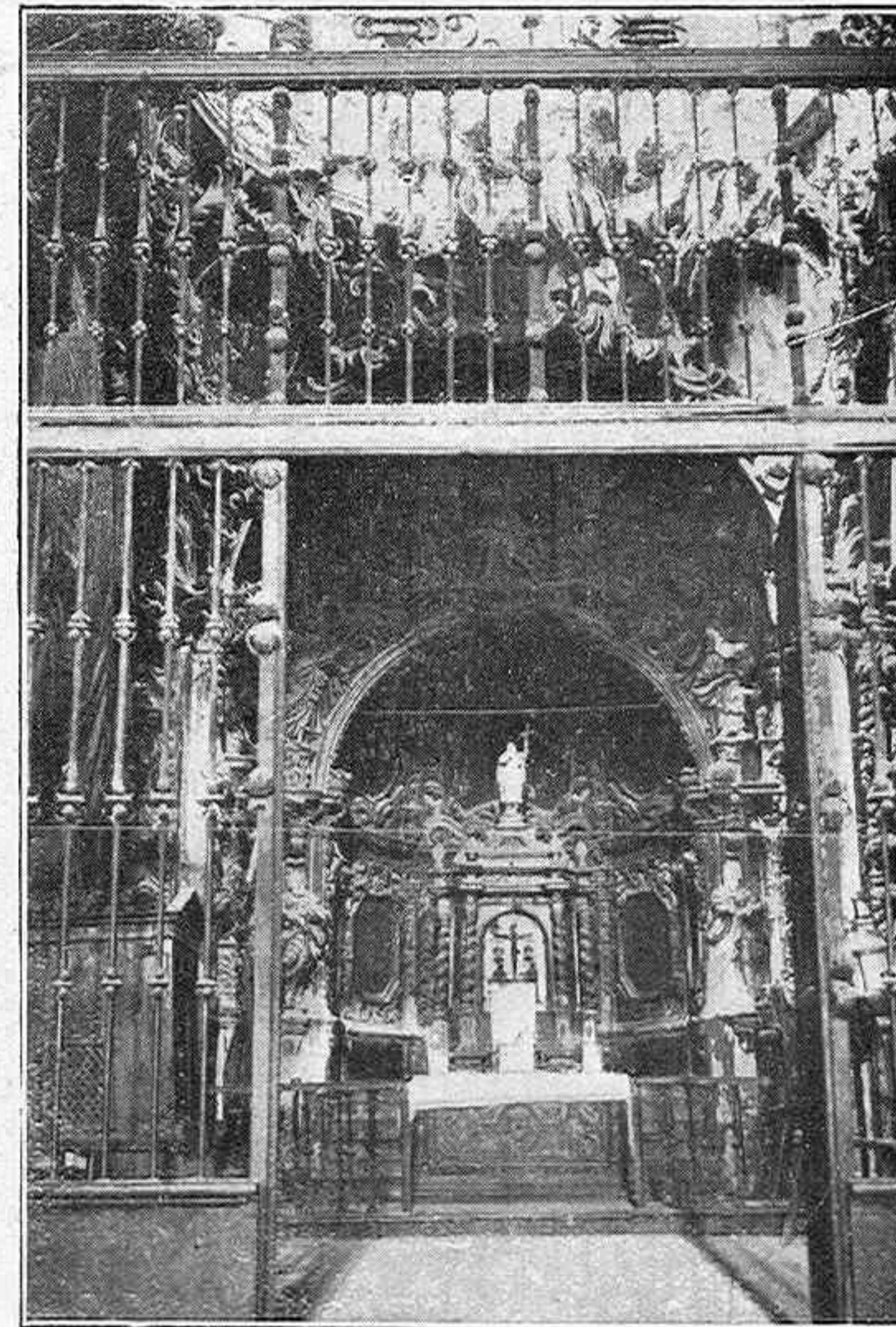
La restauración de la Iglesia, como Monumento nacional, y la construcción del Museo, por la iniciativa particular, están comenzados.

Obra será del Estado y de los ciudadanos llevar á término estas iniciativas, para honra del pasado y enseñanza del presente.

Cruz LAPLANA



Sepulcro de alabastro, que guarda los restos del obispo D. Martín García, del siglo XVI

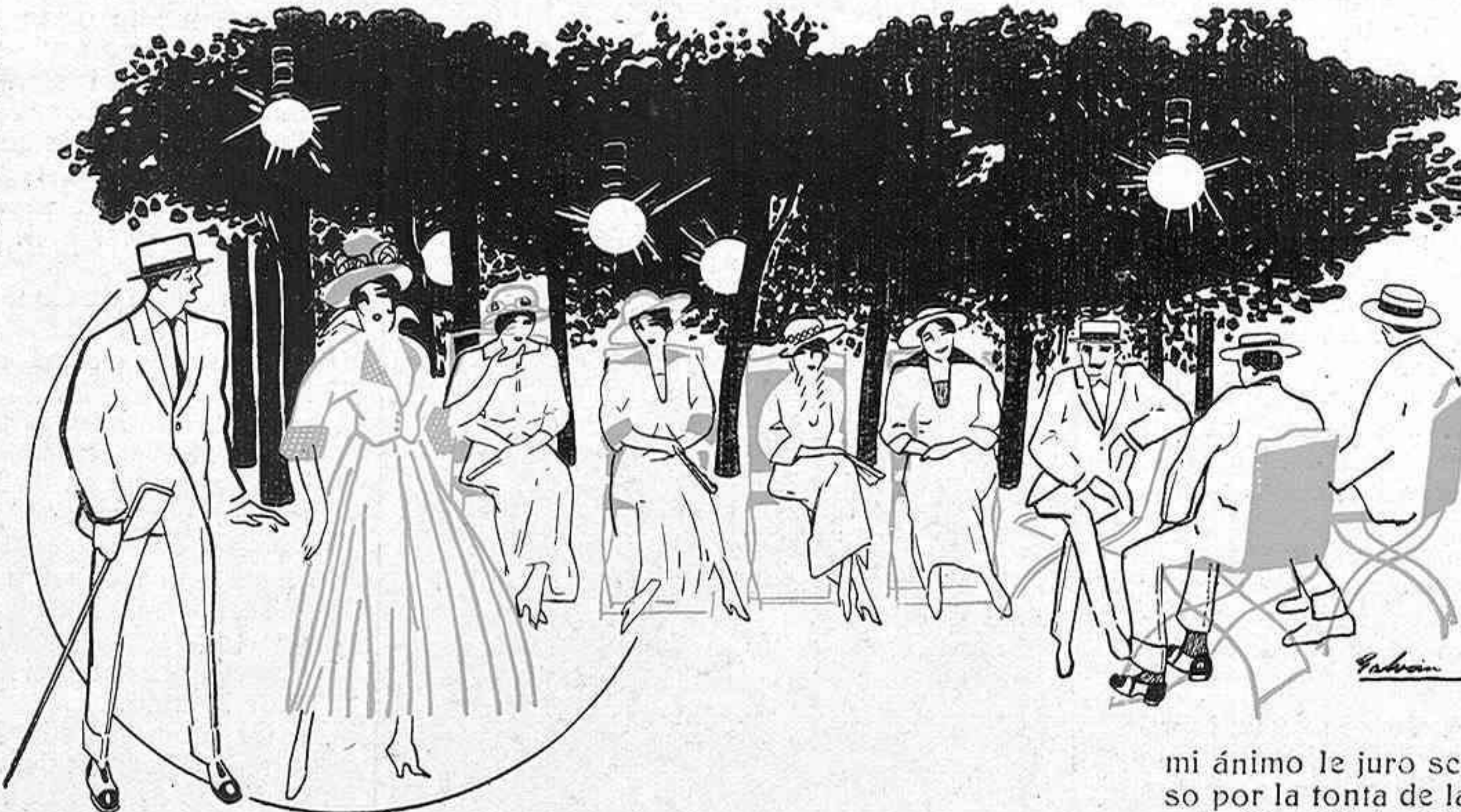


Capilla de la Vera Cruz, de la iglesia parroquial de Caspe

BIBLIOTECA DE LA ESFERA

FANTASÍAS DE VERANO MADRID DE NOCHE

Don Optimista Pérez y D. Pesimista González, toman sendos «dobles de dorada» en la terraza de un café. Aún vibra en el aire quieto, bochornoso, de la agostaña noche, la última campanada de las diez. Van y vienen por el centro de la calle los tranvías atestados de gente, las desvenajadas manueles, los coches de Casino, con socios y socias de los socios; cruzan raudos, con sus bocineos ásperos, los automóviles, que buscan las frescas umbrías del Pardo ó la bien asfaltada carretera de la Cuesta de las Perdices. D. Optimista Pérez y D. Pesimista González, beben y sudan. Es en lo único que se parecen el uno al otro. Entre sorbo y sorbo y pasada del pañuelo por la cara y el cerviguillo, discuten del veraneo.



nos cuesta nada oír la Banda Municipal.

D. P.—Será á usted, por ser pariente de un primo del cuñado del sobrino de uno de los ordenanzas de no se qué periódico. Yo, cuando cometí la tontería de ir al Retiro, fué en un día de moda, y contando la entrada, la butaca que pagué después—de las últimas filas, porque las primeras se las reservan los concejales—y el alquiler de unos gemelos, bastante turbios, me dejé cerca de cuatro pesetas. Pero, en cambio, oí cantar cuatro gatos vestidos de cupleista y danzar dos bailarinas, que en Dios y en

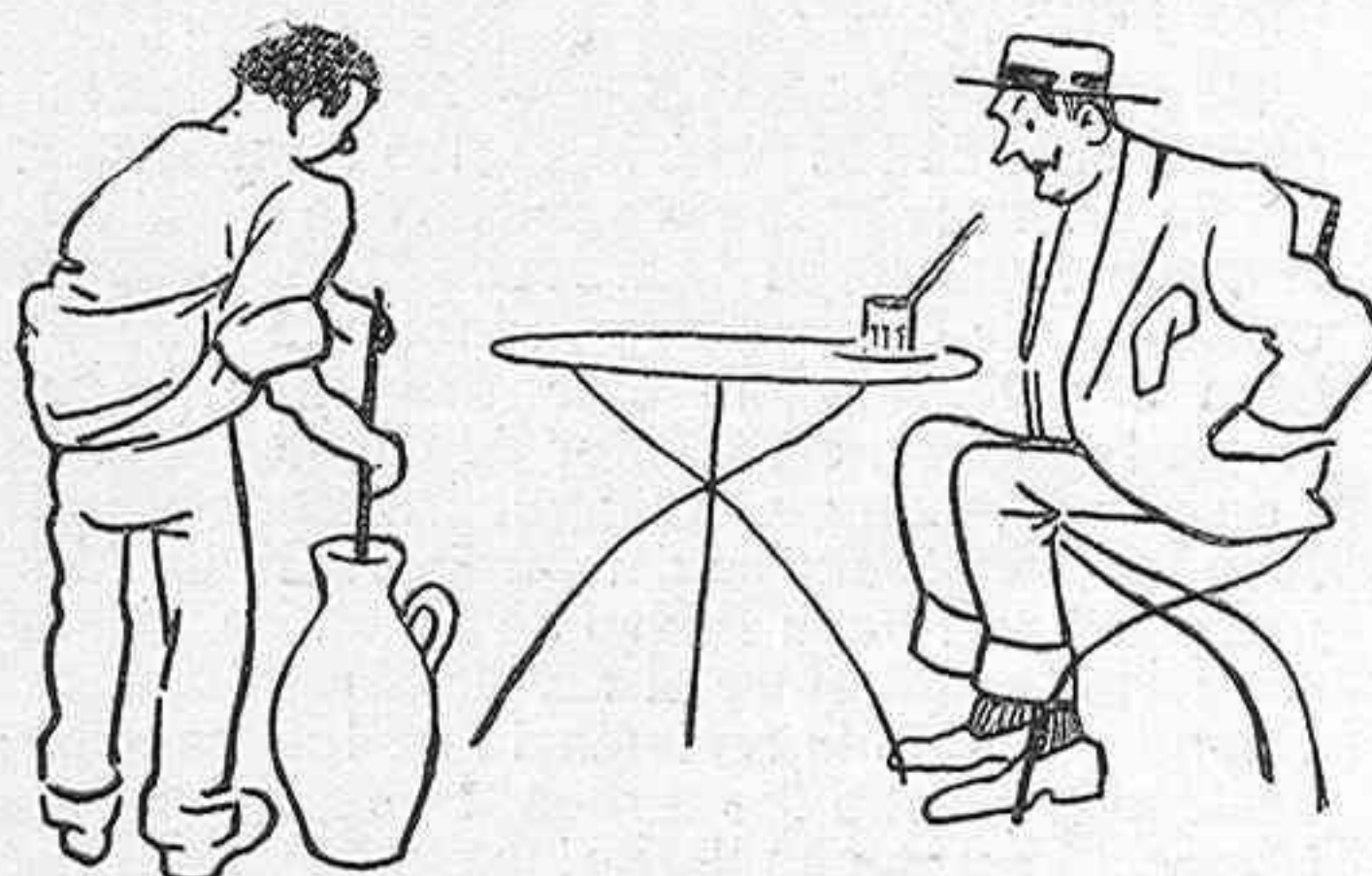
DON OPTIMISTA.—¿Face usted mal en marcharse de Madrid. En Madrid se está mejor que en ninguna parte.

DON PESIMISTA.—¡Calle usted, hombre! Aquí, en verano, no quedan más que los guardias, los concejales encargados de las Varietés del Retiro y los recaudadores del inquilinato.

D. O.—En Madrid se veranea mejor que en cualquiera de esas playas donde va usted.

y se dejan mecer el alma por las almas románticas de los novios.

D. P.—¡Muy bonito! Pero olvida usted el polvo insoportable y áspero, el olor y no á rosas, los insectos que hierven en las sillas, y que no siempre son cándidas doncellas las que sueñan



con el amor, sino expertas damas del furon que venden el amor, como aquel labrón del cuento las escobas.

D. O.—¿Y las verbenas? ¡Oh, la chula alegría de las verbenas! Canta en ellas Madrid como una nieta de manola envuelta en el pañolón filipino. Por unas horas nos sentimos en la pretérita ingenuidad infantil, entrando á las barracas de los fenómenos, subiendo á los tíos vivos, á los columpios, á las barracas de ipim, pam, pum!, ó brinca en nosotros la mocedad de los merenderos, oyendo los organillos y diciéndo á una madrileña castiza: ¿Qué, Madriona, nos marcamos este tucsten?



D. P.—Le creí á usted más libertado de populachería, amigo mío. ¿Y el aceitazo de las churrerías, los pisotones, los mareos del tío vivo, los borrachos y las broncas? ¿Por qué se ha dejado todo eso en el tintero? En cuanto á lo de los fenómenos, ¡buenos fenómenos te de

Dios! Desde que ganan miles de duros en las Plazas de Toros, no quieren encerrarse en barracas de verbenas.

D. O.—¿Y las kermeses?...
D. P.—Menos aún. Dejarse estúpidamente el dinero en la tómbola, comprando papeletas que ó no salen premiadas, ó que tiene usted que regalar á la señorita, por aquello de «la buena mano» y de ¿qué voy á hacer yo con una peñeta ó una sopera? Sudar, bailando al compás de una habanera comprometedora, y convidar luego á toda la familia de su pareja á vasos de limón y de horchata, bajo la exquisita música de los bombardinos...

D. O.—Vamos entonces al Retiro. En ellos vaga aquel encantador diablillo de los antiguos Jardines de Ducazal y de las óperas italianas. Se respira un fresco agradable y no

mi ánimo le juro serían vencidas en un concurso por la tonta de la pandereta.

D. O.—¿Y la Ciudad Lineal, y las corridas nocturnas, y las varietés de la Bombilla, y los Parques de Recreos?...

D. P.—Poco, poco á poco, D. Optimista, que para todo tengo mis réplicas. En la Ciudad Lineal tiene usted que presuponer tres pescas de tranvías, guardarse bien la cartera, el reloj y las narices, para no perder nada en las apreturas de las Ventas y Cuatro Caminos, donde abundan las raterías y las broncas, exponerse á volver desde los Cuatro Caminos ó desde las Ventas á pie y sin dinero, como un «trotaglobos». Y todo, ¿para qué? Para tirar pelotas á unos cacharros, sentir el vértigo de la maquina voladora y beber cerveza caliente. Le admiro á usted, D. Optimista. Usted sería capaz de defender la última clase del veraneo madrileño: los vecinos del sotabanco y de los interiores, sentados á la puerta de la calle, en camiseta, tocando la guitarra, bebiendo en el botijo, jugando al mus y hablando de la guerra europea.

D. O.—¿Por qué no? En el fondo tanto derecho tienen al fresco ellos como usted, que se va á San Sebastián, y en el fondo somos más felices que usted. Nos conformamos con nuestra



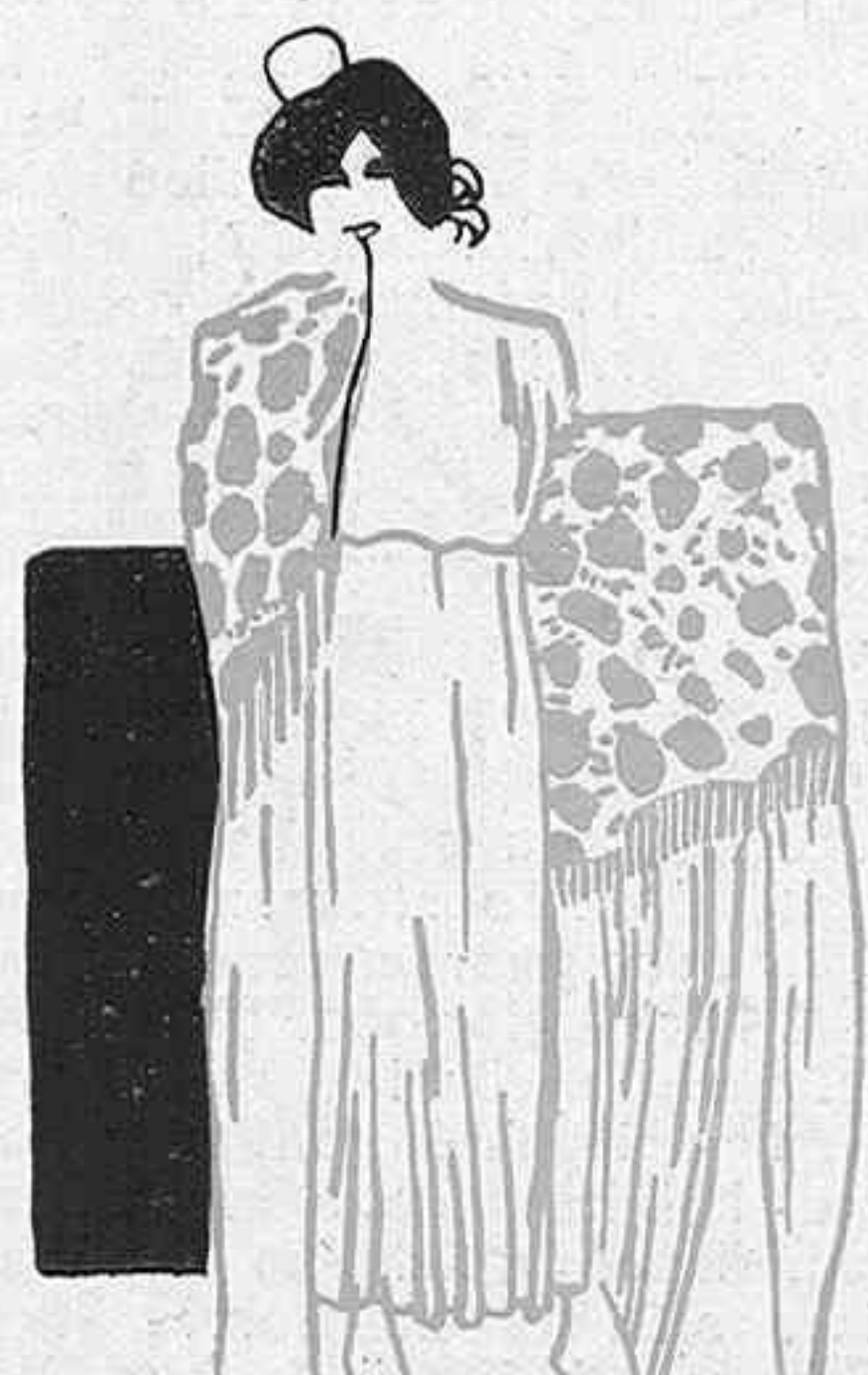
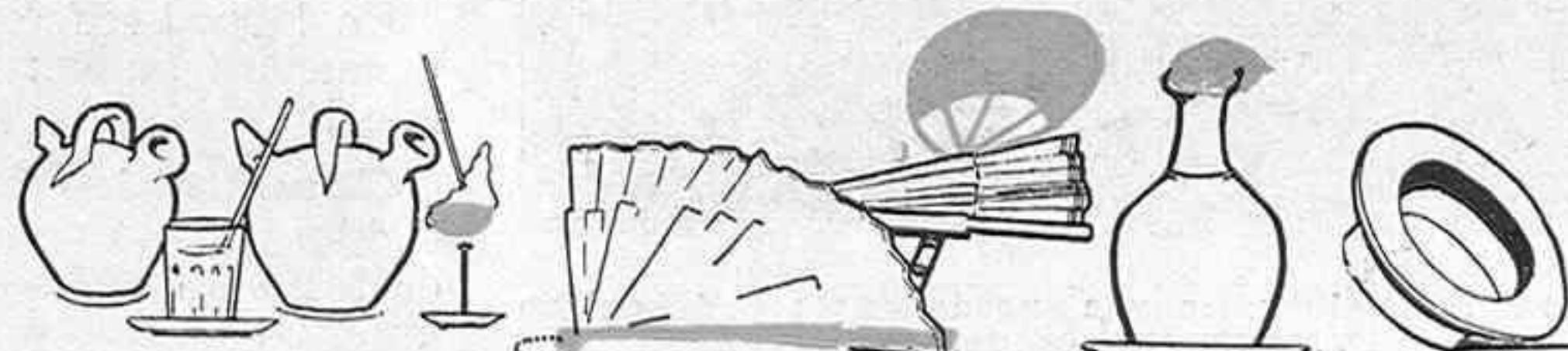
vida humilde de regocijos sencillos y emociones ingénuas. Las únicas que las tres cuartas partes de los madrileños podemos permitirnos y que las tres cuartas partes de los madrileños cambian por las que no se pueden permitir.

D. P.—Es usted un hombre absurdo, D. Optimista.

D. O.—Y usted un hombre fantástico, D. Pesimista.

DIBUJOS DE GALVÁN

LUIS F. HEREDIA



D. P.—¡Qué tonterías dice usted! ¡Hay que ver esa Puerta del Sol, ó esa plaza de Castelar, ó aquella de Cánovas, á las doce del día!

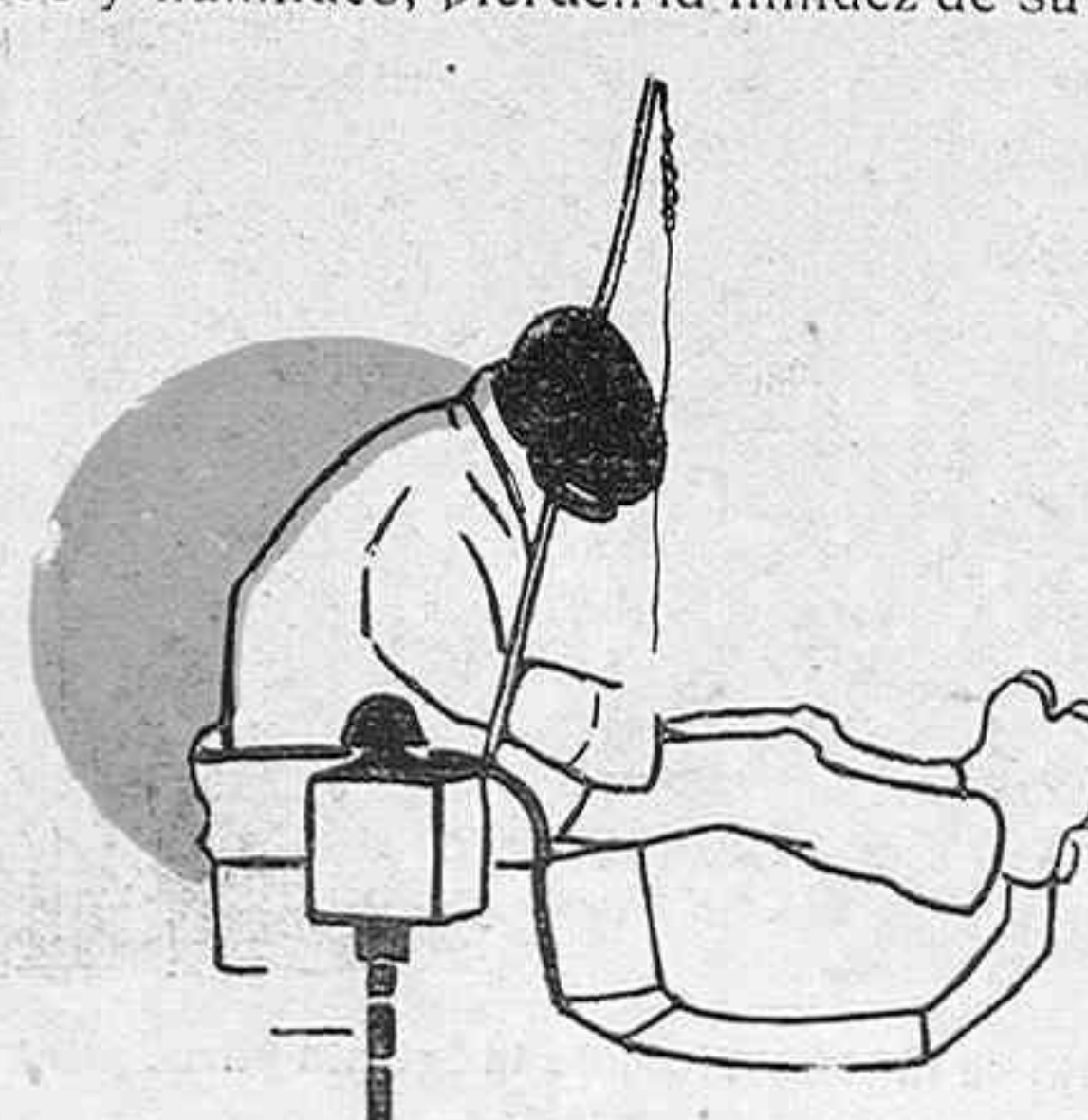
D. O.—De día no se sale de casa. Espera usted á la noche.

D. P.—Y de noche, ¿qué?

D. O.—Vamos por partes. Voy á enumerarle á usted sitios donde se puede pasar la noche.

D. P.—Venga. Verá usted cómo ninguno es bueno.

D. O.—Primero, los Paseos públicos. Recoletos, la Castellana, Rosales, el Parque del Oeste. Bajo la grata penumbra de los árboles, la juventud sueña y se liberta, durante unas horas, de la monotonía, de la vulgaridad cotidiana. Las madres duermen piadosamente. Suena lejana la música, que toca valsés galantes, y las jovencitas, vestidas con trajes raiados y humildes, pierden la timidez de su pobreza





* BIBLIOTECA *
MADRID *

CIUDADES ALEMANAS.—ESCHENHEIMER TURM, DE FRANKFORT

UN REFUGIO DE BALMES

EN 1842. Allá, en un recodo del camino, aparece una recua; atraviesa el bosque. Voces, trompicones. Las mulas, esos animales recios, ligeros, se detienen ante una pared blanca, encalada, en el porche.

El cielo de la tarde. Un crepúsculo sereno, en un ámbito ancho de montañas; pinos, olivos, encinas, hasta perderse en la lejanía, y en las hondonadas, follaje denso y unos álamos.

En el recuesto, en la verde solana, la casa.

Una vieja construcción, remozada á principios del siglo XVIII. Un torreón que atalaya el paisaje y galerías; esas galerías de arcos tan sugestivas y tan blancas en las casas del campo.

El viajero se apea. Unos muchachos, allá en un terral, se quedan extáticos mirándole. Ha atravesado el porche y ha cuchicheado brevemente con los de la casa.

Después, permanece muchos días en una pequeña estancia, en lo más apartado de la casa. En esa estancia hay una mesita y un sillón de cuero, en el fondo. Unos libros de rugoso pergamino y una ventana que da á un jardín, mitad huerto, con flores; jazmines, adelfos, claveles...

A veces, ese hombre asciende por la estrecha escalera, que da acceso á las galerías, y tiene una mirada al paisaje. Como es muy amante del campo, respira hondo, porque el aire está saturado de espliego y de tomillo.

Tiene la frente dilatada, los ojos ardentísimos. Ha escrito mucho de teología, de filosofía; ha intervenido en la política de su tiempo y fué perseguido. Ahora se halla en el refugio.

ooo

Nació Jaime Balmes en Vich, en 28 de Agosto de 1810, y murió en 1848. Su corta vida, vibrante é intensa, coincide con un período en que España se halla hondamente trastornada por las luchas entre cristinos y carlistas.

Nacido de modestísima familia, en un ambiente piadoso, sin las consabidas precocidades de

colegio, mostróse, desde muy joven, inclinado á los estudios de teología y matemáticas. De Vich pasó al Real Colegio de San Carlos. Allí, bajo el régimen severo de aquella docta casa, formó su espíritu.

Desde 1833 empieza Balmes á manifestarse. Tiene veintitrés años y concurre á la provisión de la canongía magistral de la catedral de Vich. Entre hombres ya maduros, atiborrados de letra, se revela polemista ardiente, el que decía:

la nación, periódico monárquico, cuyo programa, redactado por él mismo, aparece condensado en las siguientes líneas: «Fijar los principios sobre los cuales debe establecerse en España un Gobierno, que ni desprecie lo pasado, ni desatienda lo presente, ni pierda de vista lo porvenir; un Gobierno que, sin desconocer las necesidades de la época, no se olvide de la rica herencia religiosa, social y política, que nos legaron nuestros mayores; un Gobierno firme sin obstinación, justiciero sin crueldad, grave y majestuoso sin el irritante desdén del orgullo; un Gobierno que sea como la clave de un edificio grandioso, donde encuentren salida todas las opiniones razonables y respete todos los intereses legítimos.» En este periódico propone su fórmula conciliadora: el casamiento del pretendiente, duque de Montemolín, con la reina Isabel. Perdióse aquel grito de paz.

Por esta época terminó su obra capital, *El protestantismo comparado con el catolicismo*, que fué editada en 1842, en París, donde Balmes pasó una temporada.

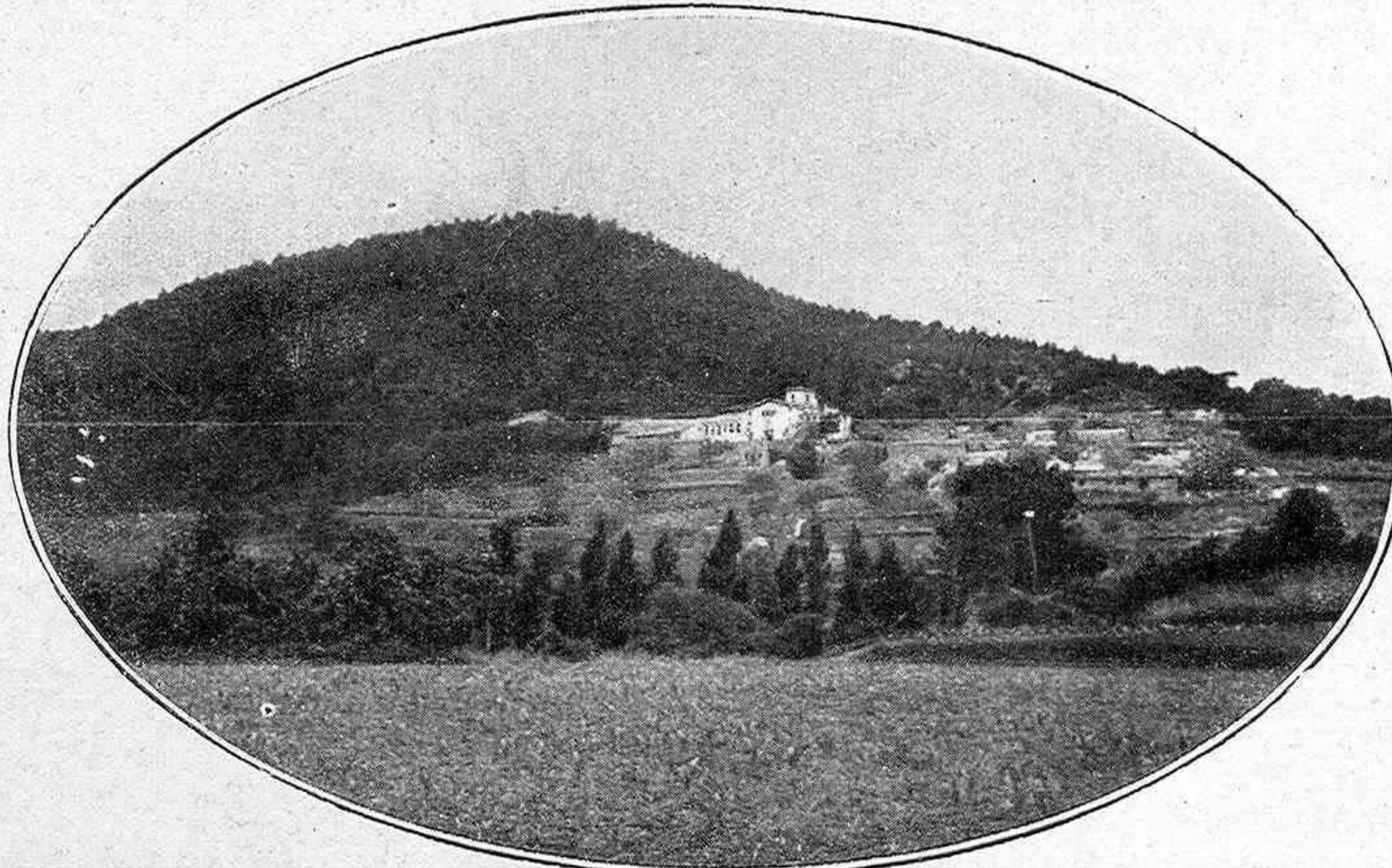
En Madrid es acusado como conspirador y denunciada, como subversiva, la revista *La Sociedad*. Partió, más tarde, para Barcelona, una vez probada su inocencia; pero un pronunciamiento, que tuvo lugar en la ciudad condal, le obliga á refugiarse en el campo; allá, entre pinos, en una casa que es término de Caldas de Montbuy y parroquia de San Félix de Codinas—una villa larga, recostada en el monte—, escribió «El Criterio». Ahora, en la pequeña estancia, hay aún la mesita y el sillón de cuero de 1842. Y unos libros de teología y unos autógrafos.

Balmes fué muy amigo de Lacordaire. Se conocieron en París. Ambos eran hijos espirituales de la *Lumme teológica*, ese gran libro poemático de la razón.

Murió Jaime Balmes, en Vich, en 1848.

Murió Jaime Balmes, en Vich, en 1848.

JUAN PLANELLA GUILLE
San Félix de Codinas, Agosto, 1915.



Vista general de "El Prat de Dalt"

«Nada conozco más grato que ejercer influjo sobre el hombre por el ascendiente de la verdad». Balmes, psicólogo. Convencer, con ese razonamiento bañado en sencillez; la hermosa sencillez de la doctrina cristiana. Balmes, henchido de sentido práctico, tiene rasgos de sublime elocuencia. En «El Criterio», ese breviario del sentido común, os halláis, en el discurrir tranquilo, ante unos párrafos exaltados, llenos de pasión... De atarácico pasa á impetuoso, cual si la duda le asaltase. ¡Quién sabe!... Acaso Balmes fué un gran inquieto.

¿Digamos someramente el resto de su vida. De 1833 á 1841 publica sus *Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero*. Funda en Madrid, *El pensamiento de*



Fachada de la casa "El Prat de Dalt", donde se refugió Balmes en 1842



Habitación donde Balmes escribió "El Criterio", y que se conserva intacta

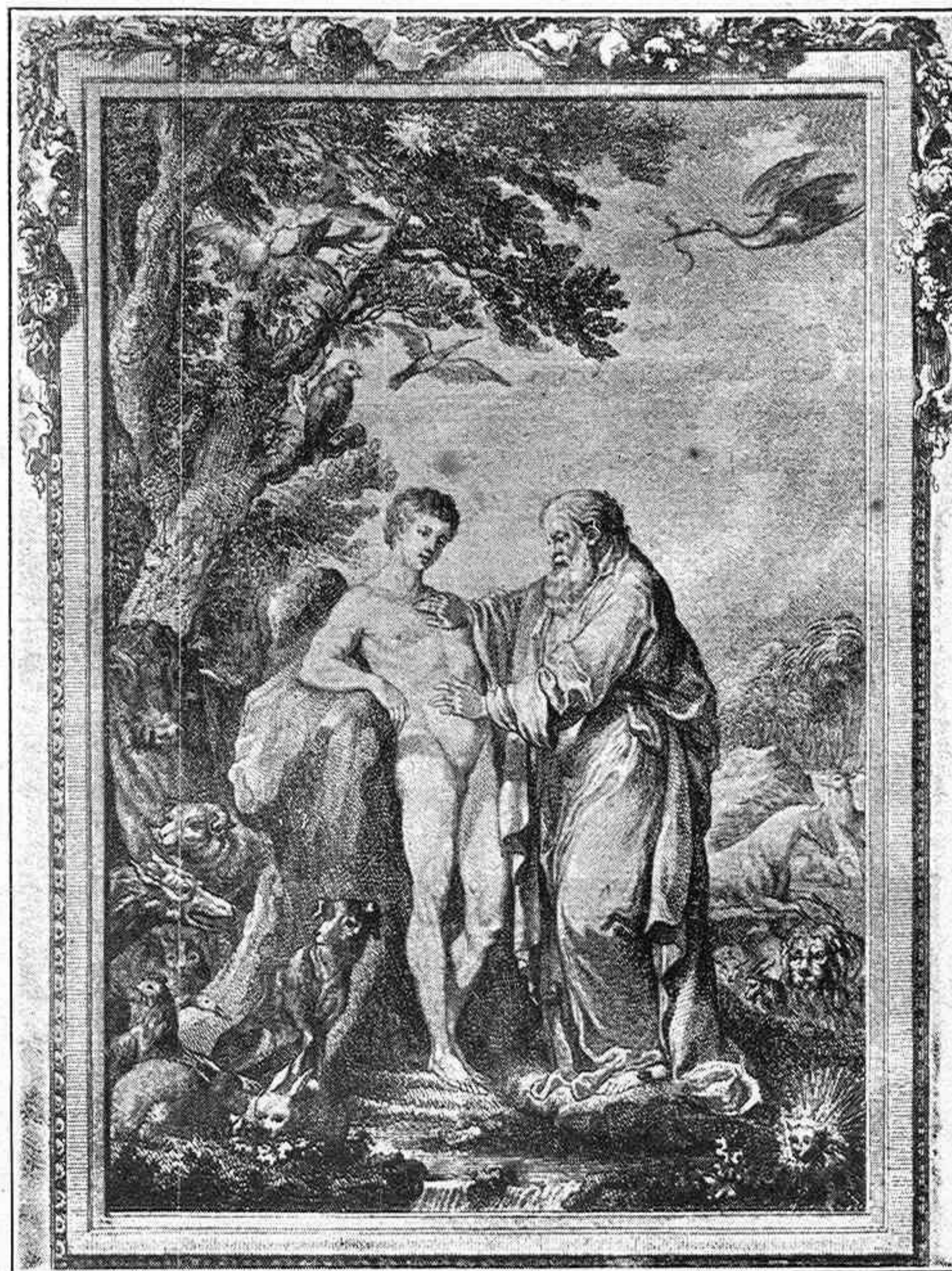
DE LAS METAMÓRFOSIS DE OVIDIO

CREACIÓN DEL HOMBRE

Apenas con linderos indudables Dios separó las cosas, empezaron estrellas á surgir por todo el cielo, antes ocultas en la obscura masa. Porque región alguna careciera de la vida animal, astros y dioses ocuparon la bóveda celeste; las aguas en su seno hicieron sitio á fosfóricos peces; sus cubiles las fieras encontraron en la tierra, y el aire fué batido por las alas. Animal superior más noble y apto para alta mente y que pusiera coto á los demás faltaba todavía. Y nació el hombre, ya porque lo hiciera con simiente divina el que las cosas de un mundo superior fabricar supo, ó ya porque la tierra, separada recientemente del sublime espacio, gérmenes retuviese de aquel cielo que con ella nació. Mezclando arcilla el hijo de Japeto con las aguas fluviales, lo hizo á imagen de los dioses, que lo gobiernan todo; y entre tanto que inclinados los otros animales la tierra miran, con semblante altivo hizo que el hombre contemplase el cielo, elevando sus ojos á los astros. Y la tosca materia, antes informe, fué ennoblecida en la figura humana.

LA EDAD DE ORO

Con el hombre nació la edad de oro, que, de su propio grado, sin fiscales ni leyes, cultivaba la justicia y la virtud. El miedo del castigo desconocido era; su amenaza no grababan las leyes en el bronce, ni temblaba la turba suplicante á la vista del juez. Sin guarda alguna descansaban los débiles seguros. Aún no ha bajado el pino de los montes á las ondas del mar para ver nuevas regiones peregrinas: los mortales no han visto más riberas que las suyas. Los escarpados fosos no han ceñido aún las grandes ciudades, ni trompetas



CREACIÓN DEL HOMBRE

ni cornetas metálicas ni cascos ni espadas se conocen; viven libres de temor las naciones, las dulzuras gustando de la paz, sin uso de armas. La tierra misma, virgen de la reja, no herida por la azada, producía todo por sí. Saciados de alimentos, que la tierra ofrecía sin trabajo, los hombres recogían los madroños, las cerezas, las fresas de los montes y las moras que daban los zarzales, y las bellotas que del hueco árbol de Júpiter cayeron. Primavera eterna gozan; céfiros sutiles con tibios soplos acarician flores nacidas sin sembrar; rinden los campos, sin labor, abundantes las cosechas, y apretadas blanquean las espigas; ríos de leche y néctar van serpeando, y las mieles destilan de los robles.

LA EDAD DE PLATA

Luego que fué en el Tártaro sombrío Saturno desterrado, y cuando el mundo á Jove obedeció, la edad de plata surgió con él, que no fué tan dichosa cual la del oro, pero sí más dulce que la del rojo cobre. Jove el tiempo abrevió de la antigua primavera, el año dividiendo en cuatro espacios. Por causa del invierno y del estío y del otoño variable, breves las horas son de la estación florida. Por la primera vez se inflamó el aire con seco ardor, y el hielo, endurecido por un soplo glacial, quedó pendiente. Por la primera vez el hombre busca su habitación, y la halla en las cavernas, en densos matorrales, ó en cabañas de mimbres y de corchos. Las semillas



LA EDAD DE ORO

de Ceres por primera vez al surco confiadas son, y los novillos braman por vez primera al yugo sometidos.

LA EDAD DE BRONCE Y LA DE HIERRO

Y sucedió después la edad de bronce, que agrió el carácter del mortal, y le hizo pronto á coger y á levantar las armas, pero no criminal. De duro hierro vino la edad al fin, que fué nacida de perverso filón: con ella el crimen irrumpe en todas formas; la vergüenza, la verdad y la fe desaparecen. En su lugar acuden fraudes, dolos, asechanzas, violencias, criminales deseos de adquirir. Y da el marino sus velas á los vientos, todavía desconocidos para él; y saltan á las olas ignotas esas naves que fueron selvas en los altos montes durante siglos. Márcase con lindes aquí y allí la tierra, que antes era de dominio común, como los rayos del sol y como el aire. La fecunda tierra solicitada fué no sólo para rendir cosechas y alimentos, sino que se oradaron sus entrañas, y se desenterraron las riquezas, estímulo de vicios, que escondía cerca tal vez de las estigias sombras. Y así el nocivo hierro se aparece y el oro aún más perjudicial. Y surge, sirviéndose de ambos, y agitando con mano cruel las armas, la Discordia. Y se vive del robo; y ya del huésped no está el huésped seguro, ni del yerno el suegro está tampoco, y es muy rara la concordia entre hermanos. El marido á la esposa amenaza con la muerte, y ella al varón. Y la madrastra fiera la pócima prepara vil; calcula el hijo por los años de su padre lo que éste ha de vivir. Huye vencida la piedad. Y las tierras abandona en sangre tintas la doncella Astrea, último Númen que se fué del mundo.

Traducción de MIGUEL JIMÉNEZ AQUINO

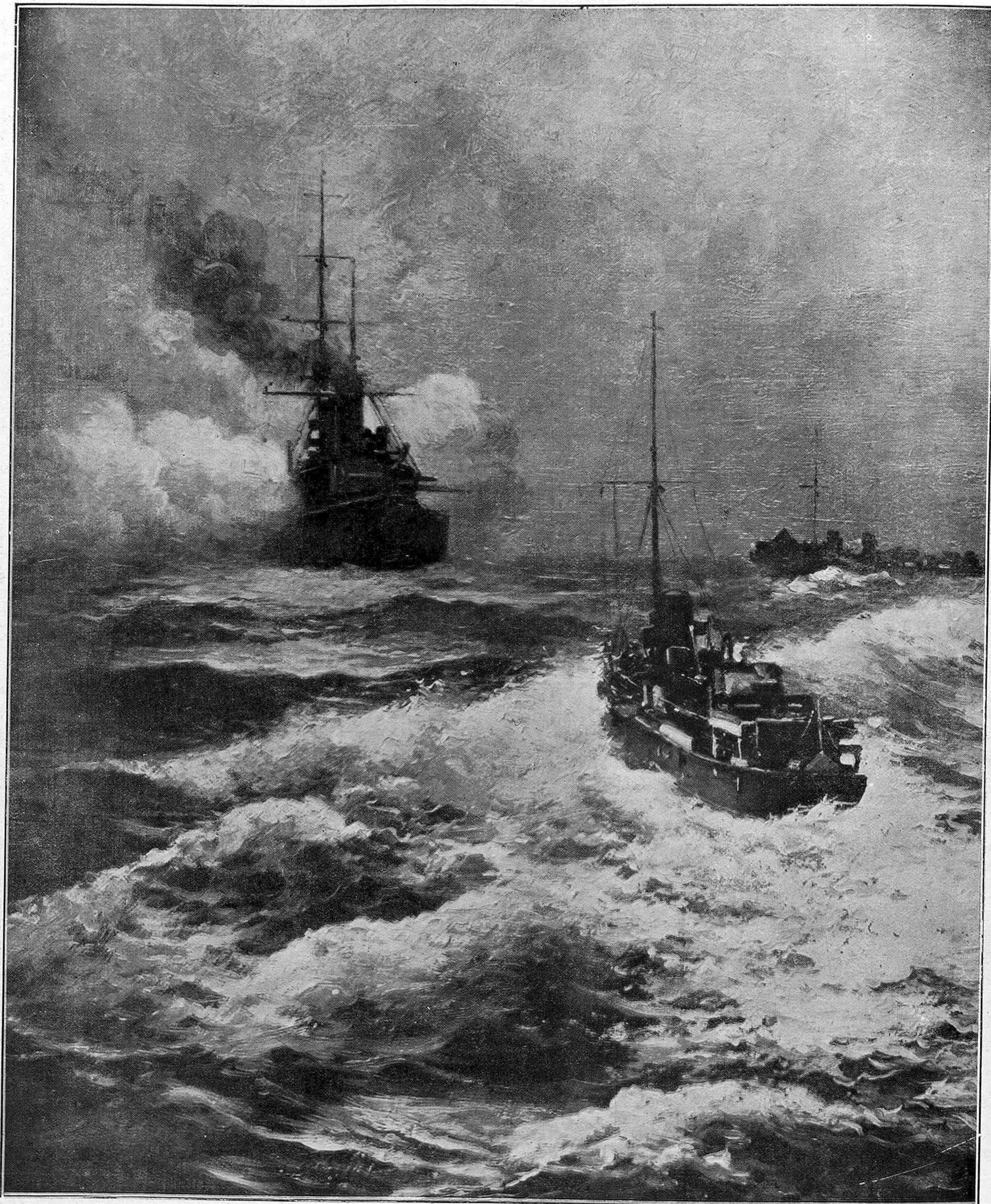


LA EDAD DE HIERRO



LA ESFERA

LA GUERRA EN EL MAR



TORPEDEROS ATACANDO A UN ACORAZADO

Dibujo de R. Verdugo Landi

SILUETAS DE LA GUERRA

EL ALMIRANTE DE LA ESCUADRA INGLESA

HACE diez años, el creador de la moderna armada británica, lord Fisher, formuló un doble pronóstico, que ha resultado poseer, en supremo grado, la virtud más lógicamente rara de los asertos con pretensiones proféticas: la virtud de que su imaginario contenido quede fielmente cumplido en el mundo de las realidades objetivas. La doble predicción del ilustre marino rezaba así: «En 1914 estallará la guerra anglo-alemana y Jellicoe ejercerá el mando supremo de nuestra escuadra».

Por muy maravilloso que, á primera vista, aparezca el exacto cumplimiento de estas dos afirmaciones, no es muy difícil, sin embargo, encontrar en el pasado la razón de la peregrina presciencia de lord Fisher. El año 1905 marca la fecha transcendental en que el Almirantazgo inglés, gracias á la fogosa tenacidad de lord Fisher, resolvió acometer la construcción del primer acorazado—el *Dreadnought*—con arreglo á los principios asentados, dos años antes, en un artículo publicado por el arquitecto naval italiano Cuniberti, en el libro de consulta titulado «Jane's Fighting Ships». Al *Dreadnought* incorporáronse, en rápida sucesión, los acorazados de los tipos representados por el *St. Vincent*, el *Neptune*, el *Hércules*, el *Orion*, el *King George V*, el *Iron Duke*, y, por último, el *Queen Elisabeth*.

La construcción de estas ingentes moles flotantes, con un desplazamiento y un poder de destrucción cada vez mayores, fué la genial respuesta de lord Fisher, no ya tanto al alarmante crecimiento de la excelente flota creada por el almirante von Tirpitz, como al formidable peligro que, para la seguridad de las costas británicas, implicaba la apertura del Canal de Kiel. La botadura del *Dreadnought*, en 1906, planteó á von Tirpitz este súbito dilema: si sus astilleros continuaban produciendo buques de un tipo anterior al *Dreadnought*, la escuadra alemana habría de encontrarse, fatalmente, en condiciones de evidente inferioridad, con respecto á la inglesa, por muchas unidades que construyeran; si se decidía á revisar sus proyectos para poner en quilla acorazados semejantes al inventado por Cuniberti, no quedaba más recurso que invertir cuantiosas sumas en la adaptación de las obras del Canal á las exigencias de los nuevos desplazamientos. Como era lógico suponer, von Tirpitz resolvió construir *Dreadnoughts* y remodelar el Canal, en consecuencia. Estas últimas obras no podían durar menos de nueve años, y Fisher, plenamente convencido ya de que los nuevos acorazados alemanes tenían por objetivo el combate con la escuadra inglesa, pudo entonces lanzar su profecía en cuanto á la probable fecha de la inevitable guerra entre los dos imperios, rivales, del Kaiser y de Jorge V.

La razón inspiradora del pronóstico atañadero al cargo que Jellicoe habría de ejercer en esa guerra, es aún más fácil de averiguar. La al parecer aventurada afirmación de lord Fisher se basaba en un conocimiento íntimo de las extraordinarias dotes de carácter y eficiencia constantemente reveladas por el joven capitán de navío que, en aquella época, y á instancias suyas, desempeñaba la Dirección general de Artillería Naval.

Una de las víctimas más ilustres de la catástrofe del *Titanic*, Mr. William Stead, citó, en uno de sus interesantes artículos sobre las Conferencias de La Haya, estas briosas palabras del almirante Fisher: «Si al estallar la guerra me encuentro al frente de la armada, mi alocución al personal de la escuadra se reducirá á decir: la esencia de la guerra es la violencia; la moderación en la guerra es pura imbecilidad; atacad antes que el enemigo, atacad violentamente y atacad por todas partes». El revolucionario lord



SIR JOHN RUSHWORTH JELICOE
Almirante de la escuadra inglesa

no anduvo tardo en descubrir que Jellicoe, su entusiasta é inteligente cooperador en la creación de la armada más poderosa que ha surcado los mares, era el hombre predestinado á realizar con ella su concreta concepción de la futura táctica naval: *Hit first, hit hard, and hit everywhere*.

Sir John R. Jellicoe, que aún no ha cumplido los cincuenta y cinco años de edad, asistió al bombardeo de Alejandría, en 1882, y peleó en las filas de la división naval que derrotó á las tropas del rebelde Arabi en Tel-el-Kebir. Esta campaña ofrece una curiosa coincidencia, pues también en ella recibió su bautismo de guerra lord Kitchener de Karthoum. Jellicoe ha estado á punto de perecer ahogado dos veces, habiéndose salvado en ambas ocasiones casi milagrosamente: la primera, en aguas de Gibraltar; la segunda, en los alledaños de la costa siria. En la campaña china de 1900, con motivo de la insurrección boxer, cayó gravemente herido, en las cercanías de Tientsin. En reconocimiento á su bravura en aquella ocasión, el Kaiser le concedió la cruz del Aguila Roja y ordenó que su retrato figurara en el cuadro que hoy adorna uno de los muros del palacio imperial de Postdam, en honor á las divisiones navales aliadas que salvaron las vidas de los europeos residentes en la China.

El paso de Jellicoe por las oficinas del Almirantazgo ha dejado una profunda huella benéfica en la eficiencia de los servicios navales. Se ha

dicho, probablemente con razón, que el genio del almirante sir Percy Scott—el inventor de los nuevos métodos de puntería y gobernación del tiro en los buques de la escuadra—tal vez hubiera resultado estéril si Jellicoe no hubiese estado de Director de Artillería cuando se presentaron las revolucionarias innovaciones.

Desde la adopción del sistema Scott, hasta Agosto del pasado año, el promedio de blancos realizados por la escuadra en los ejercicios de tiro subió del 42 al 80 por 100. Es decir, el poder de la flota como instrumento de destrucción duplicóse en ese breve plazo. Análogos resultados se obtuvieron, en cuanto á la rapidez de las construcciones navales, durante la estancia de Jellicoe en el Ministerio de Marina. Solamente desde 1907 á 1910, incorporáronse á la flota 90 buques de varias categorías, se pusieron 60 quillas en los astilleros nacionales y se acabaron los planos de otras 22 embarcaciones de guerra.

Ascendido á vice almirante en 1910, Jellicoe acreditó su talento de estratega en las maniobras realizadas, dos años después, en la costa septentrional de España y, sobre todo, en las que tuvieron lugar en el Mar del Norte, durante el verano de 1915.

El supuesto estratégico de estas últimas maniobras tuvo por objeto poner á prueba las posibilidades de éxito de una escuadra enemiga, que intentara desembarcar un crecido contingente de fuerzas invasoras en el litoral británico. A tal fin la escuadra se dividió en dos partes, proporcionales á las respectivas fuerzas reales de las flotas que habrían de operar en el posible caso de una guerra europea.

El mando de la armada de defensa se confió al almirante Callaghan, y el de la invasora á Jellicoe, que acababa de regresar de Berlín, donde por primera vez se había puesto al habla con su rival, el almirante von Tirpitz.

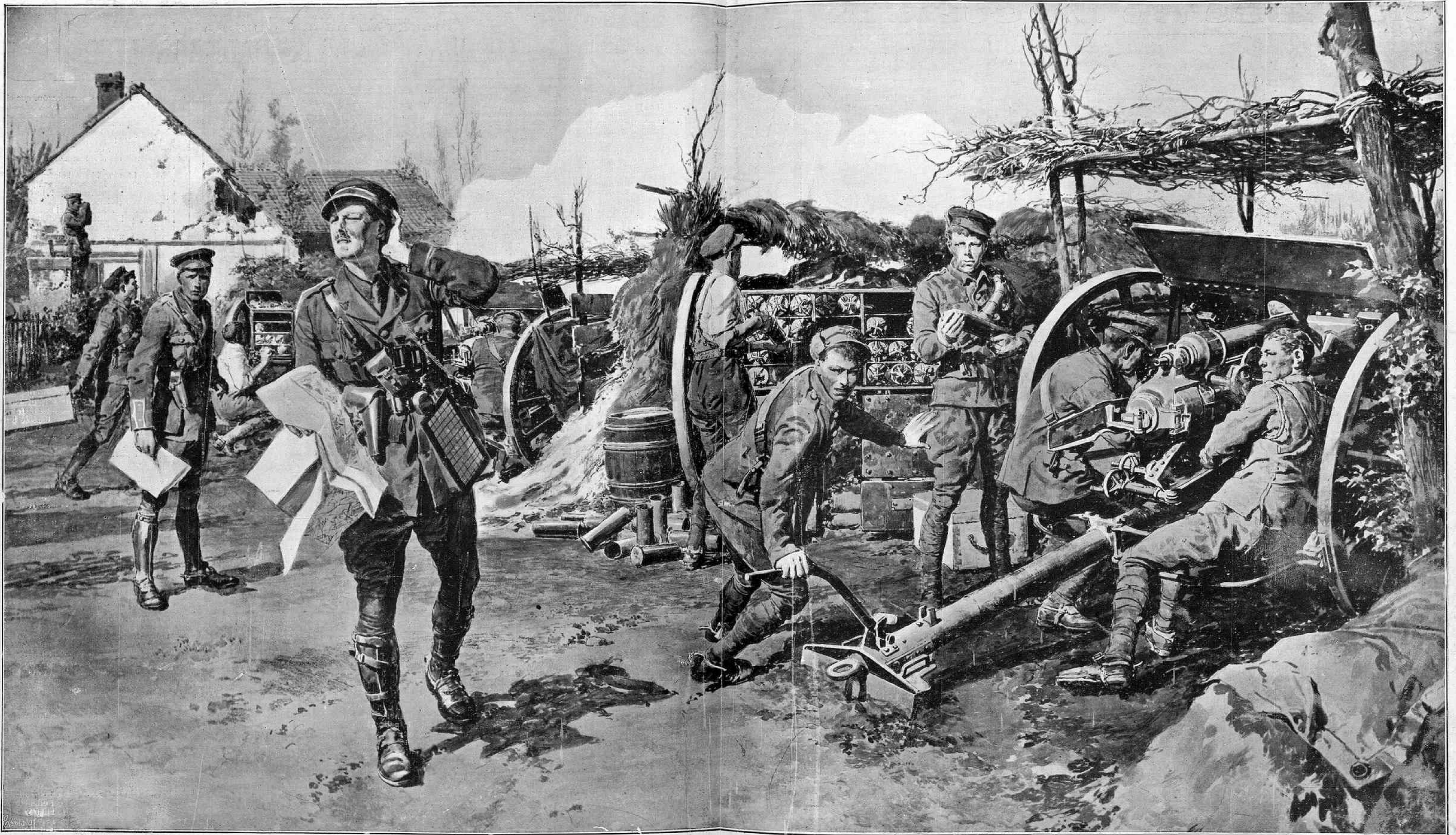
Aunque aún no se ha publicado el relato completo de aquellas importantes maniobras, es un tópico del dominio público en toda Europa que Jellicoe no sólo derrotó á la escuadra defensora de primera línea, sino que, burlando la vigilancia de los grandes acorazados del bando opuesto, logró apoderarse de varias importantes plazas navales y efectuar felizmente un simulacro de envío de tropas tierra adentro. Tan brillante éxito de su intrépida estrategia le conquistó definitivamente el mando supremo de la gran escuadra, para cuando sonara la hora del inminente peligro. Como consecuencia inmediata de las enseñanzas derivadas de estas maniobras, se apresuraron las construcciones navales, á fin de apoyar la hegemonía británica de los mares, no en el antiguo lema de «superioridad sobre las fuerzas unidas de las dos mayores potencias», sino en la nueva fórmula que preconizaba «un 60 por 100 de exceso en *dreadnoughts* sobre la mayor potencia naval».

Apenas estalló la guerra, la nación inglesa resolvió confiar su defensa al marino que, primero desde el Almirantazgo, había conseguido, gracias á su ciencia, duplicar la eficacia de la escuadra y que después, en el mar, había revelado una asombrosa audacia y un profundo conocimiento de las modernas condiciones de combate y de los puntos vulnerables del litoral. Y así, los acontecimientos han sancionado exactamente el doble vaticinio de 1905. Tal vez solamente unos cuantos meses más, y la negra, silenciosa flota del Mar del Norte decidirá si Fisher y Jellicoe han de inmortalizarse únicamente como grandes reformadores navales, ó si habrán de ser consagrados como salvadores del imperio británico en el siglo xx.

Londres, Julio, 1915.

José PLÁ

ATENCION
BIBLIOTECA



BATERÍA INGLESA RECTIFICANDO EL TIRO CON AUXILIO DEL TELÉFONO DE CAMPAÑA, QUE HA TRANSMITIDO LA ORDEN AL JEFE DE LA MISMA

Dibujo de F. Matania

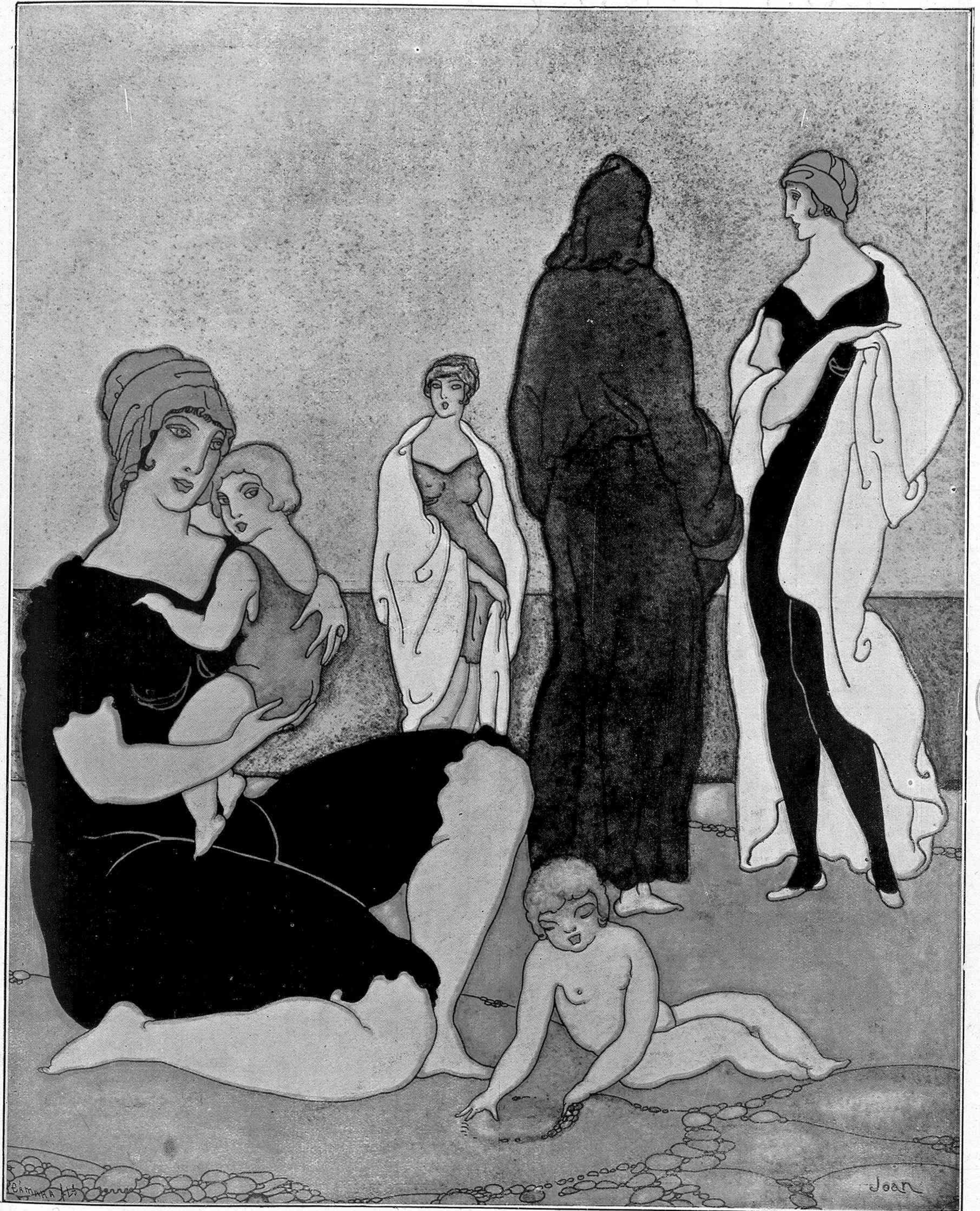
CIUDADES DE LA GUERRA



PLAZA DEL AYUNTAMIENTO DE AMBERES (BÉLGICA)

FOT. ALONSO

LA ESFERA
ARTE MODERNO



VERANIEGA, por Joan

BIBLIOTECA
*
TENEOR

LOS NIÑOS DE MURILLO



JUGANDO A LOS DADOS, cuadro de Murillo



LA CUENTA, cuadro de Murillo

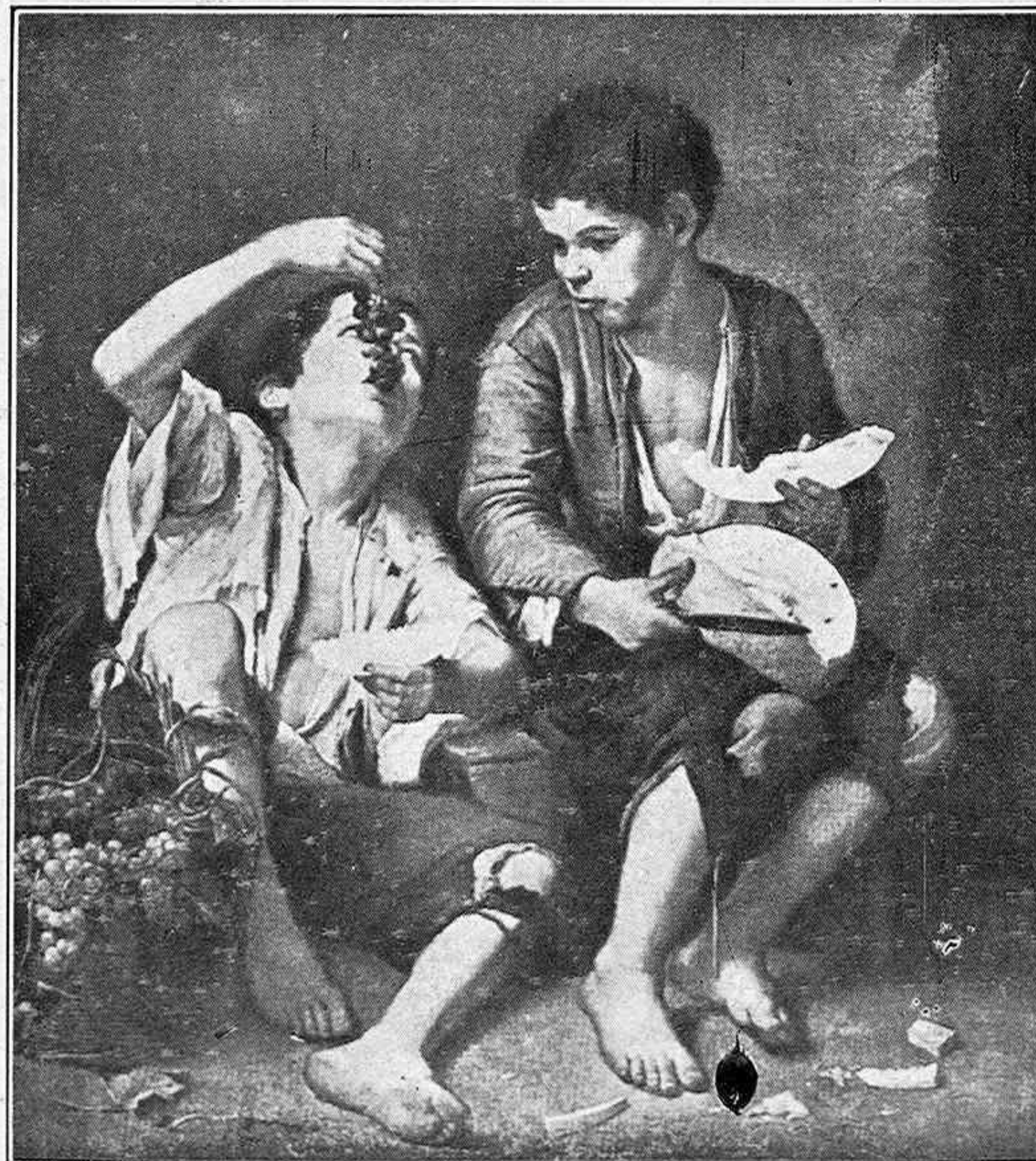
EN la labor tan extensa, tan plena, de alternados prodigios de la imaginación y de la realidad, que dejó Bartolomé Esteban Murillo, ocupan las figuras infantiles el aspecto más interesante. Niños, inconfundibles, graciosamente interpretados, con una sugestiva palpitación de vida, que les hace sonreír desde los cuadros admirables, como si nos sonrieran desde una ventana y como si fuéramos á encontrar el calor de la sangre debajo de su piel fina y cubierta de una grata pelusilla.

Pero dentro de esta clasificación del arte de Murillo, cabe una división más. Los niños de sus pinturas religiosas y los niños de sus pinturas realistas. En los niños divinos ponía Murillo la misma exaltada inmaterialidad que en sus Purísimas. Aquel misticismo optimista, sano, poético, del gran artista sevillano, se manifestaba de un modo portentoso en los niños Jesús, que saltaban en los regazos de las Vírgenes ó se aparecían á San Antonio de Pádua.



LOS GOLOSOS

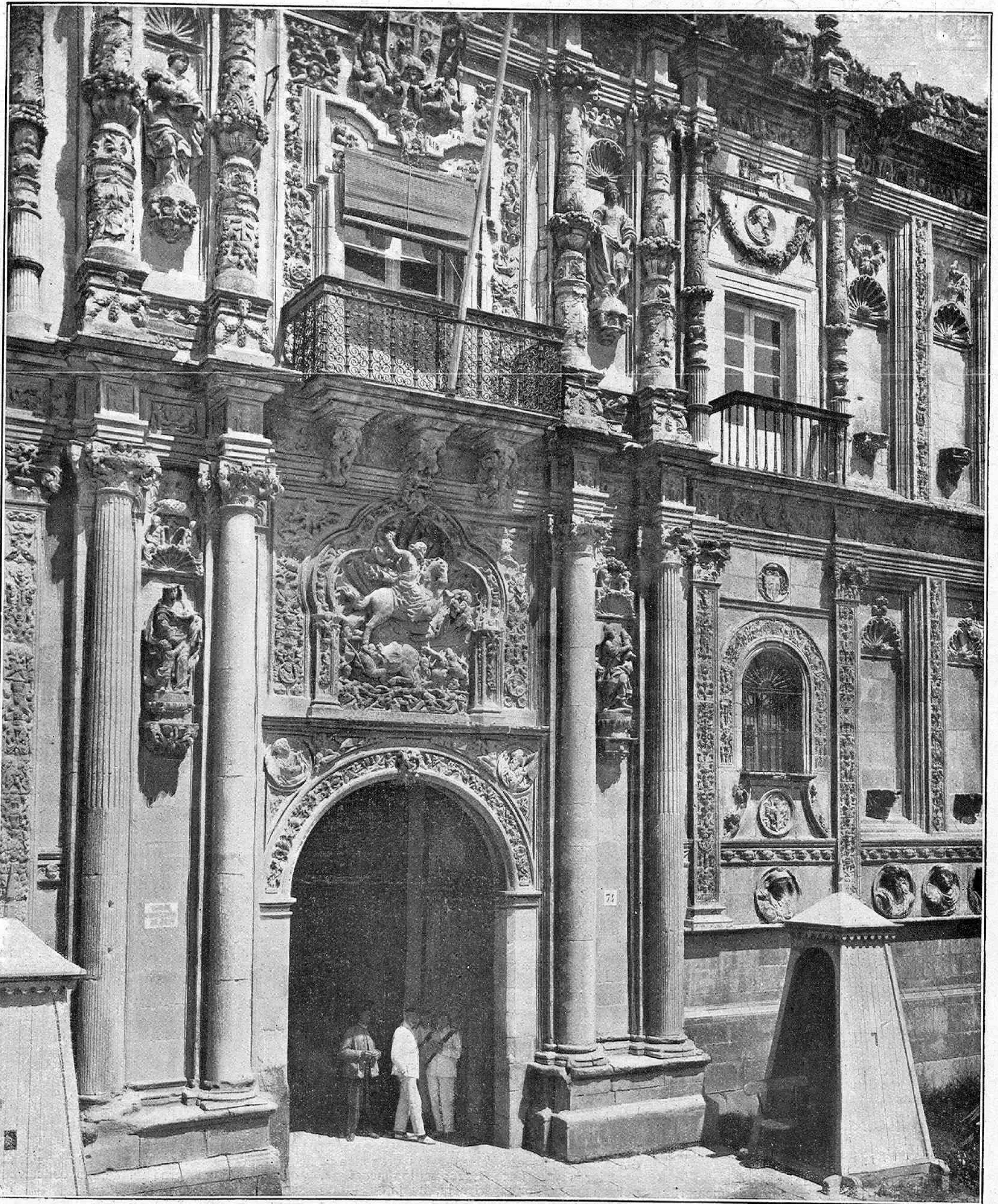
Cuadros del gran pintor Bartolomé Esteban Murillo, existentes en la Universal Galería de Munich (Alemania)



LOS CATADORES DE FRUTA

Cuadros del gran pintor Bartolomé Esteban Murillo, existentes en la Universal Galería de Munich (Alemania)

MONUMENTOS ESPAÑOLES



PUERTA PRINCIPAL DEL EX CONVENTO DE SAN MARCOS, DE LEÓN, Y QUE CONSTITUYE UNA DE LAS MÁS PRECIADAS JOYAS ARTÍSTICAS DE DICHA CIUDAD

La fundación de este Convento se debe al rey Fernando, "el Católico", que lo mandó construir en 1514. La edificación tardó dos siglos. Todo el edificio, al igual que la portada, cuya fotografía publicamos en esta plana, es de gran belleza y mérito artístico

FOT. WINOCIO

BIBLIOTECA
MUSEO DE
LEÓN

CUENTOS ESPAÑOLES

LO INESPERADO



—VAYLA DE SPIJAS—

INCONSCIENTEMENTE, sin proponérselo ninguno de los tres, se encontraron en el Paseo de Recoletos.

Habían salido del Casino, cerca de las once, después de cenar en la terraza.

Julio Renedo propuso subir á un automóvil, que les llevara á la Ciudad Lineal. Carlos Arellano y Pepe Santos protestaron.

—No; latas no, querido Julio.

—¡Y ya á fines de Agosto!... Imposible. No va ninguna que merezca la pena.

Lentamente siguieron por la calle de Alcalá, cambiando palabras sueltas, á grandes pausas, mordiscando los habanos.

Pepe Santos y Julio Renedo tenían á las respectivas mujeres y á los hijos veraneando en Villalba. Al uno sus negocios y al otro su alto empleo de toda confianza del ministro de un Ministerio, no les consentían salir de Madrid. Carlos Arellano, solterón, que empezaba á pisar el umbral de los cuarenta, también estaba sujeto por asuntos que no permitían el intervalo inactivo del estío.

Apenas entraron bajo las primeras frondas, Julio Renedo se detuvo.

—¿Pero es que vamos á seguir por aquí?

—¿Por qué no?

—¿Qué más da, chico?

—¡Nunca!

Sus dos amigos sonreían de la cómica indignación de Renedo.

—Hay que conocerlo todo.

—Es que esto nos lo sabemos de memoria; niñas cursis, horteras, empleadillos, busconas de baja estofa, pensionistas vergonzantes... ¡Que no, vaya! Si vosotros queréis quedaros, os quedáis... Yo no, no. ¡Digo! ¡Y hasta los bombardinos de una murga!

Carlos Arellano y Pepe Santos lo convencieron, al fin. Después de todo, la cuestión era esperar la hora de acostarse, en un sitio fresco.

Se sentaron en unas sillas, próximas al andén central, por donde pasaban lentos los carruajes, en un fantasmal desfile de monstruos negros con dos ojos enormes y mortecinos, y el tintineo isócrono de los cascabeles.

En torno de los tres amigos había los grupos de siempre: estudiantillos, dependientes de comercio, familias de artesanos ó de burgueses humildes, con los chicos pequeños dormidos y las muchachas un poco apartadas, en suaves y lánguidos coloquios con los novios, mientras dan mordisquitos á la vara de nardo recién comprada; mujeres de extraña y sospechosa catadura y vestimenta á las que, de vez en cuando, el resplandor fugitivo de un automóvil descubre los rostros pálidos, de una trágica y grotesca palidez de payasos.

Por entre las dos filas de sillas, bajo la propicia sombra fresca de los árboles, pasean más muchachas, acompañadas de los novios ó seguidas de pretendientes ocasionales. De cuando en cuando, á la izquierda, los anchos cuadros de luz de las cervecerías y puestos de refrescos, obligan á estas muchachitas á corregir un detalle del peinado, ó á disimular, con rápidos ademanes, la parte más vieja ó pobre de su indumentaria; también las sirven estas bruscas apariciones de la luz para mirar más lánguidamente al novio, ó para examinar de un modo rápido al hortera que las sigue, diciendo requiebros más ó menos ingeniosos. Suenan los pregones de aguadoras y floristas. Escasean los mendigos, porque saben, por experiencia, hasta qué punto puede dar limosna el público humilde de Recoletos.

En el aire polvoriento van y vienen los plañillazos, los golpes de bombo y el sonido plebeyo de los bombardinos de la banda, que ha resuelto el problema de interpretar lo mismo los vales galantes, que los marciales pasodobles y las mazurcas chulonas.

Pepe Santos, retrepado en la silla, sonreía bondadosamente.

—Chicos, la verdad... se está muy bien aquí. Julio Renedo volvió á protestar.

—Calla, hombre. No digas. Hasta huele mal. Toda esta pobretería, toda esta miseria que en vano se pretende ocultar, es un espectáculo lamentable.

—A mí me da pena; una pena chiquita, frívola, sin trascendencia; pero pena, al fin.

—¿De qué, hombre?

—De estas pobres nenitas cursis que sólo salen en verano, por las noches; que ocultan los zapatos rotos, las telas raidas y remendadas, las carnes anémicas, las manos acibilladas de pinchazos ó enrojecidas por el fregadero. Durante unas horas olvidan la amargura cotidiana. Les basta con un vaso de limón helado, una vara de nardos, unas palabras del novio, para ser felices. Algunas, ni eso tienen. Pasean hasta dolerles los pies, porque no se pueden gastar más de veinte céntimos en las sillas para la mamá y el hermanito; sienten una sed angustiosa, terrible, al cruzar ante los puestos de refrescos, inaccesibles para ellas, y se las oprime el corazón cuando retornan á pie á su casa, en una calle lejana del Madrid viejo, sosteniendo del brazo á la madre enferma, después de otra noche perdida, sin conseguir el novio, en que sueña toda la familia, como en un libertador.

—¡Muy bonito! Casi teatral el párrafo. Cualquiera diría que eras un asíduo concurrente á esta gusanera.

—Ahora, no; pero lo he sido hace muchos años. Y te aseguro que todo sigue igual. Como si sólo nosotros hubiéramos envejecido y, en cambio, la vida permaneciera detenida, para mayor suplicio de estas infelices.

Julio Renedo sacó otro caruncho de la petaca, cifrada con las iniciales de brillantes. Al encenderlo, le centellearon las gemas de las sortijas.

—Vaya, querido Pepe, hoy la has cogido romántica, ¿verdad, Carlos?

Carlos Arellano, que permanecía silencioso, tuvo una sonrisa de amargura.

—Siento no estar de acuerdo contigo. Al contrario, me parece que Pepe tiene razón. Es más: si no me interrumpís, os demostraré que una vida de éstas, humilde, resignada a estériles sacrificios, puede tener también una hora trágica.

Julio Renedo se echó a reír.

—Bueno. Decididamente os ha hecho daño el champán. Cualquiera diría que los dos váis para viejos y que os ganáis la vida arruinando al prójimo. En fin, venga esa historia. Al arrullo de la murga no estará mal. Película melodramática, en siete partes. Cuadro primero: «El paseo de las anémicas». Si te parece llamaré a la aguadora, para aumentar el auditorio. Las mujeres del pueblo suelen conmovirse muy fácilmente.

—No le hagás caso—dijo Pepe Santos—, cuéntalo. Y tú, ó te callas, ó te vas.

—No, hombre, no; ¡duro con la sensiblería! Respetemos la influencia del ambiente. Pero lo que es otra noche, enseguida vuelvo yo a este sitio.

Carlos Arellano se encogió de hombros. En el fondo, le era lo mismo. Por uno de esos retrocesos (cada vez más frecuentes en los hombres solteros, que empiezan a envejecer) hacia los románticos episodios de la primera juventud, sentía la necesidad de evocar aquella aventura, un poco lejana. Era como si hablara para sí mismo, como si pensara en voz alta.

—Hace mucho tiempo, veinte años quizás, yo venía todas las noches a Recoletos, con el pobre Paco Montero, aquel que murió en Melilla, en 1909. Entonces se estaba preparando para la carrera militar. Nuestra diversión no podía ser más inocente. Se reducía a encerrar cada noche a una muchacha distinta. La seguíamos paseando ó nos sentábamos a su lado, para decirle necedades y chicleos. Luego, al marcharse, íbamos detrás. Siempre he hallado indudable encanto en seguir a una mujer desconocida, hacia una calle ignorada. Esta absoluta abdicación de la voluntad, nos reconcilia con la vida, porque envuelve nuestra juventud, ya acuciada por las inquietudes del mañana, en la pérdida inconsciente de cuando éramos niños, cuando ninguno de nuestros actos dependía de nosotros mismos. Casi siempre elegíamos dos hermanas ó dos amigas. Las muchachas iban delante, hablando en voz alta, riendo, con esas risas largas y un poco estúpidas de las jovencitas. De cuando en cuando, aprovechaban el detenerse ante un tranvía ó un coche, para mirar hacia atrás. Otras veces, volvían la cabeza al llegar a una esquina. Si iban hermanitos pequeños, éstos eran los encargados de mantener el fuego sagrado del interés, y entonces ellas sólo miraban de tarde en tarde, con miradas largas, lánguidas, un poco tristes y suplicantes. Así también era la última mirada desde el portal, antes de subir la escalera. Casi siempre esta mirada decía más; imploraba un perdón humilde por la calle vieja y solitaria, por la casa tan pobre, y acaso también por la despedida dolorosa, ya que vivían las muchachas en un cuarto interior y podríamos tomar a desdén el que no se asomaran al balcón. En cambio, las que vivían en piso exterior, se apresuraban a asomarse, hablando en voz alta, llamándose por sus nombres para que lo supiéramos. Nosotros, paseábamos por la acera de enfrente, complaciéndonos en sentir las pisadas en el silencio oquedoso de la calle desierta. Estas aventuras, jamás pasaban del prólogo. Apuntábamos el número de la casa y luego sentíamos la nímia satisfacción de decir a los amigos: «¿Esas? Esas viven en la calle Tal, número tantos.»

Jamás seguíamos dos noches a las mismas. El encanto estaba, precisamente, en lo desconocido, en llevar a distintos sueños de muchacha la consoladora esperanza del novio probable. Sentíamos un áspero y cruel placer donjuanesco al pensar que cada noche había, por lo menos, dos mujeres que soñaban con nosotros. Una noche no vino Paco Montero a Recoletos. Yo me senté en una silla, aburrido, dispuesto a acostarme pronto, sin seguir a ninguna. Al poco rato se sentaron cerca de mí una jovencita, con su madre. Antes de hacerlo, cuchichearon breves momentos.

—«¡Qué le vamos a hacer, hija!—exclamó la vieja—. No puedo más, se me doblan las piernas. Todo se reduce a que luego no tomemos el tranvía.

»Tenían un aspecto lamentable, casi grotesco. Escondían los pies, calzados, sin duda, con zapatos viejísimos. Incluso en la penumbra se adivinaban las faldas remendadas, corcusidas, vueltas del revés al derecho. Luego las caras: pálidas, enflaquecidas, con los labios y las encías exangües. La muchacha, además, era fea, muy fea. Sobre el cuello renegrido y flaco una cadena de dúblé dejaba huellas verdes. Sin embargo, tenía los ojos azules, claros y serenos, del madrigal famoso. Eran unos ojos que resplandecían sobre la fealdad del rostro, como dos flores sobre un montón de harapos. Ojos de bondad, de desesperación inconsolable, de ansiedad de todas las cosas negadas, aun las más fáciles y humildes; ojos suplicantes, avergonzados, acariciadores, de esclava. Por sólo mirar estos ojos, trabé conversación con las dos mujeres. La compré dos varas de nardos a la hija y convidé a barquillos a la madre. ¡Con qué voracidad los comió ésta y con qué voluptuosidad, con qué doloroso placer, aspiraba la muchacha el olor de las flores! Daban deseos de llorar esta felicidad repentina de la jovencita fea, a quien nadie, tal vez, compró flores nunca. Después, la madre empezó a contarme esas ingenuas mentiras de las mamás de Recoletos. La muchacha se ruborizaba, y, al mirarla yo, bajaba los párpados, bien ajena de que así me ocultaba la única disculpa de su fealdad. Según la mamá, ellas estaban en una gran posición; el padre tenía muchos negocios y por eso no salían de Madrid aquel año.

—«En años anteriores estuvimos en San Sebastián, en Trouville, en Ostende—decía ingenuamente.

»Cerca de las doce se levantaron. La jovencita miró compasivamente a la vieja.

—«¿Ves, mamá? Ahora...—le murmuró al cido.

—«¿Qué le vamos a hacer? Iremos a pie. No podía más, hija mía.

»Se tambaleó. La muchacha me miraba de un modo dulce, tímido y desgarrador.

—«Buenas noches.

»Comprendí toda la tragedia de aquellos céntimos gastados en las sillas y que las obligaban a volver a pie.

—«Si ustedes me permiten que las acompañe un rato...

»La madre suspiró.

—«Muchas gracias. ¡Es tan lejos!...

»Vivían en la calle del Tribulete—esta calle del nombre tan ridículo que, hasta entonces, creí una invención de los autores cómicos—. Fuimos en tranvía y los ojos claros, serenos, me dieron las gracias antes que las palabras de la madre. Y en la puerta, la madre señaló uno de los balcones del último piso, donde había luz encendida.

—«Mira, tu padre no se ha acostado aún. ¡Lo que trabaja ese hombre! Cuidado que yo se lo digo: «Pero, Manolo, hijo, no trabajes tanto. Si tenemos para vivir hasta con lujo, ¿qué necesidad tienes de darte malos ratos?» Y él, nada ¡que si quieres!

»La muchacha volvió a ruborizarse y bajó los párpados, avergonzada. Fui a llamar al sereno; pero la madre me contuvo.

—«No, no; traemos llave.

»Una de esas llaves antiguas, enormes, que sacó del bolsillo de piel, medio deshecho, donde no llevaba más que la llave y un pañuelo.

»Cuando cerraron la puerta, empecé a pasear la acera de enfrente. La muchacha no se asomó. Apagaron la luz. Pasaba el tiempo y yo no sentía la necesidad de irme... De pronto, un bulto obscuro salió al balcón, saltó la barandilla; voltearon en el aire unos brazos, unas piernas, y se aplastó contra la acera el cuerpo de un hombre. ¡Oh! ¡Nunca olvidaré aquel sonido terrible del cuerpo al reventarse y encharcar de sangre la calle!

»Grité, asustado. Rápidamente acudió el sereno, unos guardias, la gente que había en una taberna próxima.

»El hombre había muerto, al chocar contra el suelo. Era un viejecito de barbas blancas y rostro demacrado, de asceta. Mientras el sereno abría la puerta, para que subieran a llamar a la familia, me dijo:

—«Es el padre de la chica esa que ha venido usted acompañando. Un ífo sinvergüenza, un tramposo, ¿sabe? Debían a todo el mundo. Mañana les iban a poner los trastos en la calle, y entodavía la chica, ya lo ve usted, salía todas las noches a buscar novio.»

Calló bruscamente Carlos Arellano. Pepe Santos, emocionado, con lágrimas en los ojos, preguntó: ¿Y qué hicistes?

Arellano tardó en contestar. Al fin, avergonzado, murmuró:

—Una cobardía. A los veinte años los hombres somos capaces de muchas villanas infamias. Me escapé, me fui antes de que bajara la jovencita de los ojos claros, serenos, y pudiera comprometerme.

Y para disimular su turbación se dirigió hacia Julio Renedo.

—¡Eh! ¡Tú! ¿Qué te parece la historia?

Julio Renedo no contestó. Se había dormido como un bendito.

José FRANCÉS

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



NEO ED

APRENDIENDO MISERICORDIA

LAS DAMAS DE LA CRUZ ROJA MADRILEÑA



Un grupo de alumnas haciendo estudios anatómicos en un esqueleto



Varias alumnas oyendo las explicaciones del doctor Juarros, acerca del cráneo

La guerra está enseñando a los asustados pueblos una serie de verdades inesperadas. Sobre las páginas del catecismo han quedado como huella secular los preceptos de la caridad cristiana, tal como se podían concebir en sociedades primitivas, de organización sencilla y patriarcal; pero hoy un corazón bueno—precisamente porque la lucha dura del vivir nos hace egoístas—no puede satisfacerse con enseñar al que no sabe y con visitar a los enfermos. Surge, además, en nuestra conciencia, la noción de un deber colectivo que transforma en obligaciones sociales los que antaño podían ser, y todavía son, actos voluntarios de caridad. En una sociedad mejor hacia la que caminamos, en que el espíritu de Cristo será más vivo en todos los corazones, no puede quedar á merced de limosna dar de comer al hambriento, ni de beber al que tenga sed, ni cubrir las carnes del desnudo.

Eso será una función social; una obligación de todos. Surgirá, sin duda, una disciplina que intentará conseguir que cada hombre se baste á sí mismo y suplirá las fuerzas de los que no las tengan para cubrir sus necesidades.

Llegará un día en que el hombre, para ser misericordioso, para ofrecer á su Dios el holocausto de las bondades de su corazón, rendidas al amor y al servicio del prójimo, tendrá que realizar esfuerzos de abnegación superiores á nuestro actual mundo moral, porque cuanto aho-

ra puede hacerse: dar de comer al hambriento, enseñar al que no sabe, vestir al desnudo, corregir al que yerra, serán funciones del Estado, deberes que cumplirá la colectividad, y, á la vez, derechos que se invocarán imperativamente por los vencidos en la lucha de la vida y no mercedes que suplicarán lacrimando.

En su *Visitador del Preso* ya adivinó Concepción Arenal que las obras de misericordia iban á quedar reducidas á consolar al triste y á curar á los enfermos. En los tiempos en que aquella mujer escribió, eran estas palabras la visión genial de una edad de abnegaciones nuevas, porque ambas caridades no pueden ejercerse sin una preparación larga y difícil. Consolar al triste, al padecido, al encarcelado, al perseguido, en la estricta acepción de la palabra *consolar*, no sería nada; sería, á lo sumo, una función pasiva que no produciría fruto ninguno; no; consolar al triste es tomar parte activa en su quebranto; es amparar su causa y hacerla propia, y corregir el error y remediar el daño, y trocar su aflicción en alegría y su derrota en triunfo... Es tomar la lanza y el escudo y salir á combatir la injusti-



El doctor Juarros, rodeado de las alumnas señoras y señoritas Escandón, Castellano, Carrillo, Bäuer, Martínez de Irujo, Moreno Elorza, Melgar, Revenga, Dato, vizcondesa de Portocarrero é Hidalgo de Quintana

FOTS. ALFONSO

cia social y el mal individual que anida en los perversos corazones. No puede emprenderse esa cruzada sin una vocación y sin una larga preparación.

Así también, visitar á los enfermos, ¿qué es? Todos nosotros, los que en la escuela leímos el *Juanito*—primera amenidad llevada á la lobreguez de la enseñanza—, recordamos, más que las líneas dedicadas á esta obra de misericordia, aquel grabado en que, en una cámara muy arregladita, descansa un enfermo que recibe la visita de Juanito y su papá. Una visita de cortesía; unas preguntas banales, unas imbeciles consideraciones sobre la deleznable salud humana y ya está cumplida la obra de misericordia, ya hemos realizado un hecho grato á los ojos de Dios. Concepción Arenal amplía un poco el concepto y nos habla de visitar los hospitales donde el dolor se acrecienta por el número, pero donde para el extraño á la organización de cada curandería persiste la banalidad, la insuficiencia, la inutilidad de la visita.

Ha sido preciso que viniera la guerra con sus horrores, con sus ambulancias interminables de hombres heridos, despedazados, con sus hospitales de sangre improvisados en templos, en escuelas, en bodegas, para que todos los países se diesen cuenta de que la misericordia había sido imprevisora, porque sólo manos femeninas, trémulas de abnegaciones y de cariños, podían consolar tanto dolor. Se necesitaban, no banales visitadoras de enfermos, sino curanderas, hermanas de la Caridad, por centenares de millares. Y para realizar esta obra de misericordia no basta el deseo de querer realizarla; se necesita un adiestramiento, una preparación; es preciso que los ojos no se espanten del espectáculo de la carne humana desgarrada ó corrompida; que la presencia de la muerte no conturbe; que el alarido del dolor no nos estremezca. Además, es preciso que nuestras manos sean útiles al enfermo, que sepan vendarle, provocar la respiración artificial del ahogado, sujetar provisionalmente el miembro roto, hacer la primera cura del intoxicado, del abrasado por las llamas del incendio, acudir con el primer remedio que puede salvar una vida. Y esto, no por profesión,



Prácticas de vendaje

sino por amor al prójimo, por espíritu de Cristo, nimbando la obra, que realizan las manos, con las palabras trémulas y la mirada turbada en las que se desborda todo el cariño que pueda haber en un corazón bueno.

De estas mujeres, preparadas sabiamente para poder ejercer la caridad en los hogares míseros, en los hospitales, en los campos de batalla, hay ya millares en los países que guerrean. En Madrid, un grupo de jóvenes asiste á una cátedra de misericordia en una de las ambulancias de la Cruz Roja, en la de los distritos del Congreso y del Hospicio.

El doctor Juarros está preparando á estas educandas para poder hacer el bien. La múltiple ciencia de primeros auxilios, la práctica

difficil de los vendajes, en los que la moderna cirugía ha llegado á perfecciones incalculables; cuanto puede conocer un buen practicante de medicina y cirugía de urgencias, constituye el núcleo de estas enseñanzas.

Veis estos hermosos ojos, serenos ante el dolor, ante el espectáculo horrendo de la herida y la llaga; veis estas lindas manos, que no tiemblan al tocar la carne enferma y febril; veis estas muchachas acudir impasibles al siniestro, donde nuestras mujeres clásicas no saben sino gritar y desmayarse.

Estas mujeres sí podrán alzar sus corazones á Dios, ofreciéndole el homenaje de una obra de misericordia bien cumplida; estas mujeres podrán visitar enfermos y consolar tristes con aquella medida de provecho con que Cristo valuaba las ignoradas caridades.

Esta clase del doctor Juarros, ¿por qué no ha de llevarse, no ya á todas las clínicas de la Cruz Roja y á todas las Casas de Socorro, sino á todas las escuelas de niñas?

Nuestra pedagogía se empeña en enseñar á nuestras mujercitas todas las futilidades que puedan alejarla de su función sagrada de esposa y de madre, de eje y espíritu del hogar.

Desde la imbecil preceptiva de la gramática, hasta los bordados sin aplicación práctica, se enseña á nuestras niñas muchas cosas que no dicen nada á su corazón y que no la preparan para su felicidad futura en la sociedad matrimonial.

Se las enseñara á ser enfermeras, á tener serenidad ante los accidentes, que pueden ocurrirles á los suyos, á acudir á ellos con remedios inmediatos y la vida encontraría en cada hogar garantías que hoy no tiene.

Y en muchos casos, y en el supremo en que la patria en guerra las necesitara, nuestras mujercitas podrían cumplir esa magnánima obra de misericordia de visitar á los enfermos con toda abnegación y cristianamente, y á la vez sabiamente, como ángeles que hubiesen aprendido ciencias de medicina y cirugía.

DIONISIO PÉREZ



Algunas alumnas ejercitándose en la conducción de heridos en camillas

FOTS. ALFONSO



PILLUELOS DE PLAYA



VESTID á la Agilidad con andrajos; suponed que la Picardia, condenada á correr siempre por el mundo, lleva, en vez de alas en los pies, como la Fortuna, alpargatas; pensad que el Tritón mitológico fuma ahora de colillas, y juega á las cartas, y viste de desecho, y duerme en el regazo de la madraza Casualidad; imaginaos un tipo antropomórfico, mitad ardilla, mitad rapazuelo, que tenga las cálidas vivezas de la luz en las pupilas y en los ademanes; casad al Hambre con la Alegría y pedidles un dichoso engendro que ruede por los puertos de mar, menudito y sonoro, como un cascabel...

Todo esto, y algo más, es el pilluelo de playa, tipo famoso, protegido del sol, que recién nacido fué quizás olvidado en el torno de una inclusa, y á quien la Muerte se le antoja cierto país insalu-

bre, sin propinas y sin libertad, á donde nunca se debe ir.

Almacén de marrullerías, archivo de ardidés, relámpago disfrazado de hombre, zurrón repleto de ingenio, flor y nata de la sagacidad, si el pilluelo de playa llegase á tener influencia más allá de su natural jurisdicción, los viejos y gloriosos galeones de nuestros destinos avanzarían, prosperidad adelante, con gallarda pompa.

Vive este andrajo social como le dejan, no como le place; pero le place vivir como le dejan vivir. Fervoroso de la existencia al aire libre, corre, nada, vuela, ríe, canta, pide y divaga. Tal vez su novia más romántica es la gaviota; acaso su ideal tiene el color y el estremecimiento de la bandera más exótica...

Mil veces espació el espíritu por las verdes y

agitadas inmensidades de la mar y hase habituado á la libertad, á la luz, al tumulto, á todo lo que, lejos de las viviendas-cárceles y de los códigos-jaulas, canta con ronca voz de embriagado la formidable alegría del vivir.

Por seguir disfrutando de tal merced, recurre á mil expedientes, ninguno de los cuales le enoja. El desempeña funciones de Atlante actual, transportando cajas, fardos, baúles; y se hunde en el agua transparente de la hahía, si un forastero arroja al agua una moneda, para verle evolucionar ágilmente; y auxilia al pescador, de retorno de la pesca, y fraterniza con el marinero que llegó de tierras de bruma, ávido de vino y de amor...

E. RAMÍREZ ÁNGEL

DIBUJO LE DHOY

LA ESFERA

LA MUJER MAS BELLA DE AMÉRICA



MISS JUSTINE JOHNSTONE

Premiada con la suma de 5.000 dollars, en un concurso, al que concurrieron las más bellas mujeres de los Estados Unidos. A una pregunta que la dirigieron, replicó: "Yo no soy una mujer hermosa, y debiera más bien estar viviendo en Hoboken, mi país natal, que en Nueva York. Si me dieran á escoger entre ser la joven más bella del Norte de América ó la de más talento, sin vacilar me decidiría por lo último"

FOT. UNDERWOOD



CÓMO CAYÓ EL CONDE DUQUE

HOJAS SUELTAS DE UN DIARIO CORTESANO

10 de Diciembre de 1642

Núñez de Guzmán anda hace unos días de mal color y así como enfermo. No cruza ya las *Losas* con aquella premura estudiada de habrá poco, respondiendo con excusas á los pretendientes, mirando con altanería á los palaciegos, y tratando como á iguales á los príncipes de la Iglesia.

Tampoco las gentes ofréncle con tanta cordialidad los respetos, y alguno, que le debe tanto como la posición en que está, le vuelve la espalda, por evitarse el saludo.

Las sátiras que contra él habrá poco andaban por la villa, agora han entrado en los patios de Palacio, han subido las escaleras y han llegado á la Cámara del Rey.

Ese Portugal perdido, y esa Cataluña levantisca, por imprevisión é impolítica de D. Melchor Gaspar, han échole tanto daño que es muy de temer que esté herido de muerte.

En la reina doña Isabel tiene el peor enemigo cerca del Rey; culpa desto es la condesa, que desde que consiguió la almohada, ha confundido el cargo de dama de honor con el de celosa celera y no deja á Su Majestad un punto...

ooo

20 de Diciembre de 1642

Veinte años de tiranía han caído en el vacío esta mañana.

Parece que á Su Excelencia el turrón se le torna en rejalgar de lo fino.

Como ya el príncipe D. Baltasar Carlos (q. D. g.) cumplió los dieciséis años, Su Majestad ha decidido sacarle de la tutoría y cuido de las damas y ponerle casa.

Ya miró á hacerlo antes de ahora y á darle entrada en los consejos, mas siempre se lo quitó de la cabeza Olivares, porque con elló vefa deshacerse la privanza, como la sal en el agua, que el egregio mozo no parece de la savia pasiva y necia de su padre.

Pues digo que, mirando á este cuidado de poner el Rey casa á su primogénito, hizo de su mano lista de los criados que había de acompañar á Su Alteza y dióla al Conde Duque, para que la fuese proveyendo.

Repasóla éste como hasta allí tenía por costumbre con todos los papeles, y puso no se qué reparos á alguno de los nombres.

Quedósele el Rey mirando y, al fin, respondió: —«Estos criados han de servir y no otros, y de aquí adelante, en cosa que yo determine, no volváis á replicarme, por que sentiréis mi enojo...»

Era la primera vez que de labios del Rey escuchara tan fuertes razones.

Pidió perdón y continuó el despacho.

Al tratar qué habitaciones fueran buenas para alojar á Su Alteza, propuso el de Olivares las del infante Cardenal.

A lo que, todo descompuesto, replicó el Monarca:

—Y, ¿por qué, Conde, no estará mejor en el que vos habitáis ahora, que es propio para el heredero de la corona? En él estuvo mi padre y estuve yo, cuando éramos príncipes. Desocupadle, pues, inmediatamente y tomad casa fuera de Palacio...»

ooo

17 de Enero de 1643

Su Majestad ha marchado á cazar. Antes de salir ha dejado un billete para el Conde Duque, que más que tal es cédula de destierro.

Dice así:

«Muchas veces me habéis pedido licencia para retiraros y no he venido en dárosla, y ahora os la doy para que lo hagáis luego á donde os pareciere, para que miréis por vuestra salud y vuestro sosiego.»

Guzmán ha recibido la orden sosegada y humildemente, como si la estuviera esperando y en este mismo día partió para su villa de Loeches.

ooo

25 de Febrero de 1643

Ningún duelo ni pesar ha causado en la corte y fuera della la desgracia del Conde Duque, antes, con universal regocijo, ha sido celebrada, y lo tienen por un gran bien, acaecido á la nación.

Así y todo dicen que el Rey, en el momento de apartarle de su servicio, no le trató con extrema dureza, sino que blandamente pasó noticia de su determinación á los consejos, fundándolo en la no buena salud de Olivares, y ha consentido en que la condesa continuase asistiendo á Palacio.

En las puertas del Alcázar apareció pegado un pasquín, que decía:

Ahora serás Felipe el Grande, pues el Conde Duque no te hará pequeño.

Y un papel, con la siguiente redondilla:

El día de San Antonio
se hicieron milagros dos,
pues comenzó á reinar Dios
y del Rey se echó al demonio.

Entre los muchos papeles que han salido festejando la desgracia del Privado, hay uno que dice, entre otras razones:

«Prometió á Vuestra Majestad, á su entrada, hacerle el Monarca más rico del mundo, y después de haber sacado en estos reinos más de 200 millones, en veintidós años, le ha dejado en suma pobreza. Mire Vuestra Majestad que bien cumplida palabra.

»A Vuestra Majestad le ha sucedido puntualmente lo que al señor Rey D. Enrique el tercero, que, cuando los grandes estaban muy sobrados, le servían una espalda de carnero y aún no se dice de aquel tiempo que faltara la botica de Palacio, como en éste... En tiempos de su abuelo de Vuestra Majestad ningún presidente tuvo más de un cuento de maravedís por salario, ni el consejero más de medio, y iban al Consejo en unas mulas y con un lacayo, teniendo en sus caras

unos guardamecies y lienzos de Flandes que costaban seis reales y ahora, tienen las caballerizas más cumplidas que los grandes y tantas telas de tapicerías ricas, que no son tales las de Vuestra Majestad, de suerte que ellos son los grandes de en tiempo del Rey D. Enrique...»

Contra estos papeles, y en defensa del Conde, háse publicado uno, muy mordaz y atrevido, que dicen que es de D. Francisco de Rioja; intitúlase «Nicandro ó antídoto contra las calumnias, que la ignorancia y envidia han esparcido para destruir y manchar las heroicas é inmortales acciones del Conde Duque de Olivares, después de su retirada...»

ooo

20 de Enero de 1643

A pocos días de estar Su Excelencia en Loeches pidió licencia al Rey, para trasladarse á Toro, y allí, tanto por consideración de la villa como por no perder la costumbre autoritaria, aunque fuese en pequeña cantidad, fué regidor.

Aun en esta quietud le ha perseguido el encorno de sus enemigos, que no perdonan medio por procurarle el mismo acabamiento que á don Rodrigo Calderón.

Ya es cumplido un año de que cayera en desgracia. Está que no es conocido, de humilde y solícito, y dice el Concejo que nunca hubo en Toro más celoso regidor.

ooo

10 de Julio de 1643

De mañana llegó correo de la Corte, carta del Rey traía para el Duque. Con ansia la tomó Su Excelencia y ha sido su lectura golpe de muerte.

Este era el último párrafo de la dicha letra:

«En fin, Conde, yo he de reinar y mi hijo se ha de coronar en Aragón y no es ésto muy fácil si no entrego vuestra cabeza á mis vasallos, que á una vez la piden todos y es preciso no disgustarles más.»

Por más de dos horas quedó el Conde suspenso, con el cruel pliego entre las manos. Echóse en la cama y llorando pasó el día, diciendo como era cierta su muerte.

El once día perdió la razón y dió en no comer. Así estuvo cuatro fechas, al cabo de las cuales recobró enteramente el juicio y pidió confesarse. El 17 llevaronle la imagen de la Soledad y una canilla de San Ildefonso, que adoró con mucho fervor.

Pidió luego de comer y lo hizo con grande exceso, tanto que aceleró su fin, pues murió el día 22, á las nueve de la mañana.

Dios le tenga en su santa gloria, y las pesadumbres que ha sufrido en estos dos últimos años, tómeselas como descargo de su vida y milagros en más de cuatro lustros que fué rey absoluto de España.

Embalsamáronle el 24. Sacáronle agua como para llenar un cántaro. El corazón era de tamaño asombroso.

No pusieronle mortaja alguna, sino que le fistieron como él usaba en la Corte. Calzón y ropilla de seda no-guerada con bordados de oro, botas blancas y espuelas doradas, guantes bordados, sombrero blanco con cuatro plumas doradas, manto capitular del orden de Alcántara y bastón de general.

Llevaronle á la iglesia de San Ildefonso y colocáronle en la misma tribuna en que tenía por costumbre de oír misa.

Diz que el sábado 29 le trasladarán á la villa de Loeches, como tenía dicho.

Dios sea con él...

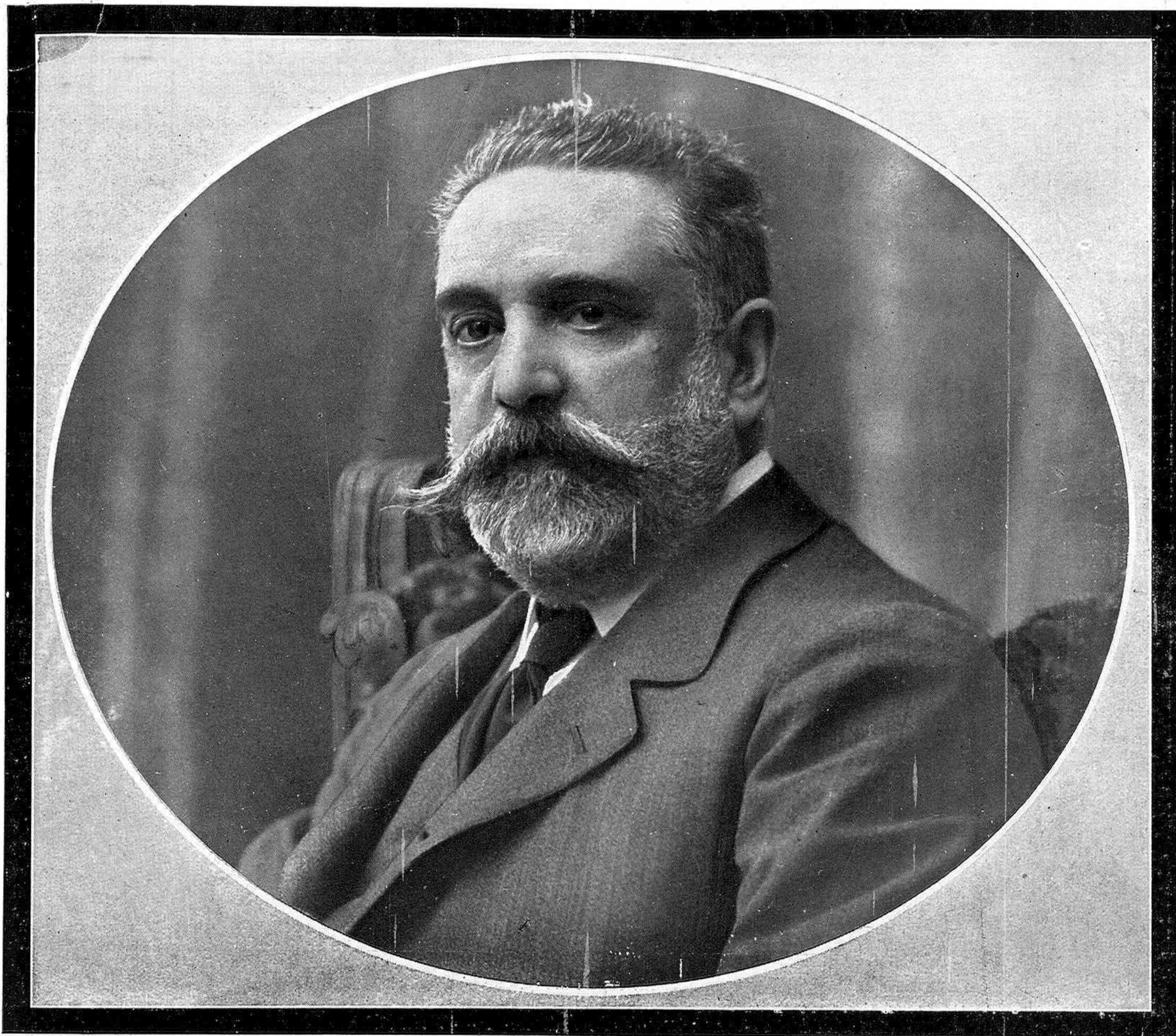
.....



EL CONDE DUQUE DE OLIVARES
Famoso retrato, pintado por Velázquez, existente en el Museo del Prado

Por el hallazgo destes papeles,
DIEGO SAN JOSÉ

LOS QUE MUEREN □ NIETO Y RAMOS CARRIÓN



D. MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Ilustre autor dramático, que ha fallecido en Madrid el día 8 del actual

Los grandes figuras han perdido en muy pocos días la dramática y la lírica españolas: D. Miguel Ramos Carrión y D. Manuel Nieto, un autor dramático y un compositor eminentemente populares, y dos hombres, en suma, buenos á carta cabal. Uno y otro, con las producciones de su fecundo ingenio, llenaron los teatros durante largas temporadas y deleitaron á varias generaciones. Su influencia en el teatro y en los teatros fué grandísima, como había de ser dado lo numeroso y lo rotundo de sus éxitos.

Nació Ramos Carrión el año 1847, en Zamora, de donde, después de aprender las primeras letras, vino á Madrid, enviado por su padre para empezar en el Conservatorio sus estudios, que no llegó á concluir porque su vocación se destacaba más poderosa para el cultivo de las Letras. Alentado por Hartzembusch, á quien leyó sus primeros versos, cultivó la Literatura y se dió á conocer en *El Museo Universal*, al mismo tiempo que desempeñaba un modesto destino en la Junta general de Estadística, donde, después de varios ascensos, llegó á percibir un sueldo de 1.000 pesetas anuales, único destino que debió al Gobierno. Con Eduardo de Lustonó fundó un periódico satírico titulado *Las Disciplinas* y colaboró en el *Jeremías*, del insigne humorista



D. MANUEL NIETO

Notable é inspirado compositor, que ha fallecido en Madrid el día 6 del actual

Villergas, y en *El Fisgón*, y, finalmente, su firma fué solicitada por los periodicos más importantes de España.

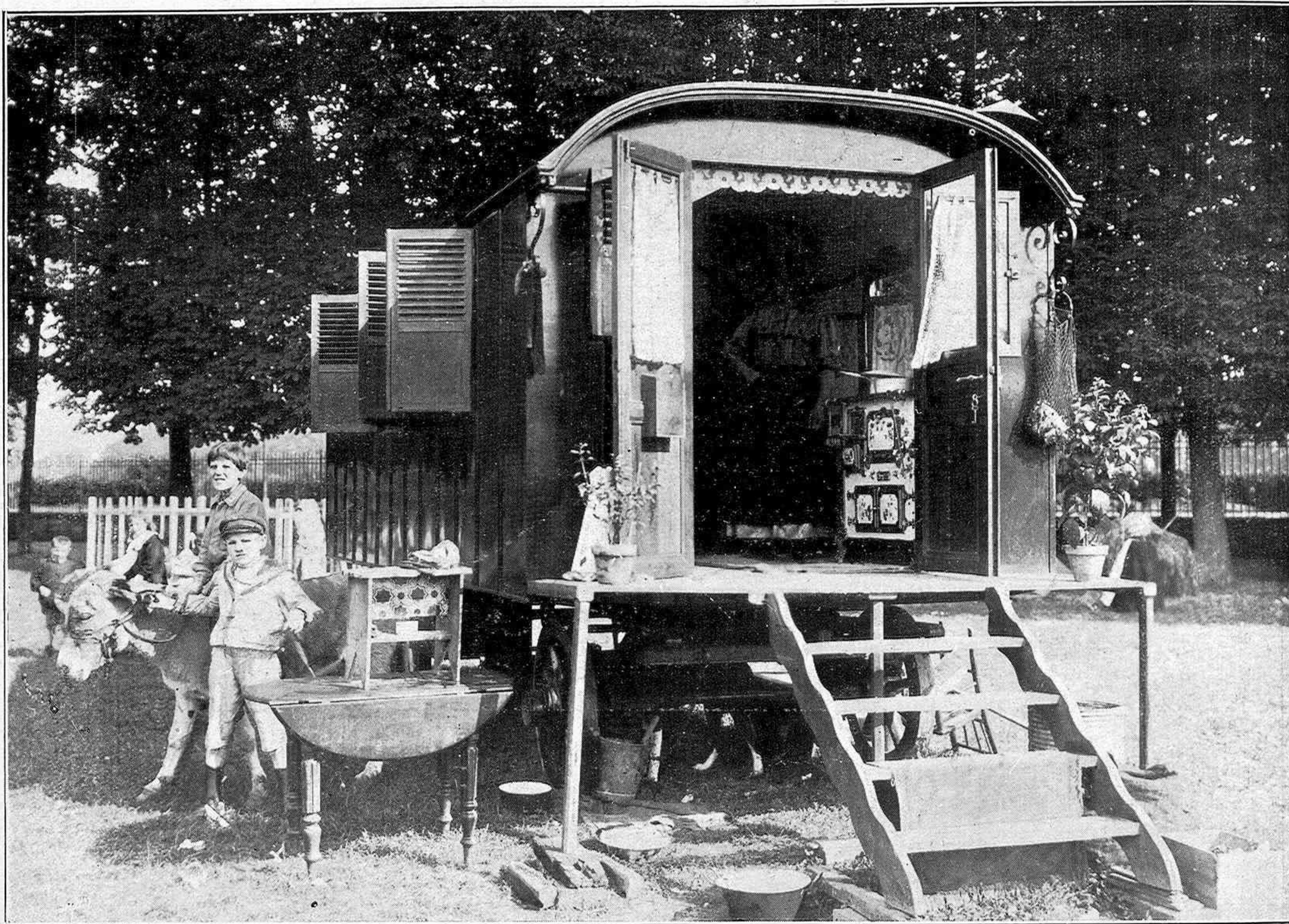
Desde su primera comedia *Un sarao y una soirée*, su primero y ruidoso triunfo en el teatro de Variedades, donde acababa de nacer el género bufo español, hasta fecha muy reciente, ha dado á la escena española muchas obras de vida tan perdurable como *La tempestad*, *La bruja*, *El Rey que rabió*, *El padrón municipal*, *El oso muerto*, *El señor Gobernador*, *El chaleco blanco*, *Agua*, *azucarillos* y *aguardiente* y cien más, para cuyos títulos nos falta espacio.

También el maestro Nieto deja muchas obras de éxito no menos duradero. La música de *Certamen Nacional*, *El gaitero*, *El gorro frigio*, *Los baturros*, *Los inútiles*, *Cuadros disolventes*, *Los secuestradores* y otras, hijas todas de su musa, genuinamente española, diéronle una gran popularidad, que compartió—y esto da idea de su mérito y de sus triunfos—con los insignes Chapí, Caballero y Chueca.

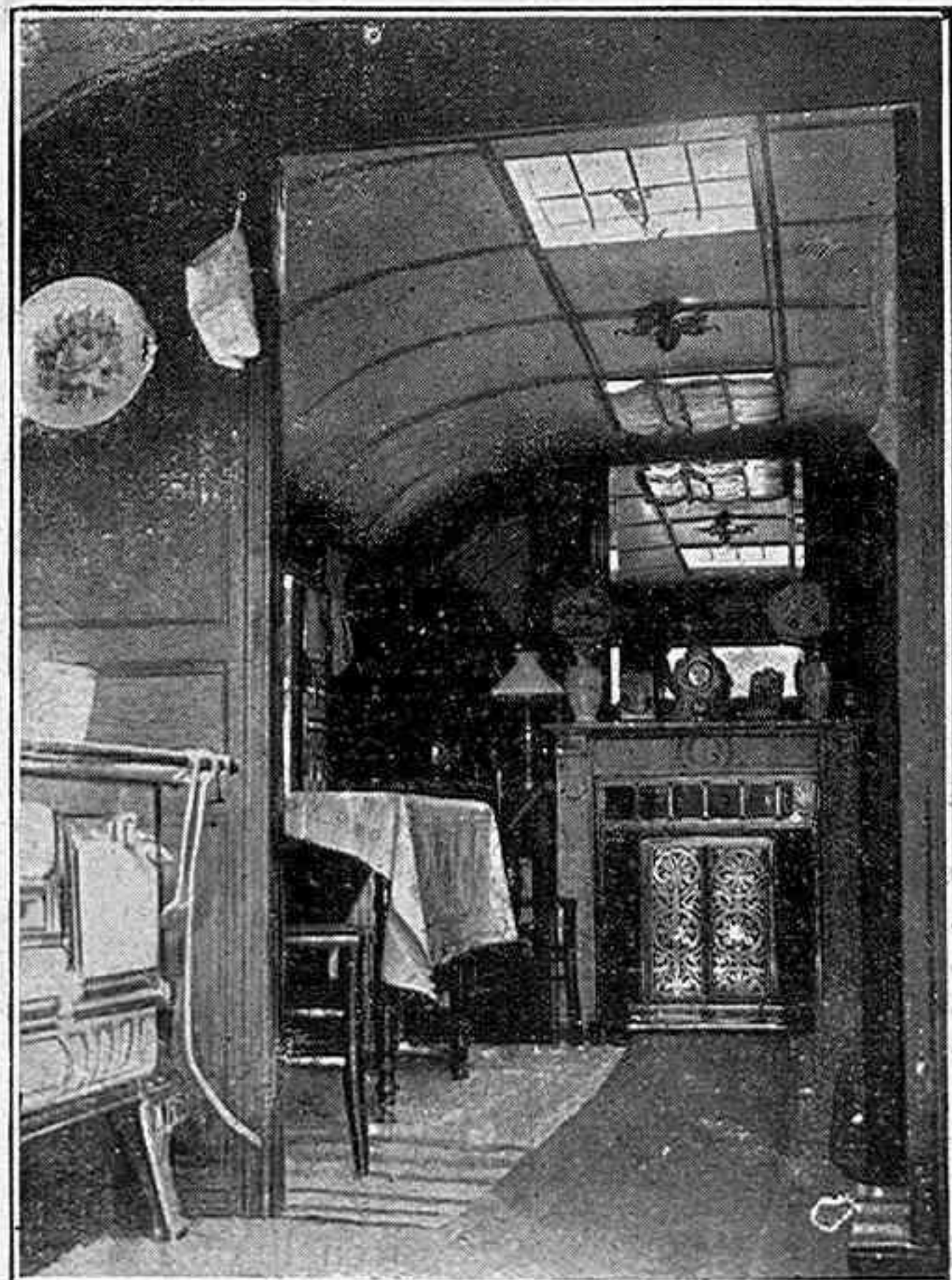
Bien ganados tienen el ilustre escritor y el ilustre músico el descanso en la otra vida y el recuerdo imborrable en la historia del arte dramático y del arte lírico españoles, que con ellos sufren dos grandes pérdidas.



LA ALEGRÍA QUE PASABA



La casa ambulante de una compañía acrobática, de las que se instalaban en la feria de Quinconces

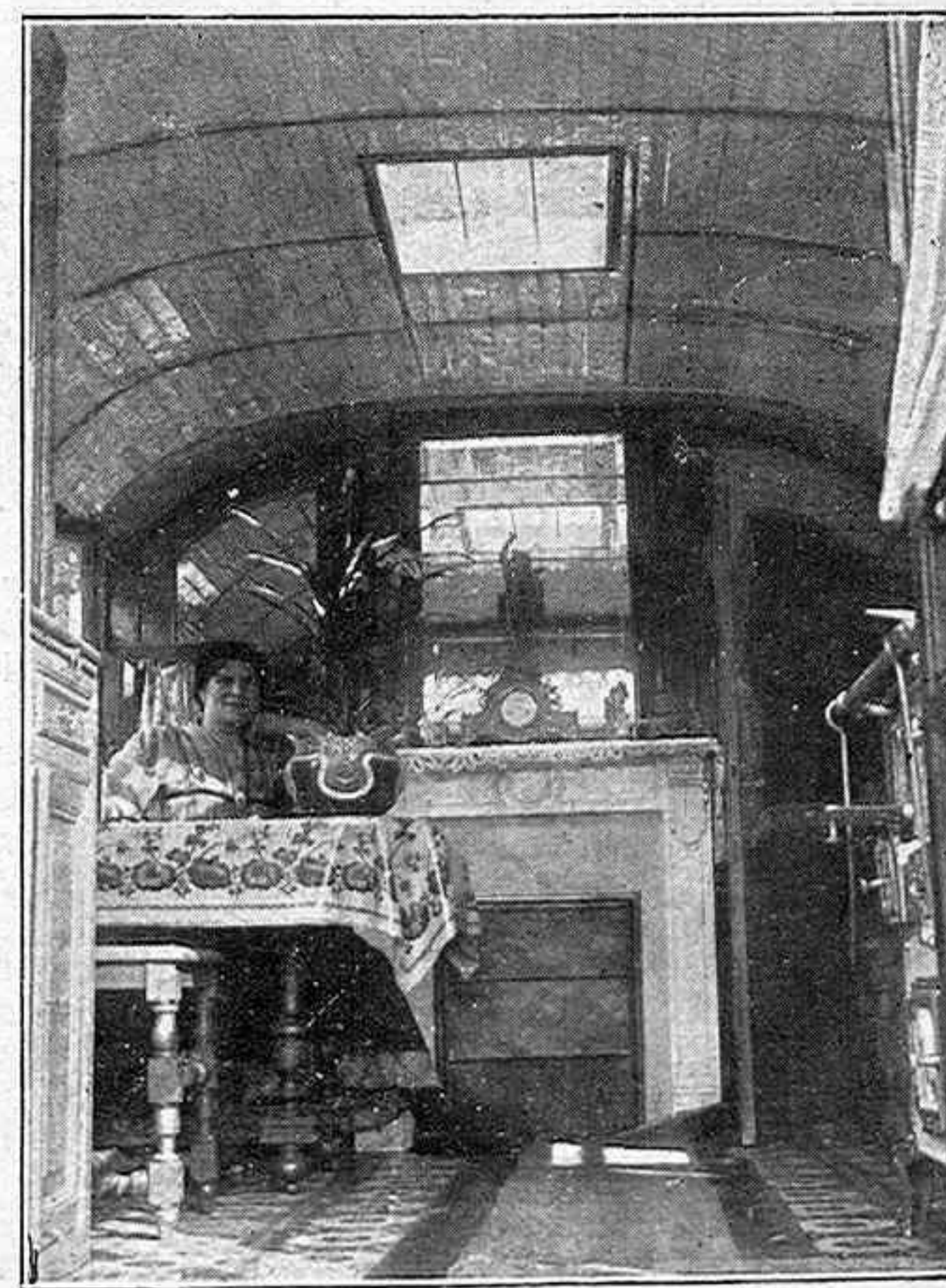


Interior de una casa ambulante de una compañía de acróbatas

Cuando estalló la guerra, mejor dicho, poco tiempo después, visitamos una de las más importantes ciudades de Francia. Era curioso observar las diversas posturas que improvisaban ante el conflicto los múltiples intereses creados, que ya encarnaron en corporaciones y sociedades. Fué igual que Pompeya, bajo la lluvia ardorosa del volcán. Especialmente los artistas pasaron, sin descanso, de tener la boca abierta, para lanzar la nota aguda, al bostezo, que hubiese sido definitivo á no acudir en auxilio de la farándula las instituciones benéficas que han fundado en París aquellos comedores de caridad...

Se cerraron los teatros, suspendiéronse los conciertos, hasta las veladas de los cafés. Era en Octubre y en Burdeos. Una guía, que adquirí por un franco, advierte al viajero que, «en Octubre se celebra una feria en la plaza Quinconces, y la inmensa explanada se puebla con barracas y circos y caballitos del *ño vivo*». Más adelante añade: «Los niños, sobre todo, dan á esta placentera feria de otoño una bulliciosa animación.»

Pasamos por la plaza Quinconces. Un silencio más grande aún que la inmensa explanada. Los bronceos del monumento á los Girondinos se ennegrecen al perfilarse en el azul. Seguimos el liño de unos árboles, y á nuestro paso se espantan los gorriones. Medio día. Allá, á lo lejos, hay un telón de bruma del río, en que resaltan inmóviles los palos de unos bergantines. Pero ya llegamos á las barracas. ¿Por qué salió á observarnos un soldado? En tiempos de paz lo con-



El comedor y la cocina de la casa ambulante de los artistas

fundiríamos con el *clown* de cualquiera de los circos.

A ver, á ver. Hay andamiajes y toldos de lona. A ver. Los sombreros almacenan automóviles, más automóviles y más automóviles. Ya se comprende. ¡Es la requisita!... Entonces las barracas de este año no alojarán el *cine*, ni la bayadera, ni la sonámbula que adivina el pensamiento de los espectadores. A los caballitos de madera sucedieron los no menos irreales del motor. Es decir, que no hay feria... Los niños, que tienen esa memoria tan segura y exacta para recordar el día de la visita al padrino que regala un duro, ya se estremecen pensando en la proximidad de los maravillosos espectáculos, con el estruendo del órgano y la refulgencia de las policromas baterías eléctricas... Habrá que advertirles... Habrá que enseñarles que su vida no es suya, que sus goces no son suyos; que una y otros son de la Patria, cuando la Patria necesite que se los sacrifiquen; que á ellos sólo les pertenece el trabajo, el estudio, la abnegación, en honra, provecho y gloria de la Patria, madre de todos... Habrá que inculcarles, también, que el odio, la ambición y la codicia de un solo hombre, empujando á una nación contra otra, son más poderosos que el amor, la resignación y el desinterés; que pueden sembrar el dolor, la miseria y la muerte en millones de hogares...

Habrá que adelantar en su vida la fecha de que se les revela la amargura de vivir... ¡Oh, no! Ya sabemos que esto no es nada... Sin embargo, esto es todo.

ooo

Amurallados en la neutralidad seguimos los

españoles *viviendo nuestra vida*, á semejanza y á imitación del aislamiento con que se celebran las corridas de toros.

Y, como todos los años, uno de los inevitables estruendos del sábado de gloria, fué el de

rueda de los corceles enternecedores en su absurdidad.

¡*Tournez, tournez, chevaux de bois!*...

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ



Las mujeres de la compañía acrobática preparando la comida de los artistas

los colorines del cartel de Parish, que grita tanto como las charangas de los payasos.

Por cierto que en la *troupe*, ya clásica en Madrid, se notó también la política de la guerra.

El empresario no pudo contratar artistas alemanes, porque le amenazó el *boycot* de los artistas franceses, ingleses, belgas...

Esta guerra lleva aparejados el remordimiento y la culpa, que surgen simultáneamente. Cada nueva ferocidad evoca su sentimentalismo. Nosotros, al admirar á los acróbatas de lujo, que viajan en los rápidos y que se exhiben ante un público de frac, hemos recordado á los otros acróbatas que se quedaron inmobilizados, en un equilibrio difícil, al estallar la guerra, como los sepultados de Pompeya. Brotó en la nostalgia la melancolía de aquella plaza de Quinconces. ¿Cuándo volverá á marchar por los caminos, entre los álamos y á orilla del río, la *roulotte* de los artistas vagabundos, en vez de las enormes caravanas de los arrieros, del rosario quejumbroso de las enfermerías ambulantes? Una *roulotte*, es decir, una vivienda confiada y que todo lo espera de la ilusión de las pobres gentes aldeanas...

Verlaine pedía, sollozando pecho adentro, que volviesen los caballitos de madera, su *tío vivo* infantil. Ahora, más que nunca, la humanidad necesita que gire de nuevo la patriarcal, la bobalicona, la inocentísima



Los pequeños acróbatas descansando, después de un ensayo



Otro aspecto de la casa ambulante de los artistas de feria

POT. HISPANIA



TORRIJOS • LA COLEGIATA DEL CORPUS CRISTI

TORRIJOS, antiguo pueblo feudatario del ducado de Maqueda, que entró á formar parte del rico patrimonio de esta noble Casa, luego de haber sido señorío del cabildo de Toledo, es uno de los pueblos más pintorescos de Castilla la Nueva, y uno, quizás, también, de los más ricos en monumentos arquitectónicos.

Torrijos puede envanecerse, en este sentido, de poseer verdaderas joyas de arte de las arquitecturas románica, gótica, mudéjar y del Renacimiento.

Señálase, entre estos últimos, su parroquia de tres naves, que muestra, como joya de inestimable valor artístico, sus dos portadas del más puro y exquisito estilo plateresco.

El palacio de Altamira, que guarda entre sus muros cuatro bellas estancias, amplísimas, tapizadas de arabescos y alhajadas con el más fastuoso artesanado de la época.

Otro de sus mejores monumentos de arte es el edificio del abandonado convento de San Francisco, medio derruido, pero que conserva la parte más rica de su estilo en lo que resta de la iglesia y del claustro, el cual recuerda, por simpática evocación, el Monasterio de San Juan de los Reyes: tal es su riqueza y el puro estilo de su fábrica.

También merece especial mención la Colegiata del Corpus Cristi, por ser, quizás, de entre las varias y hermosas construcciones antiguas que enriquecen el recinto del



Vista exterior del templo y torre de la Colegiata del Corpus Cristi

histórico pueblo, una de las más bellas y mejor conservadas; este edificio, que fué convento en otra época, muestra aún hoy el exquisito arte que una serie de generaciones fué grabando en sus muros. El conjunto, no obstante los distintos estilos que forman el total de su construcción, es de una imponderable belleza arquitectónica, no sólo en la primorosa ejecución de sus tallados y relieves sino en la suprema fantasía que inspiró los distintos estilos, en las sucesivas renovaciones del edificio, hasta llegar al estado actual en que se muestra. Las dos hermosas fotografías de esta joya artística de Torrijos, que ilustran la página, constituyen la mejor, la más abundante y rica descripción que pudiéramos hacer de este monumento arquitectónico.

No carece Torrijos de recuerdos históricos.

Allí, en el año de gracia de 1355, el rey D. Pedro, á quien unos han llamado el Cruel y otros, no se sabe aún si más piadosos ó más equitativos, el Justiciero, celebró el nacimiento de su hija primogénita doña Beatriz, habida con doña María de Padilla.

De aquellas fiestas, recuérdase un magnífico torneo del que el rey sacó herida una mano, y tuvo tal derramamiento de sangre, que pensó serle llegada su última hora.

Ello no hubiera cambiado el curso de la Historia; pero desde luego, el fratricidio de Montiel, con su prólogo sangriento, seguramente se habría evitado.



Puerta principal de la famosa Colegiata del Corpus Cristi, de Torrijos, cuyos motivos ornamentales son emblemas eucarísticos

FOTS. ASENJO

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

Del Amor,
Del Dolor
y
Del Misterio

LIBRO DE POESÍAS

originales de

EMILIO CARRÉRE

4 PESETAS

Pídase á "Prensa Gráfica" Hermsilla, 57, Madrid

BIEDMA

FOTÓGRAFO

23, ALCALÁ, 23

Casa de primer orden Hay ascensor

Lea Ud. los sábados

"NUEVO MUNDO"

30 céntimos número

TAPAS

para la encuadernación de

"La Esfera"

confeccionadas con gran

lujo



PRIMER TOMO PARA EL AÑO DE 1915

A 4 pesetas el juego de tapas para un semestre



SE VENDEN EN LA **Prensa Gráfica (S. A.)**
ADMINISTRACIÓN DE

HERMOSILLA, 57 MADRID

Para envíos á provincias añádanse 0,40 de correo y certificado

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la
LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

COMPañY

FOTÓGRAFO

29, FUENCARRAL, 29



LONDRES
217, PICCADILLY

BERLIN
112, LEIPZIGERSTRASSE

CASA CENTRAL
NUEVA YORK
222, WEST 39 TH ST

PARIS
14, RUE TAITBOUT

VIENA
1, FLEISCHMARKT

PICTORIAL REVIEW

EXTRAORDINARIO REGALO
A LAS SEÑORAS Y SEÑORITAS ESPAÑOLAS

DURANTE EL VERANO SE COSECHA PARA EL AÑO...

Deseando «PICTORIAL REVIEW» hacer un obsequio á sus queridas y futuras amigas de España, aprovecha el verano para ofrecerles el regalo de una suscripción anual á nuestra revista «ARTE DE VESTIR», rogándoles solamente que le envíen para los gastos de remisión ó franqueo, diez céntimos por mes, en la forma indicada en el cupón que figura al pie del presente anuncio.

«ARTE DE VESTIR»

publica los figurines más elegantes que crean las casas de Paris, Paquin, Bernard, Cheruit, Dousset, etc., etc.

«ARTE DE VESTIR»

ilustra los patrones á la medida de la mundial «PICTORIAL REVIEW», con los cuales cualquier señora ó señorita puede confeccionarse las prendas más elegantes ó complicadas.

«ARTE DE VESTIR»

publica siempre la última moda, la más elegante, y por sus patrones á la medida de todos los figurines, resulta la moda más práctica. Tiene una tirada de 5.000.000 de ejemplares que se reparten por las Oficinas de «PICTORIAL REVIEW» por todo el mundo.

GARANTÍA

La «PICTORIAL REVIEW» lleva establecida veinticinco años, y de su intachable conducta y crédito puede tomar referencias quien desee en las Agencias internacionales de informes ó de los Bancos de España, Hispano Americano y Crédit Lyonnais, donde tenemos cuenta corriente.

ADVERTENCIAS

Deseando conseguir el mayor número de amigas posible, este regalo lo hacemos extensivo á todas las señoras y señoritas de España que lo soliciten, bien utilizando el cupón que, para mayor facilidad de las mismas ponemos al pie, ó bien dirigiéndose á nosotros en iguales términos.

Les suplicamos que, al hacernos el envío de los gastos, cuiden de que su nombre y dirección estén bien claras; que si nos lo mandan en sellos por carta, manden ésta certificada; que si lo envían por giro postal, el giro lo impongan al mismo nombre que el que ha de figurar en la suscripción y que, si nos lo envían á mano, recojan el recibo correspondiente.

Para publicar los últimos modelos, los números no llegan hasta mediados de cada mes é inmediatamente se reparten. Las señoras y señoritas españolas que deseen ver por si mismas hasta dónde llega nuestra oferta, enviennos los gastos que nos ocasiona el remitir la revista y la recibirán gratis por todo un año.

El siguiente cupón ó una carta escrita en parecidos términos llevará á sus manos doce meses «ARTE DE VESTIR». Apresúrese á remitirlo ó escribirnos antes de que se le olvide y pasen estos días de verano que aprovechamos para hacer este regalo. Hágalo ahora mismo y lo tendrá asegurado.

CUPÓN REGALO

S. A. Smart.

Marqués de Cubas, 7 duplicado
Apartado 684.—Madrid

De conformidad con el anuncio inserto en "La Esfera", sírvase enviarme, por un año, gratuitamente, su revista "ARTE DE VESTIR", y, para cubrir los gastos que les origine la remisión y franqueo, les remito hoy á mano, por giro postal ó sellos, diez céntimos por mes, ó sea 1,20 pesetas por el año en total. Se entiende que me lo enviarán sin ningún otro gasto por mi parte todos los meses á la siguiente dirección:

Nombre Población

Provincia Calle Número

(Escribase claro el nombre y la dirección)